

1992
SEPTIEMBRE

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

500

◆ Tabucchi:
El Taxista

◆ Entrevista al Doctor
José Sarukhán

◆ Pavese:
Mito

◆ Horácio Costa:
Sobre Pessoa

◆ M. A. Casti
El Liceo
Mexicano

◆ Sergio Ramírez:
La suerte es como el viento

UNIVERSIDAD Y NACIÓN

◆ Rubén Bonifaz Nuño ◆ Antonio Peña ◆ Francisco López Cámara
◆ Fernando Salmerón ◆ Ruy Pérez Tamayo

◆ Poemas de Patán, De la Peña, Aridjis y Cruz Parceró

◆ Annunziata Rossi: Italia en camino hacia América ◆ Enrique Camacho: Cuba y América Latina

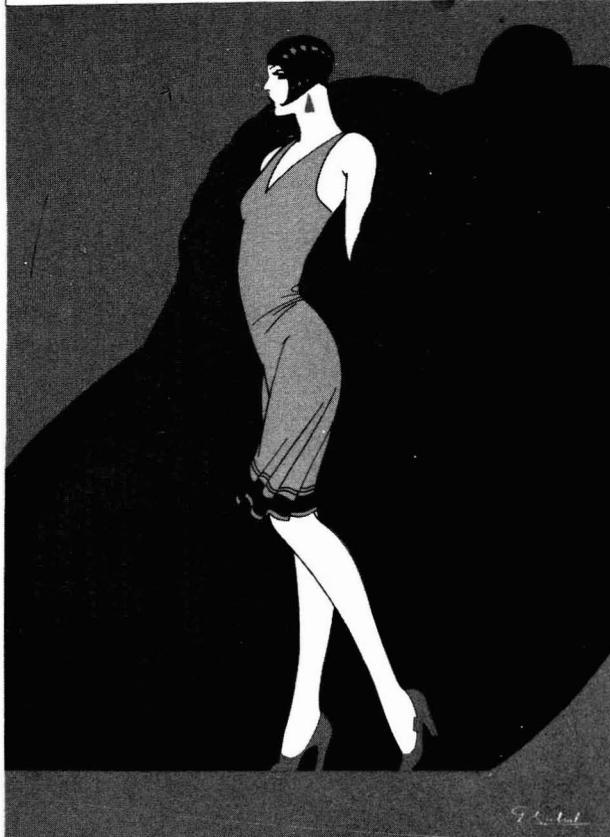
Jaime Torres Bodet

"EL JUGLAD Y

LA DOMADORA"

Y OTROS RELATOS DESCONOCIDOS

Recopilación y prólogo de Luis Mario Schneider



EL COLEGIO DE MÉXICO

Universidad de México

Director: Fernando Curiel *Editor en Humanidades:* León Olivé *Editor en Ciencias:* Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitlor, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro.

Secretario de Redacción: Armando Pereira *Edición:* Carmina Estrada *Corrección:* Eloy Urroz *Publicidad y Relaciones Públicas:* Nancy Sanciprián *Administración:* Javier Martínez *Asistente Editorial:* Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / *Fotografía de portada:* Jorge Pablo de Aguinaco

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Insurgentes Sur Núm. 3744, Tlalpan, D. F., C.P. 14000. Apartado Postal 70288, C.P. 04510 México, D. F.
Tel. 606 1391. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810

Precio del ejemplar \$ 10 000 00 Suscripción anual: \$ 100 000 00 (U S \$ 90 00 en el extranjero) Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

500

Índice

	2	<i>Presentación</i>
Cesare Pavese	3	<i>Mito</i>
Antonio Tabucchi	4	<i>El Taxista</i>
Ruy Pérez Tamayo	8	<i>México y la UNAM ayer y hoy</i>
Rubén Bonifaz Nuño	10	<i>La Universidad y la vida cultural</i>
Antonio Peña	14	<i>La UNAM en la vida científica de México</i>
Francisco López Cámara	19	<i>La UNAM en la política mexicana</i>
Fernando Salmerón	24	<i>La UNAM, la docencia y la investigación en la enseñanza superior</i>
Ruy Pérez Tamayo	31	<i>Los últimos 50 años en la UNAM</i>
	34	<i>Entrevista al Rector Doctor José Sarukhán</i>
Miguel Ángel Castro	37	<i>El Liceo Mexicano</i>
Juan Acha	41	<i>La tipificación iracunda de José Tola</i>
Horacio Costa	45	<i>Fernando Pessoa: los heterónimos y la Naturaleza</i>
Sergio Ramírez Mercado	53	<i>La suerte es como el viento</i>
Federico Patán	60	<i>Pureza</i>
Luis de la Peña Martínez	61	<i>Caracol nocturno</i>
Annunziata Rossi	62	<i>Italia en su largo camino hacia América. Ideas y presagios del descubrimiento. Primera parte</i>
Ana Aridjis	68	<i>Filmación de evocaciones</i>
Leonardo Cruz Parceró	69	<i>Dos poemas</i>
Enrique Camacho Navarro	70	<i>Cuba ante la apertura democrática en América Latina</i>

Miscelánea

Fernando Curiel	74	<i>El regreso de Jaime Torres Bodet</i>
Manuel Ortuño	75	<i>Fray Servando en Belchite y Alcañiz (1809)</i>
Eloy Urroz	77	<i>Una bella historia de amor porno</i>
Daniel González Dueñas	78	<i>Luis Buñuel: Un desagravio</i>



Presentación

La estrecha relación entre Estado y Universidad ha sido en todo momento significativa. No sólo porque en nuestra máxima casa de estudios se forman los profesionistas que más tarde habrán de incidir activamente en la vida económica, social, política y cultural de nuestro país, sino sobre todo porque el ámbito universitario constituye una suerte de espejo crítico que, al mismo tiempo que refleja las distintas tendencias que recorren la vida social de México, permite también, a través del análisis y la discusión crítica, corregirlas y proyectarlas hacia un futuro mejor para todos. De ahí que esa relación no haya sido nunca monolítica o unilateral, sino siempre diversa y plural y que en varias ocasiones haya pasado incluso por momentos de crisis. A lo largo de su historia, la Universidad ha sido también una fuente constante de movilidad social: permite que, a través de la superación académica, sectores de la población tradicionalmente marginados accedan a mejores niveles de vida. No ha sido éste el único rubro en el que la vida social y la vida universitaria se intercomunican, pues la Universidad no es sólo una casa de estudios. Entre sus funciones están también la investigación y la difusión de la cultura que repercuten directamente en la vida económica, social y cultural del país. Para este número, en su sección monográfica, la revista *Universidad de México* ha convocado a distinguidos académicos con el objeto de analizar en conjunto esta difícil y contradictoria —pero siempre fructífera— relación entre Estado y Universidad.

La revista *Universidad de México* agradece cumplidamente al Dr. José Sarukhán, distinguido investigador y maestro, rector de nuestra máxima casa de estudios, la entrevista que en exclusiva nos concedió y en la que profundiza y reflexiona las cuestiones inherentes a esta acuciante problemática a unos años de la conclusión del siglo XX. ♦

Agradecemos al Dr. Ruy Pérez Tamayo su colaboración para elaborar este número

Mito

Verrà il giorno che il giovane dio sarà un uomo,
senza pena, col morto sorriso dell'uomo
che ha compreso. Anche il sole trascorre remoto
arrossando le spiagge. Verrà il giorno che il dio
non saprà piú dov'erano le spiagge d'un tempo.

Ci si sveglia un mattino che è morta l'estate,
e negli occhi tumultuano ancora splendori
come ieri, e all'orecchio i fragori del sole
fatto sangue. È mutato il colore del mondo.
La montagna non tocca piú il cielo; le nubi
non s'ammassano piú come frutti; nell'acqua
non traspare piú un ciottolo. Il corpo di un uomo
penseroso si piega, dove un dio respirava.

Il gran sole è finito, e l'odore di terra,
e la libera strada, colorata di gente
che ignorava la morte. Non si muore d'estate.
Se qualcuno spariva, c'era il giovane dio
che viveva per tutti e ignorava la morte.
Su di lui la tristezza era un'ombra di nube.
Il suo passo stupiva la terra.

Ora pesa

la stanchezza su tutte le membra dell'uomo,
senza pena: la calma stanchezza dell'alba
che apre un giorno di pioggia. Le spiagge oscurate
non conoscono il giovane, che un tempo bastava
le guardasse. Né il mare dell'aria rivive
al respiro. Si piegano le labbra dell'uomo
rassegnate, a sorridere davanti alla terra.

Llegará el día en que el joven dios será un hombre
sin pesar, con la muerta sonrisa del hombre
que ha entendido. También el sol transcurre lejano
enrojando las playas. Llegará el día en que el dios
no sabrá dónde estaban las playas de otros tiempos.

Despertamos una mañana con el verano ya muerto
y en los ojos se agitan aún esplendores
como ayer, y al oído los fragores del sol
hecho sangre. Ha cambiado el color del mundo.
La montaña no toca ya el cielo; las nubes
no se amontonan ya como frutos y en el agua
no se transluce ya ni un guijarro. El cuerpo de un
hombre
pensativo se inclina donde un dios respiraba.

El gran sol ha terminado, y el olor de la tierra
y la calle tan libre, teñida de gente
que ignoraba la muerte. No se muere en verano.
Si alguien desaparecía, estaba el joven dios
que vivía por todos e ignoraba la muerte.
Sobre él la tristeza era sombra de nube.
Y su paso asombraba a la tierra.

Ahora pesa

el cansancio en todos los miembros del hombre,
sin pena: el tranquilo cansancio del alba
con que empieza un día de lluvia. Las playas en
penumbra
no conocen al joven, al que en otros tiempos
le bastaba mirarlas. Ni el mar del aire revive
con el aliento. Los labios del hombre se curvan
resignados, sonriendo delante de la tierra. ◇

El Taxista *

Lo siento mucho, dijo el Taxista, pero no conozco Rua das Pedras Negras, ¿podría el señor proporcionarme mayores datos? Delineó una sonrisa cuajada de dientes blancos y continuó: perdone pero, sabe, soy oriundo de São Tomé, desde hace un mes trabajo en Lisboa, no conozco las calles, en mi pueblo trabajaba como ingeniero, pero en mi pueblo uno no se las arregla tan fácil como se quiere, de manera que aquí estoy haciéndola de taxista y no conozco las calles, conozco bien la ciudad, eso sí, nunca me pierdo, sólo que no conozco el nombre de las calles. Oh, dije yo, es una calle por la que dejé de pasar hace ya más de veinticinco años, ni siquiera yo me acuerdo cómo se llega, de todos modos queda por el lado del Castillo. Entonces vayamos allí, dijo el Taxista sonriendo y arrancó en cuarta.

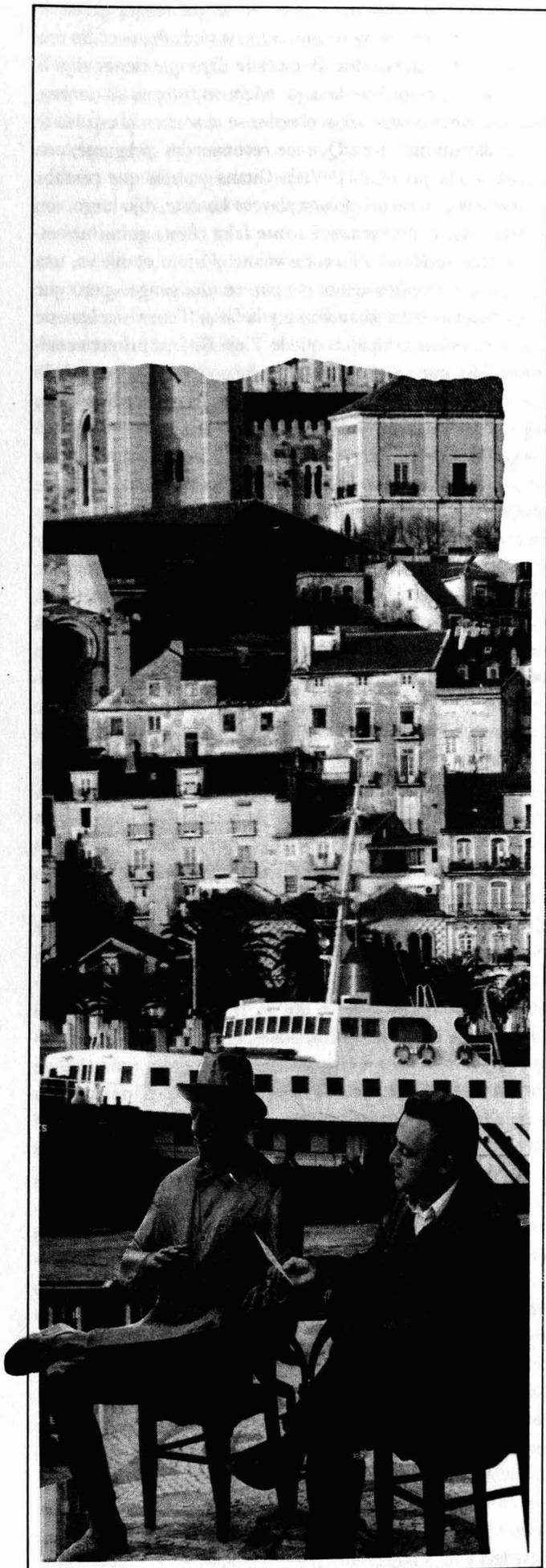
Sólo hasta entonces me di cuenta que nadaba en sudor. Tenía la camisa empapada, pegada al pecho y a la espalda. Me quité la chaqueta pero aún así continué sudando. Mire, dije, tal vez usted pueda ayudarme, tengo la camisa hecha una sopa, necesito comprar una camisa nueva, ¿podría decirme dónde puedo compararme una? El Taxista frenó y me miró. ¿Se siente mal?, me preguntó con aire de preocupación. No, respondí yo, no sé, creo que no, debe ser el calor, el calor y un ataque de ansiedad, a veces la ansiedad provoca la transpiración, necesito ponerme una camisa limpia. El hombre encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Hoy es domingo, dijo, y las tiendas están cerradas. Intenté abrir la ventanilla de mi lado, pero la manija estaba rota, lo que aumentó mi ansiedad, sentía que el sudor me inundaba la frente y que las gotas me caían sobre las rodillas. El Taxista me miraba afligido. Mire, dije entonces, se me ha ocurrido una gran idea, le doy mi camisa, ¿no quiere ponerse mi camisa? Ni soñarlo, dije yo, no puede manejar con el torso desnudo. Llevo una camiseta abajo, replicó él, puedo hacerlo en camiseta. Pero debe haber un lugar en toda Lisboa donde se pueda comprar una camisa, dije, un centro comercial, un mercado, ¿o no? ¡Carcavelos!, exclamó excitado el Taxista, el domingo debe ponerse un mercado en Carcavelos, yo vivo allí, todos los domingos mi esposa hace las compras en el mercado de Carcavelos, o tal vez sea los jueves. No sé, dije yo, no me parece una buena idea, Carcavelos es una playa, hoy es domingo, debe estar llena de gente, capaz y es un infierno, ¿no

se le ocurre nada aquí en Lisboa? El hombre se golpeó la frente con el puño. ¡Los gitanos!, exclamó, ¡me había olvidado de los gitanos! Nuevamente esbozó su ingenua y gran sonrisa y dijo: mire mi amigo, estese tranquilo, tendrá su camisa, ya me acordé que los domingos los gitanos venden ropa a la entrada del Cimitero dos Prazeres, venden de todo, zapatos, vestidos, camisas y playeras, vamos con los gitanos, el único problema que tengo es que no sé como llegar, es decir, sé vagamente donde está el Cimitero dos Prazeres pero no sé por cuál calle debemos irnos, usted, mi amigo, ¿cree poder echarme una mano? Veamos, dije, también yo estoy un poco confundido, estudiemos la situación, ¿dónde es que nos encontramos? Estamos en Cais do Sodré, dijo el Taxista, sobre la Avenida, casi frente a la estación de trenes. Bien, dije yo, creo que sabremos llegar, mientras tanto tomemos por la Rua do Alecrim, quisiera pasar a la "Brasileira" a comprar una botella. El Taxista le dio la vuelta a la plaza y salió por la Rua do Alecrim, encendió la radio y me miró a través del retrovisor. ¿En verdad no se siente mal?, preguntó. Lo tranquilicé y me dejé ir sobre el asiento. Ahora en verdad estaba en un baño de sudor. Me desabroché los primeros botones de la camisa y me subí las mangas. Aquí lo espero con el motor encendido, dijo el hombre al irse acercando a la esquina de Largo Camões, pero por favor dese prisa, porque si aparece un policía me corre. Salí del taxi, el Chiado estaba desierto, una mujer vestida de negro con una bolsa de plástico se encontraba sentada bajo la estatua de Antonio Ribeiro Chiado, entré en la "Brasileira" y el empleado en el mostrador me miró con ganas de tomarme el pelo, ¿el señor se ha caído en el Tajo?, me preguntó. No dije yo, pero hay un río dentro de mí, ¿tiene champaña francesa? Laurent-Perrier y Veuve Cliquot, respondió él, las dos cuestan lo mismo, y frías frías. ¿Cuál me recomienda?, pregunté. Mire, dijo él con la presunción de quien conoce, a la Veuve Cliquot le hacen un montón de publicidad, al leer las revistas tal parece que es la mejor champaña del mundo, pero yo la encuentro un poquillo agria, pero además no me gustan las viudas, nunca me gustaron, en fin, si yo fuera usted compraría la Laurent-Perrier, aparte de que cuestan lo mismo, como le he dicho. Está bien, dije yo, compro la Laurent-Perrier. El empleado abrió el refrigerador, envolvió la botella en un pedazo de papel y la metió en una bolsita de plástico con su letrero en letras rojas: "Brasileira do Chiado, el más antiguo café de Lisboa". Pagué, salí bajo el sol a sudar impudicamente y entré en

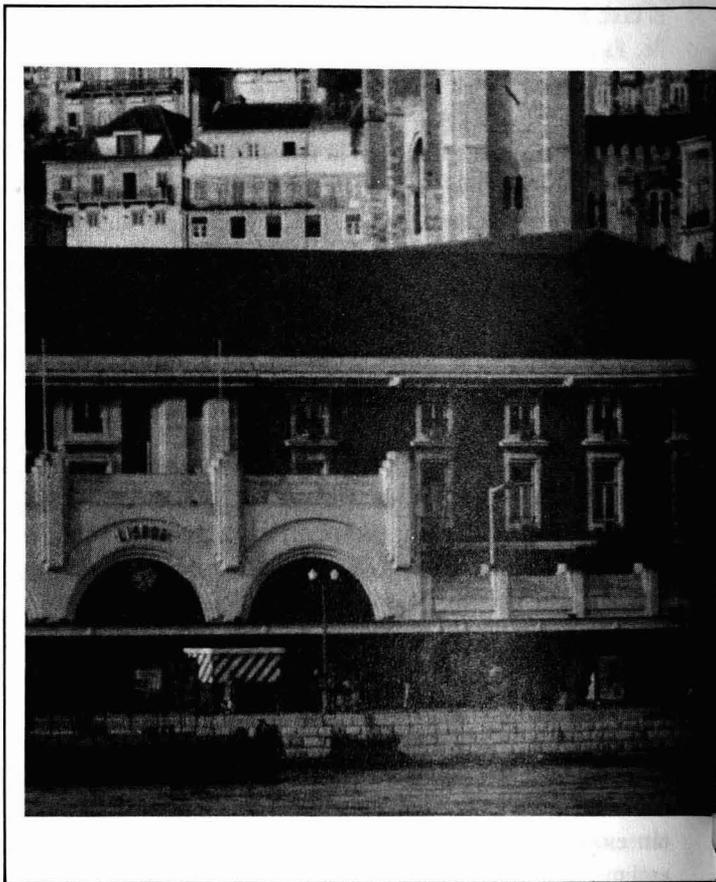
el taxi. Bien, bien, dijo el Taxista, ahora debe indicarme la calle. Es fácil, dije yo, entre en el Largo Camões y allí, donde está la joyería "Silva", toma la calle en bajada, es la Calçada do Combro, luego toma la Calçada da Estrela, cuando llegue al Largo da Estrela se mete en la Domingos Sequeira hasta llegar a Campo de Ourique, ya allí debe buscar sobre su izquierda la Saraiva de Carvalho que nos lleva derecho derecho al Largo del Cimitero dos Prazeres. Pero mi amigo, dijo el Taxista arrancando en cuarta, me haría el favor de indicarme las calles una por una, perdóneme, tenga paciencia. Por favor, dije yo, déjeme cerrar los ojos unos minutos, estoy exhausto, créame, es fácil de recordar: Calçada do Combro, Calçada de Estrela, Largo da Estrela, Domingos Sequeira, Campo de Ourique, le aviso cuando lleguemos a Campo de Ourique.

Finalmente había logrado abrir la ventanilla, pero el aire que entraba era abrasador. Cerré los ojos y pensé en otras cosas, en mi infancia, me acordé de cuando era verano e iba en bicicleta a tomar agua fresca a las "carolinas", con la botella en el cestito de paja. Un brusco enfrenón me hizo abrir los ojos. El hombre había bajado del taxi y miraba alrededor con aire desolado. Me equivoqué, dijo, ¿lo ve?, me equivoqué, estamos en Campo de Ourique, tomé a la izquierda la calle que usted me indicó, pero no creo que sea la Saraiva de Carvalho, tomé otra calle en sentido contrario, mire, todos los autos están estacionados al revés, me metí en sentido contrario. No está mal, repliqué, lo importante es que dio vuelta a la izquierda, ahora nos vamos en sentido contrario y llegamos a Largo dos Prazeres. El Taxista se llevó una mano al corazón y dijo con acento grave: no puedo, me perdonará el señor pero no puedo, todavía no tengo debidamente reglamentada mi licencia de taxista, si me agarra un policía me pone una multa exagerada y luego ¿sabe qué me pasará? tendré que regresarme a São Tomé, eso me pasará, perdóneme el señor pero no lo puedo hacer. Mire, dije yo, la ciudad está desierta, de todas maneras no se preocupe, si nos para un policía yo hablo con él, la multa la pago yo, asumo toda la responsabilidad, se lo prometo, ¿no ve cómo estoy sudando?, necesito una camisa, tal vez dos, por favor, no querrá que me ponga mal aquí en esta calle desconocida de Campo de Ourique, ¿verdad?

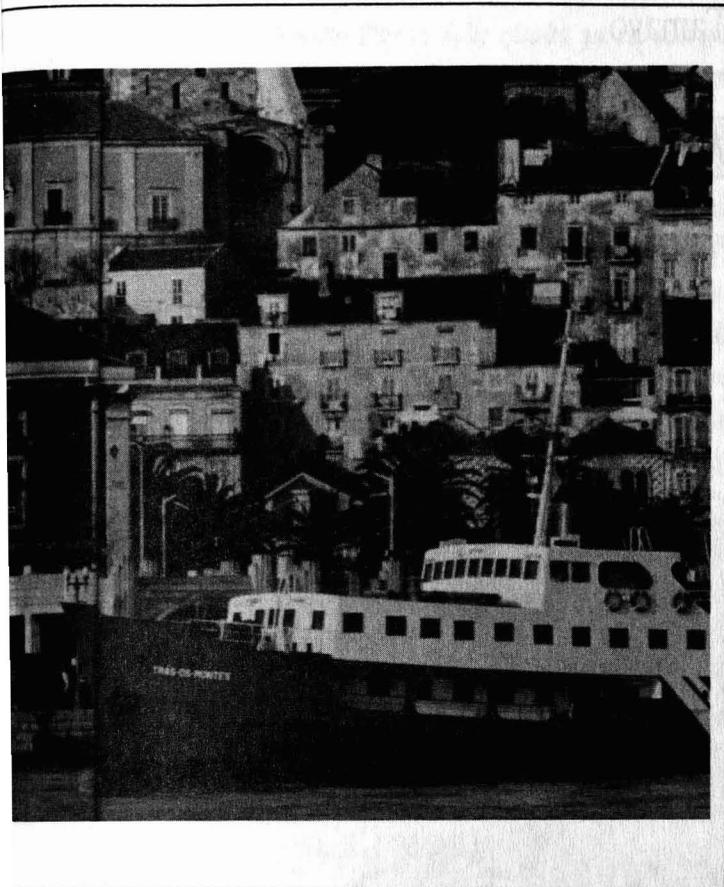
No tenía ninguna intención de amenazarlo, estaba hablando en serio, pero él evidentemente tomó mis palabras como una amenaza, porque se subió rápidamente al taxi y se puso en marcha sin protestar. Como guste el señor, dijo en un tono resignado, no quiero que se sienta mal en mi taxi, no tengo la licencia en orden, ¿entiende o no?, para mí sería una catástrofe. Recorrimos en sentido contrario toda la calle que tal vez era precisamente la Saraiva de Carvalho, no sé, y fuimos a salir al Largo dos Prazeres. Los gitanos estaban exactamente a la entrada del cementerio, estaban instalados en un pequeño mercado con puestecillos de madera y mercancías extendidas en el suelo. Bajé del taxi y le dije al hombre que me esperaba. El Largo estaba desierto y los gitanos dormían a flor de tierra. Me acerqué al puesto de una vieja gitana vestida de negro con una pañoleta amarilla en la cabeza. En su puesto había una montaña de playeras Lacoste impecables, sólo que no tenían el cocodrilo en su lugar. Gitana, le dije, quiero comprar. ¿Pero hijo mío, qué te pasa?, preguntó la Vieja Gitana al ver



mi camisa, ¿tienes malaria o qué? No sé que tengo, gitana, le respondí, sólo sé que he sudado como un caballo, necesito una camisa limpia, tal vez dos. Después te digo qué tienes, dijo la Vieja Gitana, después te lo digo, mientras compra las camisas, hijo, no puedes andar así, si el sudor se te seca en la espalda te puede dar un mal aire. ¿Qué me recomiendas, pregunté, una camisa o una playera? La Vieja Gitana parecía que pensaba un momento. Te aconsejo una playera Lacoste, dijo luego, son muy frescas, si quieres una Lacoste falsa cuesta quinientos escudos, una auténtica quinientos veinte. ¡Caramba! dije yo, una Lacoste a quinientos veinte me parece una ganga, ¿pero qué diferencia hay entre la auténtica y la falsa? Tener una Lacoste auténtica es una estupidez, dijo la Vieja Gitana, primero compra la falsa que cuesta quinientos, luego compra el cocodrilo que cuesta veinte y es autoadherible, pegas el cocodrilo en su lugar y así ya tienes una camiseta auténtica. Me señaló una talleja llena de cocodrilos. Además, dijo, por veinte escudos de cocodrilos te doy cuatro, hijo, así tienes tres de reserva, que muchas veces estos adheribles no sirven, se despegan. Me parece una propuesta muy razonable, dije yo, quiero comprar dos Lacoste auténticas, ¿qué colores me aconsejas? A mí me gustan el rojo y el negro, que son los colores de los gitanos, dijo ella, pero con este sol el negro no es lo ideal, porque tú debes ser muy delicado, y el rojo es demasiado vistoso, no tienes ya la edad para vestirse de rojo. Tampoco soy un viejo, protesté, puedo perfectamente llevar un color alegre. Te aconsejo el celeste, dijo la Vieja Gitana, el celeste me parece el color ideal para ti, y ahora, hijo mío, yo te diré qué es lo que tienes y por qué estas sudando de esta manera tan lamentable, escucha, por doscientos escudos más te digo todo, lo que estas haciendo y lo que te espera en este domingo caluroso, ¿quieres conocer tu destino? La Vieja Gitana se apropió de mi mano izquierda y miró con mucha atención en mi palma extendida. Es un poco complicado, hijo, dijo la Vieja Gitana, es mejor que nos sentemos aquí en el banco. Yo me senté, pero ella no me dejó la mano. Hijo, dijo la vieja, escucha, así no se puede andar, no se puede vivir en dos partes, entre la realidad y el sueño, así te llegan las alucinaciones, eres como un sonámbulo que atraviesa un paraje con las manos extendidas y todo lo que toca entra a formar parte de tu sueño, incluso yo, que soy una vieja gorda y peso ochenta kilos, siento que me disuelvo en el aire tan sólo al tocarte la mano, como si yo también formara parte de tu sueño. ¿Y qué debo hacer?, pregunté, dime algo, Vieja Gitana. Por ahora no puedes hacer nada, respondió ella, este día te espera y no puedes rehuirlo, no puedes escapar a tu destino, será un día de tribulaciones pero también de purificación, tal vez después estarás en paz contigo mismo, hijo, por lo menos eso es lo que te deseo. La Vieja gitana encendió un cigarro y aspiró el humo. Pero dame la mano derecha, dijo, así termino de decirte todo de una vez. Miró atentamente y me acarició la palma con sus ásperos dedos. Veo que debes visitar a una persona, dijo, pero la casa que estás buscando existe sólo en tu memoria o en tu sueño, puedes decirle al taxi que te está esperando que te deje aquí, la persona que buscas está aquí muy cerca, más allá de ese portal. Señaló hacia el cementerio y dijo: ve, hijo mío, ve al encuentro que te espera. Le agradecí y fui a buscar al Taxista. He llegado, me quedo aquí,



dije sacando mi cartera para pagar, mil gracias, en verdad ha sido muy gentil. Las playeras están muy bonitas, dijo el Taxista mirando las Lacoste que tenía bajo el brazo, ha hecho una buena compra, mi amigo. Tomé mi chaqueta y la botella de champaña. El Taxista me apretó la mano con fuerza y me dio una tarjeta. Este es mi teléfono, dijo, si necesita un taxi a la puerta basta con que me llame, mi esposa toma los recados, si quiere, también puede llamarme de un día para otro. El auto arrancó, pero unos metros más adelante se paró y regresó de reversa. ¿Ya no se siente mal, verdad?, me preguntó el hombre desde la ventanilla. No, dije yo, ahora me siento mejor, gracias. El Taxista sonrió y el auto desapareció en la esquina. Atravesé el portal y entré. En el cementerio no había ni alma, sólo un gato que se paseaba entre las primeras tumbas. A mi derecha, inmediatamente pasando la entrada, cerca del portal, había una casita y la puerta estaba abierta. Con permiso, dije, ¿puedo pasar? Cerré los ojos para acostumbrarlos a la oscuridad, ya que la habitación estaba envuelta en las penumbras. Alcancé a distinguir ataúdes amontonados uno sobre otro, un florero con flores secas, una mesa en la que estaba apoyada una lápida. Adelante, dijo una voz, y vi que en el fondo del cuarto, junto a un gigantesco armario, se encontraba un hombrecito chiquito chiquito. Usaba anteojos, vestía una bata color ceniza y en la cabeza tenía una gorra con la visera de plástico, como la que usan los ferrocarrileros. ¿Qué se le ofrece al señor?, me preguntó, el cementerio está cerrado, falta poco para que abran, ahora es la hora de la comida, yo soy el encargado. Sólo entonces me di cuenta que estaba comiendo de un portaviandas de aluminio y se había quedado con la cuchara en el aire. ¿Gusta? me preguntó el velador del Cementerio mientras



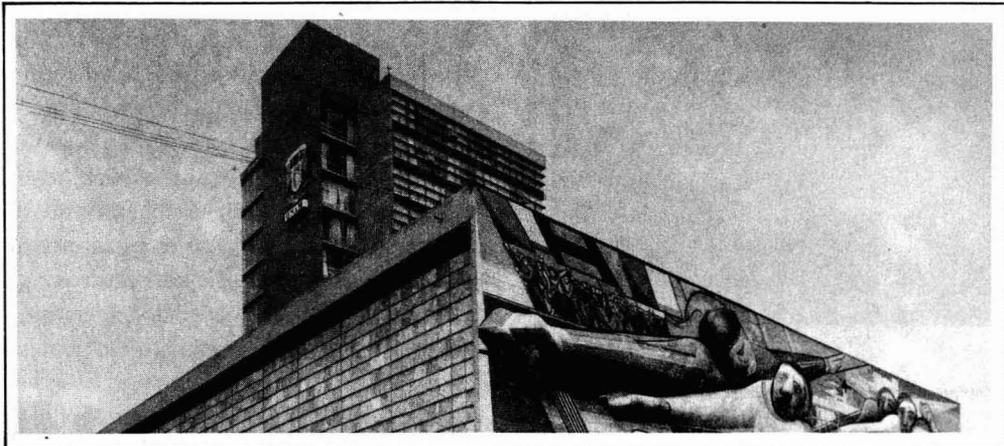
seguía comiendo. Gracias, buen provecho, dije yo, pero si me lo permite me quedo aquí esperando a que usted termine, si no lo puedo esperar afuera. *Feijoada*,¹ dijo el Velador del Cementerio como si no me hubiese escuchado, *feijoada* todos los días, mi esposa sólo sabe hacer *feijoada*. Y continuó: ni lo piense, usted se queda aquí en la sombra, no espera allá afuera donde hace un calor que revienta, se sienta, se busca una silla y se sienta. Entonces, dije yo, ya que usted es tan gentil le pido un favor, ¿me permite que me cambie de camisa?, estoy bañado en sudor y compré dos playeras con los gitanos. Puse la botella de champaña sobre un féretro, me quité la camisa y me puse la Lacoste auténtica. Me sentía mejor, había dejado de transpirar y la habitación estaba fresca. Llegué aquí desde que era un muchachillo, dijo el Velador del Cementerio, hace cincuenta años, me he pasado la vida cuidando muertos. Esto es, respondí. Entre nosotros se hizo un silencio. El hombre comía con calma su *feijoada*, de vez en vez se levantaba los anteojos y volvía a acomodárselos. Sin anteojos no veo nada, tampoco con ellos, dijo, siempre veo borroso, el doctor dice que es la cataplasma. Cataratas, dije yo, se llaman cataratas. Cataratas o cataplasma es igual, dijo el Velador del Cementerio, igual es una fregadera. Se levantó el cabello y se rascó la cabeza. Qué ocurrencias las de venir al cementerio a esta hora y con el calor que hace, dijo el Velador del Cementerio, no se le ocurriría a nadie. Es que aquí se encuentra un amigo mío, respondí, me lo dijo la gitana, la Vieja Gitana que

¹ La *feijoada* es una sopa de habichuelas verdes, de la que cada región de Portugal tiene su variante original, con una gran cantidad de diversas carnes (entre las cuales no debe faltar la de cerdo), salchichas y verduras.

vende playeras allá afuera, me dijo que debía buscarlo aquí, es un viejo amigo, pasamos tanto de ese tiempo juntos, como hermanos, me gustaba visitarlo, me gustaría hacerle una pregunta. ¿Y piensa que él le responderá? dijo el Velador del Cementerio, mire que los muertos son muy silenciosos, permítame que se lo diga, yo los conozco bien. Quiero probar, dije, quisiera entender algo que nunca comprendí, él murió sin explicarme nada. ¿Mujeres?, preguntó el Velador del Cementerio. No, respondí, y él continuó: siempre hay una mujer de por medio en este tipo de historias. No sé, dije, pudo haber algo de perversidad, me gustaría comprender esa perversidad si es que la hubo, no sé. ¿Cómo se llamaba?, dijo el Velador del Cementerio. Se llamaba Tadeus, respondí, Tadeus Waclaw. Qué nombrecito, dijo el Velador del Cementerio. Era hijo de padres polacos, repliqué, pero él no era polaco, era portugués, hasta se había escogido un pseudónimo portugués. ¿Y qué hacía en la vida?, inquirió el Velador del Cementerio. Bien, dije yo, trabajaba, pero sobre todo era escritor, escribió hermosas páginas en portugués, hermosas no es la definición apropiada, eran páginas amargas, era un hombre lleno de emociones y de amargura. El Velador del Cementerio apartó el portaviandas y se levantó, se dirigió hacia el gigantesco armario y cogió un enorme libro parecido a los registros de los profesores de secundaria. ¿Cuál es el apellido?, preguntó, Slowacki, dije yo, Tadeus Waclaw Slowacki. ¿Pero está sepultado con su nombre verdadero o con el pseudónimo?, observó acertadamente el Velador del Cementerio. No sé, respondí perplejo, pero creo que está sepultado con el nombre verdadero, me parece más lógico. Silva, Silva, Silva, Silva, Silva... Slowacki Tadeus Waclaw. Primera Nave Derecha número 4664. El Velador del Cementerio se alzó los anteojos y sonrió. Es un número que se puede leer de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, dijo, ¿a su amigo le gustaba bromear?, incluso con sí mismo. Quiero apuntar este número, dijo el Velador del Cementerio, me gustan los números así, los juego en la lotería, a veces los extraños encuentros como el nuestro traen suerte.

Le agradecí al hombre y me alejé. Tomé mi botella de champaña y salí al calor. Busqué la Primera Nave Derecha y comencé a recorrerla con paso incierto. Ahora una profunda angustia me asaltaba, y sentía latir mi corazón en las muñecas. Era una modesta tumba, apenas una lápida apoyada en la tierra. Él estaba allí con su nombre polaco, y arriba del nombre había una fotografía que reconocí. Era una fotografía de cuerpo entero, él estaba en mangas de camisa, estaba recargado en una barca y al fondo se veía el mar. Yo había sacado esa foto en mil novecientos sesenta y cinco, era de septiembre, estábamos entonces en la Caparica, éramos felices, una semana antes él había salido de la cárcel gracias a la presión que ejerció la opinión pública extranjera, un periódico francés decía: "El régimen de Salazar se vio obligado a liberar a los escritores", y él estaba allí, recargado en la barca, con el periódico francés en la mano, me acerqué para ver si podía distinguir de qué periódico se trataba, pero no se podía ver en la fotografía, estaba fuera de foco, otros tiempos, pensé, el tiempo se ha engullido todo, y luego dije: Hola Tadeus, aquí estoy, vine a visitarte. Y con una voz más alta repetí: Hola Tadeus, aquí estoy y vine a visitarte. ◇

México y la UNAM ayer y hoy



Muchos universitarios estamos convencidos de que, a partir de 1929, la UNAM ha desempeñado un papel fundamental en nuestro país. Si en lugar de haberse reabierto en 1910 como una institución pública de beneficio social, la Universidad Nacional (todavía no era Autónoma) se hubiera organizado como una estructura privada, si en lugar de ser nacional hubiese sido local, si en vez de dar cabida a todas las ideas y corrientes del pensamiento, hubiese limitado sus intereses a ciertos terrenos ideológicos o confesionales, México —pensamos muchos universitarios— hubiera sido muy distinto. ¿Estamos justificados en esta postura? ¿Hasta dónde está basada en la realidad, en historias objetivas y en hechos documentables, y hasta dónde es mero chauvinismo (UNAMegalomanía, como ha escrito Gabriel Zaid) de los miembros de la UNAM? Por lo que respecta a mi generación y muy especialmente a mi propio caso, la UNAM cumplió con creces su papel de instrumento de movilidad social, abriendo sus aulas generosas a muchos que pertenecíamos a las clases económicamente más débiles del país y dándonos educación y cultura nos permitió construir nuestras vidas de acuerdo con nuestros intereses y aspiraciones. De esto ya va a hacer 50 años y yo puedo atestiguar que la UNAM lo ha seguido haciendo, cada vez con más y más jóvenes, aunque en épocas recientes ha tropezado con algunos problemas en ciertas áreas.

A partir de 1929, año en que ganó su autonomía académica y política, la Universidad Nacional de México dejó de ser un organismo dependiente de la Secretaría de Educación y adquirió la potestad de darse a sí misma la estructura más conveniente para el desempeño de sus funciones, lo que se reafirmó en su Ley Orgánica de 1945, que todavía la rige actualmente. En 1929 era Presidente de México el Lic.

Emilio Portes Gil; estaba ya en sus postrimerías la rebelión escobarista y se reanudaban los cultos católicos en todo el país, después de la cruenta guerra "cristera". Una huelga en la Escuela de Jurisprudencia fue brutalmente reprimida por elementos de los Cuerpos de Policía y de Bomberos, por lo que se declaró huelga general en todas las escuelas profesionales universitarias. Después de la entrevista de una comisión de estudiantes con el Presidente Portes Gil, éste envió al Congreso de la Unión el proyecto de ley que daba a la Universidad Nacional su autonomía y la Legislatura lo aprobó. A partir de entonces tiene sentido hablar de la influencia de la UNAM en la sociedad mexicana, en los distintos sectores incluidos en sus intereses y actividades. Naturalmente, hay otras universidades e instituciones de educación superior en México, tanto públicas como privadas, y su número ha crecido a ritmo acelerado a partir de la década de los 70; aunque no todas surgieron como respuesta a la creciente demanda de educación por parte de la sociedad, y la mayoría limita sus actividades a la docencia profesional, dejando de lado la investigación y la difusión cultural; en años recientes unas cuantas han empezado a influir de manera perceptible en la vida nacional. Esto está muy bien, entre otras cosas porque estimula la competencia entre las distintas instituciones para atraer a los mejores estudiantes, lo que se logra con mejores profesores, mejores programas, mejores instalaciones y mejores resultados.

En la UNAM todas las ideas, doctrinas y pensamientos tienen cabida y son sujetos de estudio y de discusión, se cultivan y se enseñan todas las humanidades, las artes y las ciencias, y se forman los especialistas respectivos en sus varios niveles, desde los capacitados para ejercer su profesión hasta los catedráticos más insignes y los investigadores más destacados. En sus aulas ha enseñado la mayoría de los profesores de mayor prestigio de nuestro país y sus prensas constituyen la empresa editorial más importante de América Latina. Por su historia, su tamaño, su diversidad, su calidad y su doble carácter autónomo y nacional, la UNAM no puede haber dejado de ejercer una profunda influencia en nuestro país desde 1929 a la fecha. Pero no basta con la convicción de que así debe haber sido; es necesario examinarlo, relatarlo y documentarlo.

Consciente de la mexicanidad tradicional del mes de septiembre, la revista Universidad de México invitó a un grupo de cuatro distinguidos universitarios a colaborar en la sección monográfica de este número con un análisis histórico y actual de la influencia de la UNAM en nuestro país, en cada uno de sus respectivos campos de interés y experiencia. A pesar de sus apretadas agendas, Francisco López Cámara, Rubén Bonifaz Nuño, Antonio Peña y Fernando Salmerón (eminentes miembros de la UNAM y buenos amigos) aceptaron de muy buena gana la invitación. Muchas gracias a todos. ◇

La Universidad y la vida cultural

En un principio la palabra española cultura, al igual que su semejante latina de donde procede, significó simplemente el cultivo de la tierra; aquel ejercicio de labrarla, sembrarla, darle los cuidados necesarios para que, a su tiempo, llegue, así enseñada, a dar el fruto que de ella se espera.

Por medio de una suerte de metáfora, se aplicó más tarde al cultivo de bienes acaso más nobles: aquellos en que consisten las capacidades intelectivas del ser humano, sus posibilidades de alcanzar el conocimiento. En suma, y recobrando un antiguo significado de enseñanza, significó el cultivo del espíritu humano, con miras a lograr, a su hora, la perfección de sus frutos.

Así, la cultura, de acuerdo con el significado pristino de su nombre —cultivo del espíritu, enseñanza— vino a identificarse con la educación. La cultura viene a ser el proceso dirigido a la obtención del perfeccionamiento del hombre; pero, además, engloba, como partes principales de ese mismo proceso, aquellos bienes que, creados por el hombre, sirven de herramienta para que éste pueda aspirar lícitamente a su perfección. La suma de tales bienes es lo que integra la tradición.

Educación, creación de bienes educadores, empleo de la tradición; y, además condición de libertad, el necesario esfuerzo de crear de continuo nuevos bienes, desde el interior mismo de los ya existentes. Porque la verdadera cultura no se forma por adición externa a lo que existe, sino por su modificación emprendida desde su propio interior. Eso es, podría decirse, la cultura.

Y se advierte de inmediato que, entre nosotros, la Universidad Nacional Autónoma de México ha sido y es el motor principal de nuestra vida cultural, de nuestra existencia en la cultura.

Pues si se considera que la cultura es educación, resulta patente que, siendo la Universidad el organismo a quien nuestra sociedad encomendó a sus niveles superiores la función de educar, ella es en ese aspecto la raíz de nuestra vida cultural.

Su misma Ley enuncia los pasos necesarios que han de darse a fin de lograr esa educación, esa cultura; los pasos ideales que muy a menudo se convierten en ilustres realizaciones.

Tres son las funciones que dicha Ley le atribuye a la Universidad: la investigación, la enseñanza y la amplia extensión de los beneficios culturales, derivados de la investigación y la enseñanza. Tales funciones se relacionan entre sí de modo tan natural, que llegan a fundirse al cumplir una finalidad única: formar seres humanos cabales en su armonía, libres en el jui-

cio y la acción, capaces de crear; de modificar, mejorándolo, el mundo en que viven; abiertos a lo antiguo y lo nuevo, universales en su particularidad; fuertes para sostener lo propio suyo y para tolerar lo que en un momento pueden considerar ajeno.

En suma, la finalidad de la Universidad es construir seres humanos cultos; esto es, sapientes en su libertad; para conseguirlo, investiga; investigando, confirma y descubre. Los descubrimientos y las confirmaciones, críticamente fundamentados, son la fuente fecunda de la enseñanza. Lo que mediante ésta es aprendido, debe difundirse después, porque alcance vastos ámbitos de extensión.

Las ciencias y las humanidades, las artes, las técnicas, son campo de la investigación universitaria. Con ella se indagan los principios y las relaciones de los hechos sociales y los de la naturaleza. La filosofía, la historia, el derecho, la filología, las ciencias exactas y naturales, las de la sociedad, son exploradas en busca de sus verdades sustanciales, aquellas que afirmarán las bases de la aspiración humana a la libertad y el saber.

Lo que de esas verdades se ilumina, a partir del conocimiento de la tradición, sin la cual no existe la cultura, y de la innovación, sin la cual la cultura se anquilosa, cobra su sentido inequívoco cuando se trasmite en los laboratorios o las aulas. Receptores y transformadores, allí los alumnos aprenden; se preparan, armados de los bienes así ganados, para dar forma posible a un mundo más plenamente humano. Y aprenden también que, para conseguirlo, habrán de ocuparse en extender tanto como sea posible el influjo de los bienes de los cuales se han apoderado.

Y podrán extenderlo de múltiples maneras. Ya se inclinan al magisterio o a la política; al ejercicio de las llamadas profesiones liberales, al desarrollo de talentos artísticos; a la indagación de nuevos conocimientos o nuevas explicaciones de los antiguos; al servicio de la justicia o el bienestar de los demás. Siempre en defensa de la dignidad humana, la extensión de los beneficios de la cultura habrá de ser tarea suya.

Ahora bien: en cualesquiera de sus aspectos que quiera mirarse la cultura —la educación— impartida por la Universidad, será advertible que se desenvuelve en dos sentidos que, siendo distintos en su origen, coinciden y se unifican en su objeto último.

El primero se orienta hacia el punto primero y esencial: que los mexicanos se conozcan a sí mismos; el segundo tiende a

que, una vez logrado el conocimiento de sí y de su propio mundo, los mexicanos se pongan en contacto con el ser y el mundo de los demás hombres; esto es, con las manifestaciones de la cultura universal. Provistos de las herramientas que la suya particular les proporciona, estarán en capacidad de poseer los bienes y valores de la otra, volviéndolos también en inexpugnablemente suyos.

Es conveniente señalar que, aparte de sus instituciones de investigación y de enseñanza, la Universidad cuenta con un conjunto de medios de difusión cultural con los cuales es poderosa a llegar a muchedumbre de conciencias cuyo número supera con mucho el de sus propios integrantes.

En la materia que tales medios difunden y en la manera de hacerlo, son perceptibles los dos sentidos a que ahora me refiero. Pero quizás esto, así como el panorama general de la cultura creada, afirmada, extendida por la Universidad, sea posible comprobarlo, más sencillamente que en ningún otro aspecto, en el conjunto de las ediciones universitarias.

No sería exageración el sostener que un catálogo de las publicaciones de la Universidad equivaldría a una guía certera de la cultura de México; de sus preocupaciones centrales, de las evolucionantes luces bajo las cuales los problemas de las ciencias y las humanidades se han ido planteando, de las soluciones que para ellos han sido propuestas.

En dichas publicaciones, los maestros mexicanos han dejado las lumbres de aportaciones insustituibles; pero, además, la

Universidad –*alma parens*– ha incluido en ellas, adoptándolo, el pensamiento de maestros extranjeros que en su interior encontraron ambiente respirable, suelo propicio a su crecimiento.

Todo esto se evidencia, sin necesidad de acudir a la totalidad de las ediciones universitarias, con el simple y somero análisis de sus principales colecciones.

En cuanto a temas fundamentalmente mexicanos, es de recordarse como ejemplo inicial la más antigua de ellas: la Biblioteca del Estudiante Universitario.

Destinada, como ya lo dice su nombre, a los estudiantes, abarca en sus títulos y sus autores el complejo desarrollo histórico de nuestra cultura, desde muestras de las obras del espíritu prehispánico hasta ejemplos de las expresiones de nuestro espíritu contemporáneo. En su ya larga existencia, ha sido causa de que una suerte de revelación de cuanto somos, vaya cobrando el carácter de un todo unitario; de un todo cuyo núcleo es la conciencia de un ser autónomo y fuerte, fruto de un nacionalismo saludable y sólido.

En esa Biblioteca se contienen selecciones u obras enteras de autores representativos de las diferentes etapas de nuestra historia. Precedidas por prólogos y explicadas por notas de especialistas en el asunto de que se trate, sus volúmenes, entre lo prehispánico y lo moderno, presentan figuras señeras –humanistas, filósofos, literatos– del tiempo de la colonia; héroes de nuestras grandes batallas libertarias; la Independencia, la Reforma, la Revolución, representados por lo más eminente de su pensamiento.

Profundizando asimismo en la cultura y la historia nuestras, la Nueva Biblioteca Mexicana comprende obras de índole filosófica, literaria, histórica, jurídica y social.

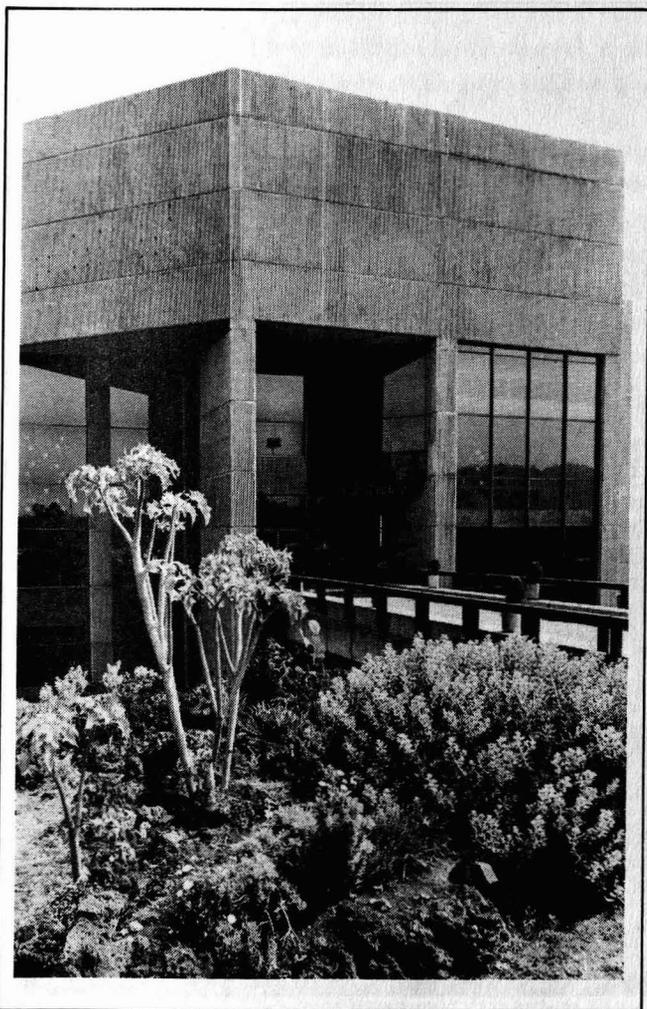
Indispensables para nosotros, están en ella las obras completas de Justo Sierra, José Joaquín Fernández de Lizardi, Servando Teresa de Mier, Manuel Gutiérrez Nájera, Antonio Caso, Samuel Ramos, José Gaos; también allí se hallan trabajos de Sigüenza y Góngora, Díaz de Gamara, Cabrera, Rodríguez de San Miguel, Heredia, Vallarta y muchos más.

Otras colecciones como Cultura Mexicana o la conmemorativa del IV Centenario de la Universidad, han dado en este mismo sentido frutos de valor indudable.

Asimismo abrazando los diferentes y sucesivos periodos de nuestra cultura, la Colección de Arte incluye casi de modo exclusivo estudios monográficos acerca de las poderosas manifestaciones artísticas de México, desde las prehispánicas hasta las más actuales, con pintores como Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo, Ricardo Martínez.

Por la cultura mexicana, representada por las ediciones de la Universidad, no se reduce en modo alguno a la exploración y el apoderamiento consciente de lo propio nuestro en el presente y el pasado. Nuestros hombres de cultura han luchado siempre y de continuo por conquistar los bienes de cultura creados por los demás hombres, y de hacerlos así también propiedad suya.

De esta suerte, maestros ilustres crearon la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, destinada a difundir entre nosotros, mediante versiones originales y con el auxilio de introducciones y notas aclaratorias, la obra de los



autores griegos y latinos, fundamento de la cultura occidental.

Los lectores mexicanos han podido así enriquecerse con un renovado conocimiento de filósofos y literatos como Platón, Aristóteles, Euclides, Hesiodo, Cicerón, Lucrecio, Catulo, Virgilio, Horacio, Ovidio, César, Propercio, Séneca, entre otros.

Reconocidas las raíces de esa cultura complementaria de la nuestra, había que ir en busca de sus frutos actuales, y a fin de ponerlos al alcance de doctos lectores, se han originado más y diversas colecciones.

Amplias puertas a la cultura universal abre, por ejemplo, la Colección Problemas Científicos y Filosóficos, en la cual se presentan obras que ponen de manifiesto ideas regentes acerca de la teoría, la historia y los postulados de la ciencia en multiplicados aspectos. Son de citarse entre ellas las de Frank, Ellison, Hoyle, Mainx, Crowther, Fréchet, Thomson, Wagner, Reichenbach, Bohm, Peierls, González Casanova, Tiselius, Moshinsky, Schatzman, Young.

Principal en su sentido universalista, la colección Filosofía Contemporánea, auspiciada por el Instituto de Investigaciones Filosóficas, fomenta la posibilidad de cultivarse con el pensamiento de Husserl, Stebbing, Waismann, Moore, Wittgenstein, Enderton y otros más de semejante significación.

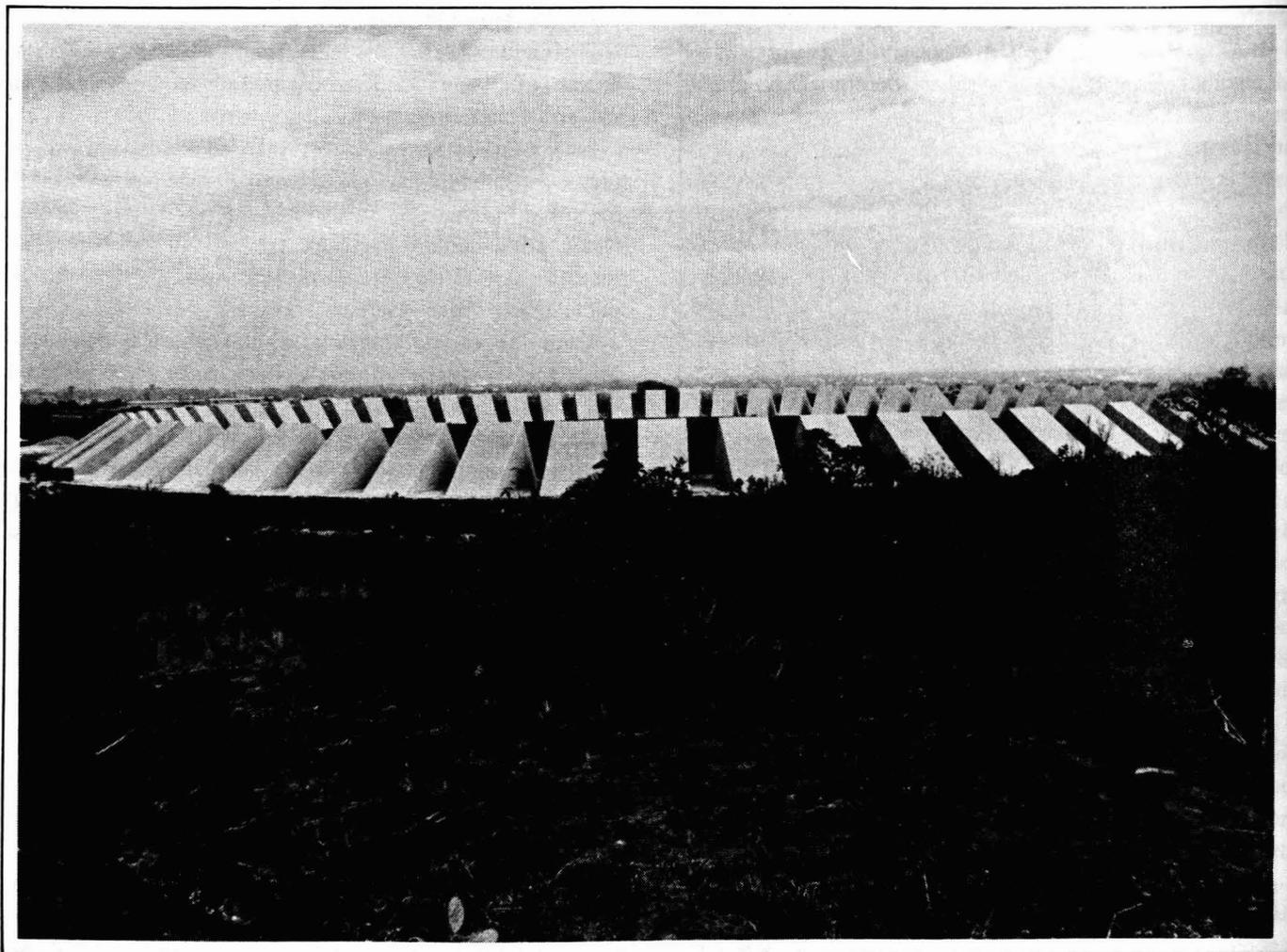
Nuestros Clásicos es una colección cuyo nombre mismo indica sus propósitos: tomar a los autores tenidos universalmente por clásicos, y volverlos en propios nuestros. En ella, precedidos de prólogos de maestros mexicanos, se encuentran

títulos y escritores representativos de insigne variedad de géneros. Antologías bilingües de poesía griega, latina, italiana, norteamericana, se juntan con trabajos de variada naturaleza, literarios, filosóficos, científicos. Allí puede leerse a Petronio, a Rojas, a Spinoza, a Shakespeare, a Cervantes, a Aristóteles, a Leibniz, a Conrad, a Melville, a Kant, a Darwin. Todos clásicos nuestros, parte de la cultura de México encarnada en la Universidad.

Conviven sin obstáculo lo antiguo y lo moderno. Otras colecciones hay, en las cuales se expresa asimismo la manera como la Universidad cumple sus tareas de creadora de nuestra cultura. Sirvan de ejemplo aquellas destinadas a recoger algunas muestras de la contemporánea creación literaria. Así, Poemas y Ensayos, Cuento y Relato, Letras, El ala del tigre. Contienen obras mexicanas y extranjeras.

Eso, en cuanto a colecciones patrocinadas por la Dirección General de Publicaciones, órgano de la Coordinación de Humanidades. Pero, fuera de ellas, hay otras muchas, generadas por escuelas, facultades, centros, institutos de investigación.

Entre estas últimas es necesario mencionar las pertenecientes a los Institutos de Investigaciones Estéticas e Investigaciones Históricas, dedicadas especialmente a asuntos mexicanos, y donde se han dado a luz obras definitivas en nuestro desenvolvimiento como sociedad culta. Obras que alumbran sectores fundamentales de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que debemos ser.



Como los dos institutos mencionados, producen y publican obras esenciales los de Investigaciones Jurídicas, Sociales, Económicas, Bibliográficas, y los más recientemente creados de Investigaciones Antropológicas e Investigaciones Filológicas.

Me referí antes a los medios de difusión cultural con que cuenta la Universidad, entre los cuales elegí, como ejemplar en su desempeño educativo por su carácter de indicador de aquello en que nuestra cultura consiste, el caso de las publicaciones universitarias.

Pero, al parejo del de éstas, convendría seguir, a fin de hacer perceptible la significación de la Universidad en la cultura de México, el de algunos otros de los medios de que ella se vale en el cumplimiento de sus funciones. Recordemos que educación y cultura son términos sinónimos.

Parte esencial de la cultura son las artes; esos modos de creación cuyos productos, al ser contemplados, alcanzan, pasando previamente por los sentidos, hondos rincones del espíritu; espectáculo en presencia del cual el hombre se hace poderoso a conocer profundidades y lumbres existentes en sí mismo y en el mundo que lo rodea.

No existe acaso género alguno del arte que la Universidad, en su oficio de conseguir mediante la educación el perfeccionamiento humano, haya dejado de acoger, de auspiciar, de difundir.

De inagotables méritos es la noble tradición de las artes plásticas en México. El dibujo, la pintura, la escultura, son aspectos suyos en los cuales los artistas mexicanos han tocado cumbres insuperables. Ejemplares de la obra de los mayores, están a la vista de nuestra gente lo mismo en los viejos edificios que en los nuevos donde la Universidad trabaja.

Rivera, Orozco, Siqueiros, Leal, Tamayo, Eppens, Chávez Morado, Messeguer y otros más, siguen desde allí ejercitándose sin tregua en la trasmisión de insignes valores culturales. Maestros, dictan su cátedra perpetua desde marcos y muros.

Si se quisiera aproximarse a la escultura, bastaría con acudir a la zona del Centro Cultural en la Ciudad Universitaria, donde, hirviendo en su quietud, amenaza al cielo el cráter circular del Espacio Escultórico, vecino a obras de Sebastián, Hersúa, Escobedo, Silva, Felguérez, Tamayo, Goeritz.

Y en esa misma zona, concebida como espacio cultural, como venero de energías educadoras se sitúa el lujo arquitectónico de una serie de recintos, medios adecuados a la difusión de obras de valor permanente.

Salas destinadas a las audiciones musicales, al teatro, a la danza, al cine, se pueblan continuamente de acciones donde se hace realidad el proyecto de difusión efectiva de tales maneras del arte.

En ellas es posible escuchar a las orquestas universitarias, en cuyo repertorio se hallan las piezas principales de la música del mundo. Directores de las Orquestas Sinfónica y Filarmónica, tales como los primeros, José F. Vázquez y José Rocabruna, y los recientes Eduardo Mata, Jorge Velazco, Jesús Medina y varios más, constituyen un conjunto memorable, suficiente a infundir legítimo orgullo.

Bastaría con recordar los nombres de Héctor Azar y Juan Ibáñez, con quienes se finca definitivamente el prestigio mun-

dial del teatro universitario, para estar en condiciones de admirar los logros de éste. Pero su desarrollo se sustenta así mismo en los esfuerzos de otros muchos artistas ilustres.

Y en la danza, multitud de individuos y de grupos han consolidado un arte universitario, propio y universal. Podrían señalarse entre éstos, dos de condiciones cimeras: el Ballet de la Universidad, creado por Magda Montoya en los años que se tienen por la época de oro de la danza mexicana, y el actual Taller Coreográfico de Gloria Contreras, de justificado prestigio internacional.

En cuanto a las actividades cinematográficas, resulta imposible olvidar la labor benemérita de Manuel González Casanova, gracias a la cual ese arte ha ocupado en la Universidad el importante lugar que actualmente le corresponde.

Pero este tipo de recintos, teatros y otras salas de espectáculos, no son los únicos medios con que la Universidad cuenta para difundir manifestaciones culturales. Se vale también, con ese fin, de otras instituciones como son los museos y las bibliotecas.

En los museos universitarios se exhiben ininterrumpidamente obras pertenecientes bien a sus riquísimas colecciones propias, bien a otras que llegan a ennoblecerse en sus salones.

Así por ejemplo, el Museo del Chopo, el Museo de Artes y Ciencias.

Y Ahora se anuncia, para fecha cercana, la apertura de otro nuevo: el Museo de las Ciencias, una suerte de organismo viviente donde, contemplando como en una ilustrada narración las etapas evolutivas del universo, los asistentes podrán conocer tanto el origen de las estrellas como las causas y los efectos de fenómenos y cosas que, en última instancia, explican el ser del hombre, su fuerza y su fragilidad; aquello que puede ser su destino.

Un moderno sistema de bibliotecas, cada vez más copiosas y ordenadas, dotadas de los instrumentos técnicos más modernos, pone a disposición no sólo de los universitarios sino de cuantos en ello se interesen, libros y revistas; documentos donde el espíritu humano ha, desde hace siglos, tratado de hacer permanente la memoria de sus combates y sus victorias.

Institutos, centros de investigación, escuelas, facultades, abundancia de ediciones, teatros, salas de espectáculos, museos, bibliotecas. Vehículos todos de educación, que es cultura. Eso es la Universidad, creadora y difusora. Por designio de nuestra sociedad, cumple su elevada encomienda. Es, así, la fuente y el centro de la vida cultural de nuestro país. Ámbito de discusión, de conocimiento de ideas y actitudes, investiga y prueba; enseña y extiende y difunde. Todo en ella es cultura.

En todas partes está; es el centro y la periferia. Porque su función de extender los beneficios de la cultura se cumple, ciertamente, con la publicación de un libro o la magistral ejecución de una pintura o una sinfonía; pero también se realiza cuando un ingeniero proyecta o construye un puente unificador de regiones diversas, o cuando un juez dicta una sentencia justa o un funcionario gobierna moralmente, y, por dar ejemplos más humildes y más constantes, cuando un médico de pueblo cura a un enfermo pobre, o cuando un profesor de escuela de barrio infunde en sus alumnos el poder de llegar a ser mejores. ◇

La UNAM en la vida científica de México

Con frecuencia se habla de los adelantos que en la cultura indígena mexicana existían, entre otros, en astronomía y herbolaria; sin embargo, mientras los países europeos avanzaban en la generación de su propio conocimiento, nosotros nos dedicamos a la exportación de materias primas; no nos dimos cuenta del valor de la ciencia; si acaso, teníamos grupos docentes para la generación de los profesionales que la vida nacional requería. Los mismos españoles, nuestros conquistadores, se quedaron atrás del resto de Europa.

Sólo largo tiempo después de lograda nuestra independencia se organizaron las primeras bases de una infraestructura científica; en 1863 se fundó el primer Observatorio Astronómico Nacional; y después se le agregó la Estación Sismológica y el Observatorio Magnético. También hacia finales del siglo se fundaron la Biblioteca Nacional y el Instituto Médico Nacional. Pocos logros se anotan en la historia de estas instituciones, que, por si fuera poco, hubieron de enfrentarse luego a una cruenta y larga lucha armada y posteriormente a una difícil y penosa etapa de reconstrucción nacional.

La Universidad Nacional Autónoma de México en el México moderno

Aun sin otros méritos, la UNAM tendría todavía el de ser la cuna de la ciencia y la cultura durante el verdadero nacimiento de nuestro país al mundo moderno. En 1929, recibió el Observatorio Astronómico Nacional; con la Estación Sismológica, el Observatorio Magnético y el Departamento de Exploraciones y Estudios Geológicos, también el Instituto de Geología, y se le incorporó el Instituto de Biología, formado a partir de la Dirección de Estudios Biológicos.

Con pocos medios y apoyo, la UNAM asumió su labor pionera en el desarrollo de la ciencia mexicana. Entre 1929 y 1954, el esfuerzo de unos cuantos científicos entusiastas dio lugar, entre otros hechos a los siguientes:

En 1938 se creó el Instituto de Geografía.

En 1938 también, se creó el Instituto de Investigaciones Físico-matemáticas, que se convirtió en 1939 en el Instituto de Física, cuna de la Física mexicana.

En 1940 se creó el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, antecesor del actual Instituto de Investigaciones Biomédicas.

En 1941 se fundó el Instituto de Química.

En 1942 se creó el Instituto de Matemáticas.

En 1945 se creó el Instituto de Geofísica.

Así, al cambiarse a sus instalaciones en la Ciudad Universitaria, la UNAM continuó siendo el eje de la vida científica nacional. La sola idea de la construcción de esta obra, fue también un ejemplo enorme de avanzada en la concepción futura del desarrollo requerido en la investigación y la docencia. Casi ninguna universidad del mundo cuenta con la extensión de la sola Ciudad Universitaria de México.

La etapa hasta antes de los setenta

Aunque sin la velocidad requerida, en parte por la carencia de medios, la creación de la Ciudad Universitaria hizo renacer el interés en la investigación científica y el entusiasmo de grupos pequeños, guiados por unos cuantos pioneros. Nuevamente la UNAM dio ejemplo de impulso a sus institutos de investigación y también a esta actividad en algunas de las facultades; instituyó las plazas de tiempo completo, base esencial de la situación actual.

Algunas de las efemérides de esta época muestran ese interés y la labor avanzada en el impulso a la investigación:

El Instituto de Astronomía instaló el Observatorio de Tonanzintla (1954) y un telescopio de 1 mt (1961).

El Instituto de Biología fundó el Jardín Botánico (1959) y la Estación tropical "Los Tuxtles" (1968).

Se creó el Centro de Cálculo Electrónico en 1955.

Se creó el Centro de Investigación de Materiales en 1967.

Se creó el Centro de Estudios Nucleares.

Se creó el Centro de Investigación en Matemáticas Aplicadas y en Sistemas en 1970.

La UNAM inició desde 1967 los primeros centros de investigación aplicada y en 1968 las primeras descentralizaciones. En las facultades, principalmente en la de Ciencias, se reforzaron los posgrados, para formar investigadores en mayor número. Con un gran espíritu de lucha, visión y entusiasmo, los universitarios establecieron las bases y buscaron los recursos para una época que todavía no se veía llegar, pero para la cual se preparaban. En esta época también se organizaron nuevas

sociedades científicas, entre las cuales se cuenta la Academia de la Investigación Científica, iniciada con 54 miembros en 1959. De nuevo, en la organización de la Academia y de otras nuevas Sociedades Científicas, del propio CONACyT, y del CINVESTAV, fueron muchos los investigadores de la UNAM que participaron.

El decenio de los setenta

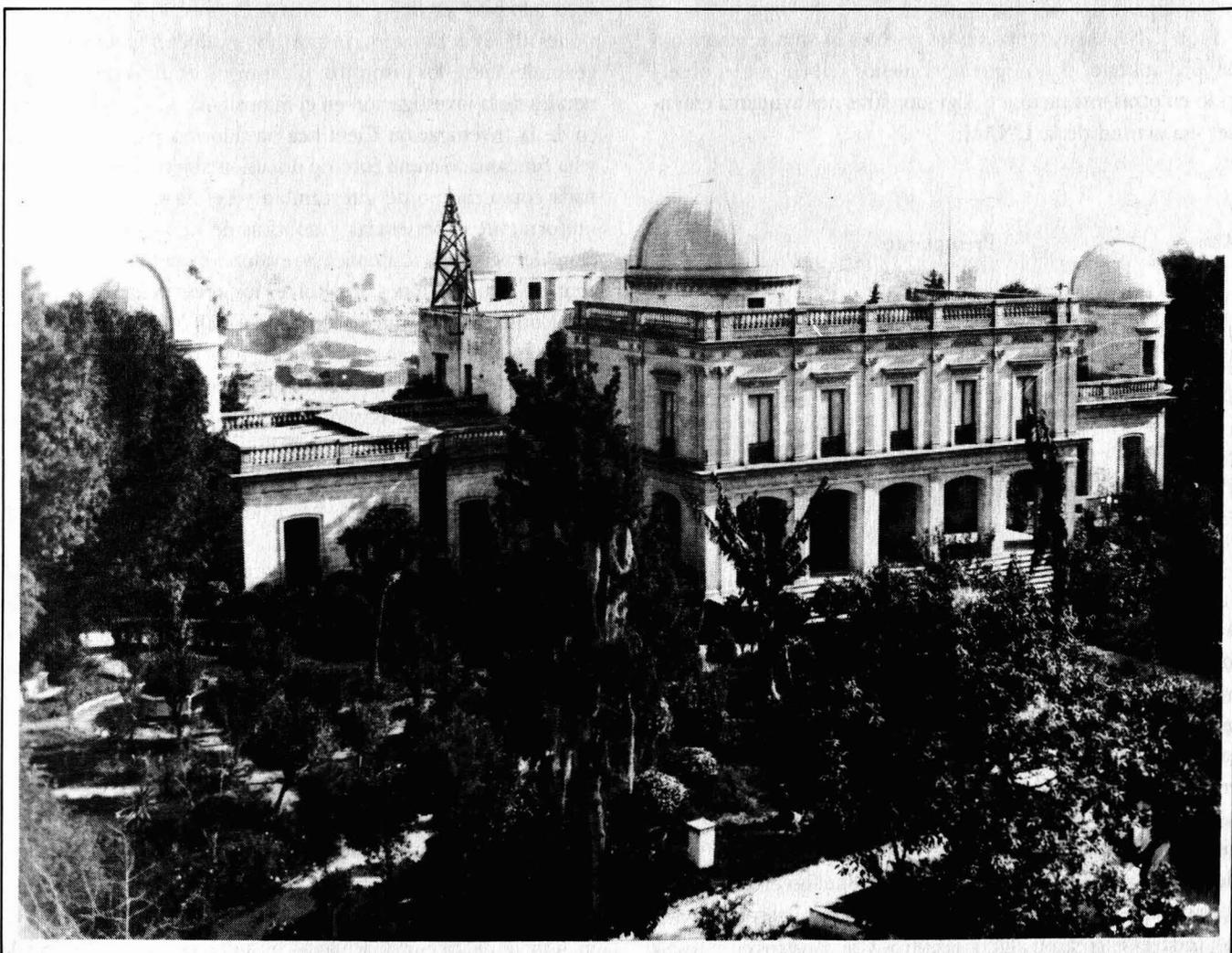
Antes de la terrible huelga de 1972, y durante la gestión de González Casanova, se produjo un hecho que pocos consideran como uno de los elementos importantes en el desarrollo de la investigación en la UNAM; ésta marcó un camino, aumentando significativamente los salarios del personal de tiempo completo.

En los setenta, como Coordinador de la Investigación Científica, Guillermo Soberón, con gran habilidad y visión, inició la Ciudad de la Investigación. También aumentó el número de plazas para investigadores de tiempo completo y técnicos académicos para apoyarlos. Demostró además que si se le dota de los recursos adecuados, la comunidad de los investigadores es capaz de desarrollarse y de producir resultados en tiempos relativamente cortos. Se crearon los siguientes centros, institutos y otras instalaciones:

- 1971 Centro de Información Científica y Humanística.
- 1971 Centro de Instrumentos.
- 1973 Centro de Ciencias del Mar y Limnología.
- 1973 El Centro de Servicios de Cómputo se convierte en la Dirección General de Servicios de Cómputo Académico.
- 1975 El observatorio de San Pedro Mártir y un nuevo telescopio.
- 1976 Instituto de Ingeniería.
- 1976 Instituto de Investigación en Matemáticas Aplicadas y Sistemas.
- 1977 Centro de Ciencias de la Atmósfera.
- 1979 Centro de Investigaciones en Fisiología Celular.
- 1979 Instituto de Investigación en Materiales.
- 1980 Centro de Investigación sobre Fijación de Nitrógeno.
- 1981 Centro de Investigación sobre Ingeniería Genética y Biotecnología.

Esto posteriormente dio lugar a los Institutos de Ciencias del Mar y Limnología (1981), Fisiología Celular (1979), Ciencias Nucleares (1989) y Biotecnología (1992).

Se diseñó un sistema nuevo para el posgrado en el Colegio de Ciencias y Humanidades, bajo un esquema, curiosamente, semejante al original de la Facultad de Ciencias: un nicho para



Observatorio Astronómico Nacional de Tacubaya, 1908

la docencia en el cual participarían los investigadores de los institutos y centros.

La UNAM adquirió mayor preponderancia en la investigación mexicana, produciendo alrededor del 50% del trabajo publicado; los investigadores se lanzaron a grandes proyectos en cuanto a instalaciones y medios. En esta etapa, una vez más, mostró sin lugar a dudas su respuesta ante un nuevo apoyo y la existencia de recursos; no sólo realizó las ideas y sueños atesorados durante años; continuó ocupando el lugar preponderante que tenía, sólo que ahora con cifras que se multiplicaron claramente: entre 1975 y 1985 la producción científica total del Subsistema aumentó casi cuatro veces. En la descentralización, jugó y sigue jugando el papel esencial; por un lado, como formadora principal de los grupos de provincia. Estableció los centros en Ensenada y Cuernavaca, creó y reforzó sus estaciones foráneas.

La crisis económica

En 1982, la crisis económica trajo enormes dificultades para los centros de investigación del país. En la mayoría de las instituciones se produjo una contracción y a veces la casi imposibilidad para salir adelante con sus programas. Había además menos recursos para más investigadores. Uno de los apoyos que fue crucial siempre, fue el del CONACyT, que disminuyó hasta llegar a apoyos simbólicos.

En la UNAM se atenuaron los problemas, con un aumento del presupuesto, si no óptimo, sí menos crítico que el observado en otras instituciones. Algunas cifras nos ayudan a entender esa actitud de la UNAM:

Año	Presupuesto Millones	% del total
1965	25.370	8.14
1975	237.657	8.68
1981	1762.574	10.13
1985	9574.781	12.34
1990	180539.928	14.46
1992	500019.970	24.80

La razón de una menor penuria en la UNAM fue una redistribución presupuestal que asignó una mayor proporción a la investigación. Además, aunque los apoyos del CONACyT disminuyeron, y las cantidades distribuidas por proyecto eran menores, el esfuerzo realizado por la UNAM y esas pequeñas cantidades permitieron, en especial a los institutos que se encontraban en mejores condiciones de solicitar los apoyos, sobrevivir la crisis. La UNAM, durante la crisis, resistió gracias a una firme decisión de no poner en peligro el esfuerzo de tantos años. Aunque no se llegó a un nivel óptimo de apoyo, las actividades mostraron inclusive un cierto desarrollo; todavía se crearon algunos centros y se construyeron instalaciones.

La organización de la investigación científica

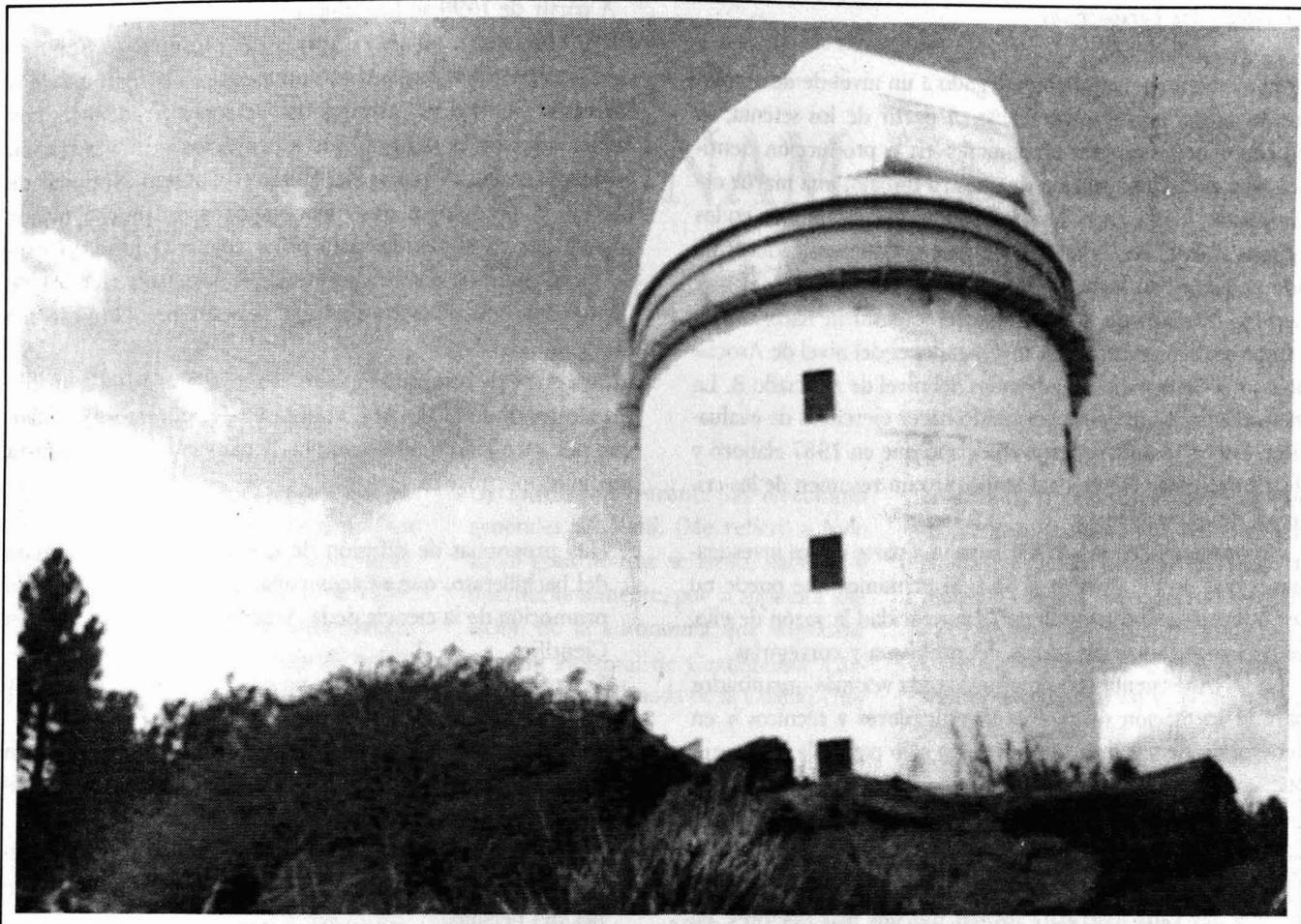
La UNAM, desde 1939 formó una Coordinación de la Investigación, y en 1944, el Departamento de Investigación Científica. En 1945 se creó la Coordinación de la Investigación Científica. En 1967 se crearon los dos primeros centros adscritos a la Coordinación. Desde 1980 se inició el programa de Investigaciones multidisciplinarias, antecesor de los actuales programas universitarios: de Salud, Alimentos, Espacio, Energía, y Medio Ambiente, que se iniciaron en 1981. En 1984 se creó el Centro para la Innovación Tecnológica, para establecer vínculos entre la investigación de la UNAM y el sector productivo. En 1990 se creó el Centro Universitario de Comunicación de la Ciencia, para manejar un ambicioso programa de difusión de la ciencia y de las investigaciones de la UNAM, y el Museo de la Ciencia que inaugurará sus primeras secciones en octubre de 1992.

Una de las estructuras importantes en la UNAM es el Consejo Técnico de la Investigación Científica, que se instituyó en 1945, con los directores de los institutos del Subsistema, y se encarga de diversos asuntos, como contrataciones, promociones, definitividades y otras cuestiones académico-administrativas. A partir de 1976 participan en el Consejo, sin voto, también los directores de los centros. En 1985 se incorporó un investigador por cada uno de los institutos y centros, con voto sólo para los de los institutos. Una de las principales funciones de este Consejo consiste en establecer patrones más generales entre los institutos, planear y sentar las políticas generales de la investigación en el Subsistema. El Consejo Técnico de la Investigación Científica ha sido modelo de actividad y ha funcionado como foro de discusión abierta, pero más que nada como cuerpo de intercambio y definición más o menos uniforme de experiencias y políticas de desarrollo, contratación de personal académico y evaluación entre los distintos centros e instituciones. Inclusive, los recientemente aprobados Consejos Académicos de Área de la UNAM, fueron diseñados tomando como antecedente directo y ejemplo a este Consejo. Otra de sus tareas importantes ha sido la definición de niveles cada vez más altos en la investigación, que han permitido también a la UNAM continuar entre las primeras instituciones en la investigación del país, y colaborar muy importantemente en sentar las bases de calidad que se requieren en esta actividad.

La UNAM, además, no sólo para la investigación, fue la primera en escribir y aprobar los derechos y obligaciones de su personal académico. En revisión actualmente, el Estatuto del Personal Académico proporciona un marco legal para las actividades de los académicos.

La evolución de la investigación

Las publicaciones del Subsistema de la Investigación Científica en 1975-76, con 915 miembros del personal académico (técnicos e investigadores), eran 372. Esa producción aumentó en 1985-86 a 1359 publicaciones (casi cuatro veces), con 1582 miembros del personal académico (un aumento a 1.73 veces). Sólo en el Subsistema de la Investigación Científica, en 1990



Observatorio Astronómico Nacional de San Pedro Mártir, Baja California, 1979

se produjeron cerca de 3000 publicaciones en revistas, capítulos en libros, memorias, informes, libros y trabajos de divulgación.

La UNAM cuenta ahora con 6 Programas Universitarios, 16 Institutos y 7 Centros. Además, hay investigación de nivel internacional en varias de las facultades. En el Subsistema de la Investigación Científica hay poco más de 900 investigadores, de los cuales más de 700 tienen un doctorado. En las escuelas y facultades afines al Subsistema hay cerca de 1400 profesores de Tiempo Completo, la mayoría de los cuales hacen investigación.

Otro de los índices para valorar los grupos de investigación, es a través de los miembros del personal académico que pertenecen al Sistema Nacional de Investigadores (SNI). En 1990, de cerca de 5400 miembros, 1504 (28%) eran de la UNAM.

Hay también un componente relacionado con la calidad: de los niveles II y III del Sistema, que incluyen los mejores investigadores del país, los miembros de la UNAM son el 47% y 56%, respectivamente. La proporción global de estos investigadores es del 50%, lo cual da idea del papel de nuestra institución en la ciencia del país.

El Centro de Información Científica y Humanística de la UNAM cuenta con una base de datos preparada a partir del *Science Citation Index* para el período 1980-1989, que registra 11,693 artículos mexicanos. La producción correspondiente a la UNAM en ese período, es de 4859, cercano al 42% del total.

La UNAM cuenta con un buen número y diversidad de programas de posgrado; además, no sólo destaca en la producción de maestros o doctores, sino en la repercusión que ello ha tenido. En ella se ha formado una gran parte de los investigadores del país.

El modelo del posgrado del Colegio de Ciencias y Humanidades, responde más o menos a un modelo que fue diseñado en su fundación para la Facultad de Ciencias: no tiene personal propio, sino que cursos y permanencia de los estudiantes se realizan en los propios institutos y centros, y la organización y manejo del posgrado dependen de los investigadores. Hay inclusive un modelo en el cual no sólo participa un instituto, sino cuatro, con Comisiones Académicas en cada una de las sedes y un Consejo Interno en el que participan representantes de los cuatro institutos. Así, esta universidad se ha convertido en el principal centro formador de personal académico del más alto nivel, y destaca claramente en distintas áreas de la Biología, como la Fisiología, la Bioquímica y la Biología Molecular, en Física, Química, Matemáticas, las Ingenierías, etc. Casi toda la investigación en Astronomía se ha hecho en la UNAM.

Otro papel central de la UNAM ha sido su influencia en el desarrollo de grupos fuera, incluyendo los de universidades en los estados, como los de Física, que han resultado en gran parte de personal formado en la UNAM; son muchos también los centros que se han formado con la iniciativa y el esfuerzo de los universitarios.

Los retos y las perspectivas

En el momento actual, hemos llegado a un nivel de desarrollo que se antoja más que razonable. A partir de los setenta, se vio con enorme rapidez un aumento en la producción científica, una profesionalización de nuestro trabajo, una mayor organización, y un franco desarrollo de los grupos. Si bien en los últimos años el crecimiento del número de investigadores ha sido pequeño, no lo ha sido el aumento de los niveles. En el Consejo Técnico de la Investigación Científica, hace mucho tiempo se dejó de contratar investigadores del nivel de Asociado A, y recientemente también los del nivel de Asociado B. La madurez del Consejo ha permitido hacer ejercicios de evaluación; éste es el único cuerpo colegiado que en 1987 elaboró y distribuyó entre el personal académico un resumen de los criterios de evaluación.

Preocupa que en la UNAM haya una parte de los investigadores que no pertenecen al SNI. Si pensamos que puede no ser intención, sino en gran parte incapacidad la razón de ello, es necesario buscar las causas del problema y corregirlas.

La UNAM cuenta con programas cada vez más organizados para la formación de nuevos investigadores y técnicos y en general de personal de alto nivel, no sólo para ella, sino para otras universidades e instituciones; ha dado lugar a la formación de grupos y de verdaderos polos de desarrollo, instalados fuera de la Ciudad de México, que tienen ya influencia decisiva en los lugares en que se asientan. Pero es importante señalar que hay capacidad para formar muchos más doctores; en 1990 sólo se doctoraron 60 estudiantes en el área de ciencias, frente a un total de 119 en toda la UNAM. Es indudable que debemos atraer más estudiantes a nuestros posgrados. Es casi increíble que la Facultad de Ciencias sólo haya graduado a 20 doctores, contando con 200 profesores de tiempo completo y la participación de al menos de dos tantos más de los institutos y centros de sus áreas.

Otro problema que se presenta es el descenso de la matrícula en algunas carreras claves para la formación de recursos humanos para la ciencia. Este fenómeno se repite en muchos lugares del mundo, no es de extrañar en el caso nuestro y debemos combatirlo; pero hay un hecho que muy probablemente ha influido también; en la Facultad de Ciencias ha existido una efervescencia política crónica, con sus consecuencias lógicas: el asambleísmo, paros, y otras actividades que con frecuencia la han desviado de sus objetivos y su papel como nicho de los posgrados con base en los grupos de investigación propios y de los institutos del área. Ha sido enorme el daño producido a los programas académicos, resultado de la confusión de líderes estudiantiles y del apoyo de algunos académicos. Afortunadamente hay en el momento actual un cambio notable de esta actitud, y es posible que esa facultad recupere su atractivo hacia los jóvenes que necesitamos como semilla para los posgrados en ciencia. Se ha llegado a reconocer que atraer a los estudiantes a las carreras académicas implica un papel activo, una actitud y un ejemplo de trabajo académico sólidos; todo esto es posible si se toma la investigación y la formación de recursos humanos como las actividades centrales de los investigadores.

A partir de 1990 se han abierto nuevas opciones de apoyo a la investigación, no sólo a través del presupuesto universitario; en la UNAM existe como un modelo, el programa de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, con fondos adicionales para apoyos a proyectos de investigación (o de docencia). A partir de 1991, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología nos ofrece apoyos de mucha mayor cuantía que en el pasado, para proyectos, para infraestructura, para contratar investigadores nuevos o para traerlos de fuera, ya sean invitados o personal permanente, para escribir libros de texto, etc.

Esta etapa de resurgimiento en el apoyo, sumada a la madurez alcanzada en la UNAM, implica una gran responsabilidad, que por otro lado, podrá cumplir, y para la que se toman ya medidas oportunas:

Hay programas de difusión de la ciencia desde los niveles del bachillerato, que se acompañan de otros programas de promoción de la ciencia de la Academia de la Investigación Científica.

Se hace una revisión de los posgrados, para integrarlos y mejorarlos.

Hay un esfuerzo importante para aumentar el número de grupos de investigación en las escuelas y facultades, con miras a mejorar la licenciatura y los posgrados.

Se busca aumentar significativamente los recursos económicos, para reforzar los programas académicos y las percepciones del personal.

Con la tradición más antigua y organizada, la UNAM fue la iniciadora y sigue siendo la más importante estructura de investigación en el país. Es de esperarse y hasta deseable que esto cambie y avance en la dirección de un desarrollo mucho más rápido e importante de otras universidades, principalmente en los estados de la república. Sin embargo, con las condiciones actuales, es fácil prever que la UNAM seguirá señalando en gran parte el rumbo que en ciencia e investigación se haya de seguir en el país. La UNAM continuará como centro fundamental de formación de investigadores científicos y contribuirá a la construcción de otros centros para la investigación, promoviénola, y como uno de los principales centros de definición de las directrices y políticas nacionales. La UNAM será por mucho tiempo, no sólo la que produzca una parte más que sustancial de la investigación, sino la que ofrezca al país el ejemplo de decisión a apoyar la investigación, aun en épocas difíciles, como uno de los principales mecanismos para formar los recursos humanos del más alto nivel y los centros en que esta insustituible actividad debe desarrollarse. ◇

El autor agradece a Margarita Almada de Ascencio y al Centro de Información Científica y Humanística de la UNAM la información sobre las publicaciones, y al sistema SID-SNI de la Academia de la Investigación Científica, los datos sobre los niveles de los investigadores. Otros documentos consultados fueron: "Síntesis Histórica de la Universidad de México", editado por la UNAM en 1975, bajo la dirección de Consuelo García Stahl; los documentos elaborados por la Coordinación de la Investigación Científica en 1976 y en 1985, y la Agenda Estadística de la UNAM para 1991.

La UNAM en la política mexicana

La UNAM ha sido siempre un especial centro neurálgico de la política mexicana. Su origen mismo como institución nacional "autónoma", en 1929, fue en buena medida una consecuencia de la vasta y compleja contienda política que intentaba dirimir la orientación ideológica del proceso revolucionario de país y la correlación de las fuerzas sociales en pugna. La Universidad jugó en todo ello un importante papel central, con innegables repercusiones políticas, ideológicas e institucionales.

Entre 1929 y la época actual pueden distinguirse tres etapas claramente delimitadas en el recorrido de la UNAM por las entretelas de la vida política de México. Y cuando hablo de un "recorrido político" de nuestra Casa de Estudios quiero sólo significar con ello la forma o la manera histórica en que la institución, a veces sin proponérselo y aun en contra de su voluntad, ha participado o se ha visto envuelta en algunos sucesos sobresalientes de la vida política de México.

La primera de ellas alude a la época anárquica y tormentosa de la UNAM desde el momento en que le fue otorgada su autonomía hasta la complicada crisis de 1944, que condujo a la promulgación de su actual Ley Orgánica. Una segunda, en la que la UNAM conoció mayor tranquilidad, podría abarcar desde el gobierno del licenciado Alemán hasta los conflictos de la década de los sesenta, que condujeron al año dramático de 1968, con su turbio coletazo al iniciarse el sexenio echeverrista. Y, en fin, la tercera, iniciada en ese sexenio, correspondería propiamente a la época contemporánea, sin mayores sobresaltos, salvo quizás su sorpresiva incidencia

circunstancial durante las elecciones generales de 1988. (Me refiero a todo aquel gran lío que se armó, nacional e internacionalmente, por la supuesta violación de la autonomía que implicaba el mitin electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en la explanada de la Ciudad Universitaria).

A la distancia del tiempo transcurrido tal vez fuera conveniente tener presentes algunos acontecimientos históricos que enmarcan de alguna manera ciertos hechos analizados aquí. Desde luego, recordemos que 1929 fue un año de enorme trascendencia en el mundo occidental; pero también lo fue en México y en lo que a partir de entonces sería

la UNAM. Un año en el que hay cambio de gobernantes en las tres potencias aliadas: Estados Unidos (Herbert C. Hoover), Inglaterra (Ramsay MacDonald) y Francia (Aristide Briand). Trotsky es expulsado de la URSS y Stalin se asienta plenamente en el poder. Surge asimismo la amenaza hitleriana en Alemania.

Pero lo verdaderamente grave y de enorme trascendencia mundial es el desplome de la bolsa de valores de Nueva York y la súbita pérdida de más de 26 billones de dólares en valores financieros. Es el "Viernes Negro" del 28 de octubre en Nueva York, y con él empieza la gran crisis económica mundial que sirvió de preámbulo a la segunda gran guerra de este siglo.

En México, 1929 es también un año de particular relevancia política. En el mes de marzo nace formalmente el Partido Nacional Revolucionario (PNR), abuelo del PRI actual. Pero también aparece con el PNR la fórmula secreta del "maximato" político ejercido por el general Calles durante los tres gobiernos que siguieron al suyo. Ese mismo año estalla la insurrección escobarista y se realizan las elecciones para elegir al presidente constitucional que llenaría el vacío que dejó el asesinato de Obregón. Frente a la candidatura oficial del ingeniero Pascual Ortiz Rubio había surgido la del antiguo rector de la Universidad Nacional y ex-secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, intelectual de prestigio continental y héroe de las juventudes universitarias de aquellos años. Ese año concluye también la llamada Guerra de los Cristeros, mediante una negociación en el Vaticano.



Alfonso Caso

Y, por fin, es también en 1929 cuando el gobierno provisional de Emilio Portes Gil decide otorgar la autonomía a la Universidad Nacional de México. Este último hecho fue en sí mismo la primera gran irrupción política de nuestra Casa de Estudios en la vida pública del país.

Hasta antes de 1929, la Universidad Nacional prácticamente no contó nada en lo que se ha llamado el "proceso transformador" de los primeros gobiernos revolucionarios. Algunos egresados de sus aulas —por fortuna, entre los más capaces y brillantes— se vincularon pronto a la obra de la Revolución; pero una gran mayoría de los universitarios, ideológicamente ajenos y opuestos incluso a dicha tarea, se fue enclaustrando en la Universidad, desde la cual podía evitar la contaminación revolucionaria y realizar eventualmente actividades contra ella. Dentro de la Universidad se empezó a formar así una corriente conservadora y reaccionaria que repudiaba a la Revolución.

Una ambigüedad semejante se desarrollaba, a contrario sensu, en círculos poderosos de los gobiernos revolucionarios. Si la Universidad se percibía vagamente como una necesidad institucional para la formación de los profesionistas y técnicos que requería el país en su nueva etapa de transformaciones y cambios estructurales, se consideraba intolerable, por otro lado, que la institución sirviese de parapeto a los enemigos de la Revolución.

El resultado fue que para 1929, tanto en la Universidad como en el gobierno habían crecido la animadversión y la hostilidad recíprocas. La candidatura de Vasconcelos vino a agregar un elemento particularmente irritativo y perturbador dentro de esa gran tensión, pues un buen número de universitarios, muchos de relieve público, se sumaron abiertamente a ella. Hoy es ya un hecho indiscutible que la presencia del vasconcelismo en las aulas y en la huelga universitaria de ese año fue un factor determinante en la decisión de otorgarle su autonomía a la Universidad Nacional. Hay quienes piensan que la concesión de la autonomía (que no era una demanda explícita de aquella huelga) fue una maniobra del gobierno

callista de Portes Gil para dividir o sembrar la confusión en el movimiento vasconcelista¹.

La "maniobra", en todo caso, sólo sirvió para convertir a la UNAM en un escenario idóneo y propicio para la gran disputa ideológica y política de los años que se avecinaban. Pues la autonomía, al sustraer a la Universidad de los controles gubernamentales, la convirtió pronto en una auténtica tierra de nadie y de todos a la vez. Los primeros quince años de la UNAM fueron años de verdadera anarquía, de desórdenes constantes, de corrupción, de violencia, de despome académico, de actos incluso delictivos que eran promovidos o alentados desde muchas partes y con los peo-

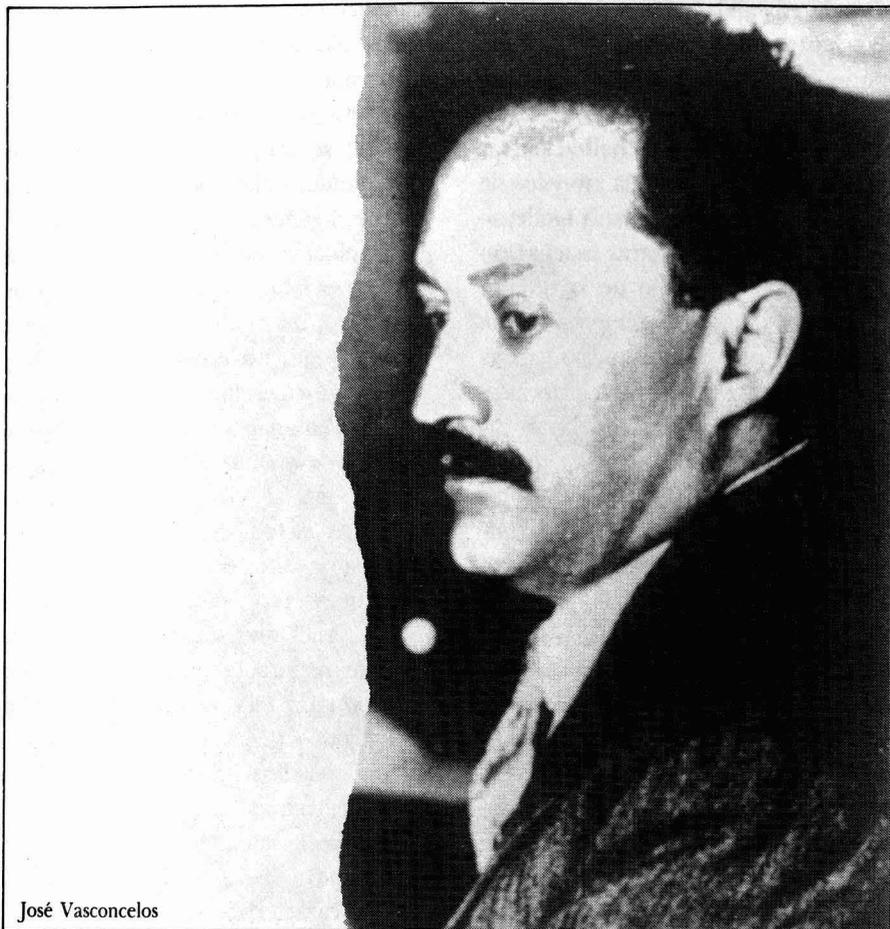
¹ Se ha hablado y escrito mucho sobre un supuesto "Movimiento universitario de 1929 por la Autonomía", atribuido gratuitamente a la huelga estudiantil de ese año. En realidad, al conocer con mayor detalle los acontecimientos de ese año, parecería que ha sido una verdadera invención del romanticismo universitario, adobada posteriormente por algunos de los principales líderes de aquella huelga famosa. Un testigo presencial y activo en esa huelga, que se inició para oponerse a los exámenes parciales que pretendían implantarse en la Facultad de Derecho, relata la sorpresa que les produjo la decisión del gobierno de otorgarle la autonomía a la Universidad: "Entre los estudiantes la decisión del licenciado Portes Gil hizo el efecto de una bomba, debido a que lo único que buscábamos era un cambio de autoridades y nunca que se dejara en nuestras manos, como se hizo, todo el gobierno de la Universidad, e inclusive se llegó a rechazar la iniciativa presidencial, pero al ver que Portes Gil estaba firme en sus propósitos, fue aceptada casi a regañadientes" (J. M. Luján Asúnolo, *La huelga de 1929. Recuerdos de un estudiante*. CESU/UNAM, Col. *Deslinde*, No. 143, C.U., 1981). Una buena narración analítica de esa huelga y su verdadero trasfondo político puede verse en Alfonso de María y Campos, *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929)*. UNAM, Comisión Técnica de Estudios y Proyectos Legislativos, México, 1975, pp. 181 y ss. De María y Campos documenta suficientemente la vinculación entre esa huelga y el movimiento vasconcelista. Pueden verse también Consuelo García Stahl, *Síntesis Histórica de la Universidad de México*, México, UNAM, 1975, Cap. XIII, pp. 131 y ss. Asimismo, Renate Marsiske, "El movimiento estudiantil de 1929 y la autonomía de la Universidad Nacional de México", en *Memorias del Primer Encuentro de Historia sobre la Universidad*, México, CESU/UNAM, 1984, pp. 126 y ss. Resulta interesante, sobre el desarrollo de los acontecimientos, el trabajo de Irma Lombardo García, *La autonomía de la Universidad. Cronología del movimiento de 1929*, México, UNAM, 1979, Col. *Deslinde*, No. 109.

ros métodos: el soborno, la amenaza, la coacción física, a veces el asesinato. La autonomía universitaria, y sobre todo la forma de elección de sus autoridades, se volvieron los pilares amurallados de una extraña y sorprendente "extraterritorialidad" que rápidamente fue convirtiendo a nuestra Máxima Casa de Estudios en una verdadera Casa de Juan Pirulero dentro de la vida política nacional.

El nudo gordiano de los grandes conflictos que habrían de estallar en la década de los treinta sería precisamente —paradoja de los tiempos— el enfrentamiento permanente entre el viejo ideal de la autonomía universitaria y el propósito revolucionario de introducir oficialmente la educación socialista en las escuelas públicas. (Treinta años después, muchos partidarios del socialismo serían los más acérrimos defensores de la autonomía universitaria frente a las amenazas del "Estado burgués"). Entre 1929 y 1933 (años del "maximato" callista, que según cuentan algunos investigadores, decidió imponer el socialismo por resentimiento hacia la insurrección cristera), se incubó en la UNAM, y a la postre en todo el país, la gran disputa sobre la autonomía y el socialismo, que iba a ser el gran entuerto ideológico de los años treinta².

Saltémonos las anécdotas y las elucubraciones: en el fondo de aquella famosa polémica de 1933 entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano sobre el materialismo histórico y el socialismo (que los lombardistas querían imponer como filosofía oficial en la UNAM), y que sirvió de preámbulo a la bronca colosal que agitó a todo el país, lo que se estaba ventilando realmente eran dos cuestiones básicas para aquellos momentos: asegurar una educación racional y antidogmática al pueblo mexicano, y, concomitantemente,

² Un análisis resumido de esos años de la política mexicana, vista por el lado de la UNAM, en Martha Robles, *Educación y sociedad en la historia de México*, México, Siglo XXI, 1981, Cap. VII ("Posición ideológica de la Universidad"), pp. 137 y ss. También Diego Valadés, *La Universidad Nacional Autónoma de México*, México, UNAM, 1974, pp. 40 y ss; Gastón García Cantú, *Historia en voz alta: la Universidad, "1929-1944: años difíciles"*, México, J. Mortiz, pp. 33 y ss.



José Vasconcelos

levantar una barrera a la educación confesional, desterrándola en definitiva de la enseñanza oficial del país³. “Comenzaba una batalla ideológica de grandes repercusiones”, escribió Lombardo años después.

La violenta oposición al proyecto lombardista, aprobado en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, originó en la UNAM un nuevo conflicto que la dejó sin rector. Pero la controversia se prolongaría durante varios

³ En 1944, cuando el Presidente Ávila Camacho planeaba reformar el Artículo Tercero de la Constitución, consultó a Bassols, que había sido el autor de la reforma a ese artículo en 1934, introduciendo la enseñanza socialista. Además de exponer ante el Presidente sus opiniones al respecto, Bassols dirigió una nota a Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación (muy poco conocida, por cierto), en la que le hacía algunas precisiones sobre la famosa educación socialista del gobierno cardenista. Es interesante y útil recoger estos dos párrafos significativos sobre lo que realmente entendían sus correligionarios bajo el texto “socializante” de dicho Artículo Tercero: “El imperativo nacido en Querétaro de dar a la educación pública tendencias socialistas, no debe valorizarse en abstracto, por su congruencia, podríamos decir arquitectónica, con el resto de la estructura del país (las reservas de muchas perso-

años todavía al reformarse en 1934 el artículo tercero de la Constitución y consagrar en él la enseñanza socialista en los niveles básicos.

El gobierno de Abelardo Rodríguez aprovechó la coyuntura del conflicto universitario para promulgar en 1933 una nueva Ley Orgánica de la Universidad, cuyo contenido revelaba la imagen que tenían de ella los ideólogos de la Revolución en aquella época, sobre todo después de los sucesivos fracasos izquierdistas en la UNAM, hasta la ex-

nas acerca de la incongruencia de existir una educación socialista en el seno de un país que no lo era, FLC), sino que más bien ha de medirse conjugándolo con las mil aspiraciones vagas y contradictorias que, sin embargo, encarnan siempre los grandes anhelos nacionales, en un país como el nuestro de pensamiento social tan primitivo y confuso (...) Porque la verdad es y no debemos olvidarlo un solo instante que el problema político real (en la redacción del Artículo Tercero, FLC) no radica ni en el término “socialista”, ni en la fórmula del “concepto racional y exacto”. Está en la prohibición a la Iglesia Católica de intervenir en la escuela primaria para convertirla en instrumento de propaganda confesional y anticientífica. Lo demás son pretextos”. N. Bassols, *Obras*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 524-5.

pulsión de Lombardo y sus seguidores. En los nueve artículos de la nueva Ley, se le otorgaba a la institución su autonomía plena y total, se le suprimía su rango “nacional”⁴, y finalmente, se le cancelaba el subsidio anual a cambio de una entrega única de diez millones de pesos. El propósito, en realidad, era obligarla a transformarse en una institución privada, al lado de otras ya existentes (como la Escuela Libre de Derecho, por ejemplo), idea que había sido ya expuesta en los Considerandos de la Ley Orgánica del 29⁵.

Con pleno autogobierno y sin recursos, la Universidad entró de lleno en profundas y violentas convulsiones, que degradaron a niveles inconcebibles su vida académica y cultural. Quedó además, por esas circunstancias, en manos de sectores pudientes y retardatarios que financiaban con plena libertad e impunidad los métodos de compra de votos, de chantaje o de imposición violenta para manipular la Universidad y convertirla en un ariete contra el proceso revolucionario del país, y muy particularmente contra el inminente gobierno del general Lázaro Cárdenas.

⁴ Según Antonio Carrillo Flores, el propósito de quitarle su carácter de “nacional” era “privarla, a lo menos potencialmente, del derecho a obtener de todas las autoridades nacionales o locales el reconocimiento automático de la validez de sus títulos para el ejercicio profesional de sus graduados”. A. Carrillo Flores, “Testimonio sobre la Universidad Nacional Autónoma de México”, en *La Autonomía Universitaria en México*, Vol. 1, México, UNAM, 1979, p. 33.

⁵ El Considerando decía lo siguiente: “Que no obstante las relaciones que con el Estado ha de conservar la Universidad, ésta en su carácter autónomo tendrá que ir convirtiéndose a medida que el tiempo pase, en una institución privada”. (Ezequiel Padilla, entonces Secretario de Educación Pública, al solicitar al Congreso de la Unión se concediera al Presidente Portes Gil facultades extraordinarias para formular la nueva Ley Orgánica de la Universidad ya como institución con autonomía. Cit. por Gilberto Guevara Niebla, *La rosa de los cambios. Breve historia de la UNAM*, México, Cal y Arena, 1990, p. 38). En 1933, escribe Carrillo Flores, “intencionalmente se eliminan de la definición de la Universidad los caracteres de ‘nacional’ y ‘pública’ que le atribuían los ordenamientos anteriores, declarando en forma expresa su deseo el Estado (sic) de que la institución se transforme en centro privado de investigación y docencia, en plan de igualdad con cualesquiera otros de este tipo” (Carrillo Flores, *op. cit.*, p. 33).

No se olvide que ese mismo año de 1933 marcó el destino de Europa y del mundo: la llegada al poder del nacional-socialismo alemán, con Hitler a la cabeza. Se inició el rearme alemán que conduciría a la Segunda Guerra Mundial. La famosa "Quinta Columna" comenzó a montarse en todo el mundo. México, en la espalda de los Estados Unidos, se llenó de espías y agentes nazis. No pocos hechos de la vida política mexicana de esa época fueron fomentados o aprovechados por los enviados del fascismo europeo⁶. La Universidad, expuesta por completo a la manipulación externa, fue uno de los campos predilectos de estos agentes, cuyos designios coincidían con algunos sectores derechistas y retrógrados del país.

El resultado fue que durante más de quince años, como se señaló antes, de 1929 a 1945, la Universidad vivió una de las peores épocas de su historia, agitada por las violentas conmociones de la política nacional y también por los oleajes de la crítica situación internacional. En 1943, en plena guerra mundial, la Universidad era un verdadero reducto de grupos ultramontanos, que la gobernaban con sistemas represivos y terroristas. Fue la época de los "conejos" (alumnos y profesores de extrema derecha) y los "pistoleros" (los "porros" de nuestros días) que yo alcancé a ver "operar" en la antigua y famosa escuela (de) Iniciación Universitaria, donde muchos concluimos el ciclo secundario.

El movimiento estudiantil de 1944, que condujo al derrocamiento del rector Brito Foucher, de confesión y métodos fascistas, dio lugar a un prolongado y enredado conflicto universitario, que sólo logró solucionarse, como se sabe, mediante la intervención del presidente Ávila Camacho y la promulgación de una nueva Ley Orgánica, redactada con gran inteligencia y habilidad por un grupo de universitarios brillantes, encabezados por el nuevo rector Alfonso Caso.

La Ley Orgánica del 45, como se la llama, habría de ser la base de una pro-

longada estabilidad más o menos efectiva hasta nuestros días. Además, la postguerra significó para México el inicio decidido de un programa de desarrollo basado en la industrialización, las obras de infraestructura, la inversión de capitales privados y la llamada modernización urbana, entre otras muchas cosas. Este nuevo rumbo de la política económica del gobierno implicaba también la necesidad de impulsar la formación de los profesionistas y técnicos que requería el desarrollo del país. La UNAM se convirtió pronto en institución predilecta del gobierno alemán, "afecto" que habría de subsistir durante los dos sexenios siguientes.

Ello explica el que prácticamente no haya habido ya conflictos mayores dentro de la Universidad, y menos aún movimientos de oposición en contra de dichos gobiernos. La relativa tranquilidad que predominó en la institución a lo largo de casi veinte años (con una sorpresiva y vigorosa interrupción en 1958, por el movimiento estudiantil en contra del alza de tarifas en los transportes urbanos) explica que tres rectores, además de terminar por primera vez sus cuatrienios sin mayores problemas, fueron reelectos para un segundo periodo, ambas cosas verdaderamente insólitas en la UNAM.

Sin embargo, el tercero de esos rectores fue forzado a dejar su puesto mediante un turbio movimiento estudiantil inspirado desde la cúspide del poder, que al final -curiosa ley del bumerang político-, no sólo derrocó al rector, sino desbordó a sus iniciadores para volverse abiertamente (ahora con consignas y planteamientos de izquierda) contra el propio Presidente de la República. Era ya la antesala de lo que habría de suceder en 1968.

Se ha escrito mucho sobre lo que ocurrió durante ese año trágico y yo mismo he publicado en diversos lugares mi propia interpretación de los hechos⁷. A pesar de todo lo que he leído después sobre esa gran conmoción nacional, sigo creyendo básicamente en lo que pensé y

publiqué entonces y aun años después.

La política de promoción económica emprendida por el gobierno alemánista al terminar la Segunda Guerra Mundial no se propuso ninguno de estos dos grandes objetivos, clara y explícitamente diseñados en el programa de la Revolución Mexicana: por un lado, la justicia social (es decir, un reparto más adecuado, más justo y más equilibrado de la riqueza nacional), y, por el otro, la democracia política (esto es, la libertad de pensamiento y de expresión, la libertad de organización y de participación política, y, en fin, el *sufragio efectivo*, el respecto al voto).

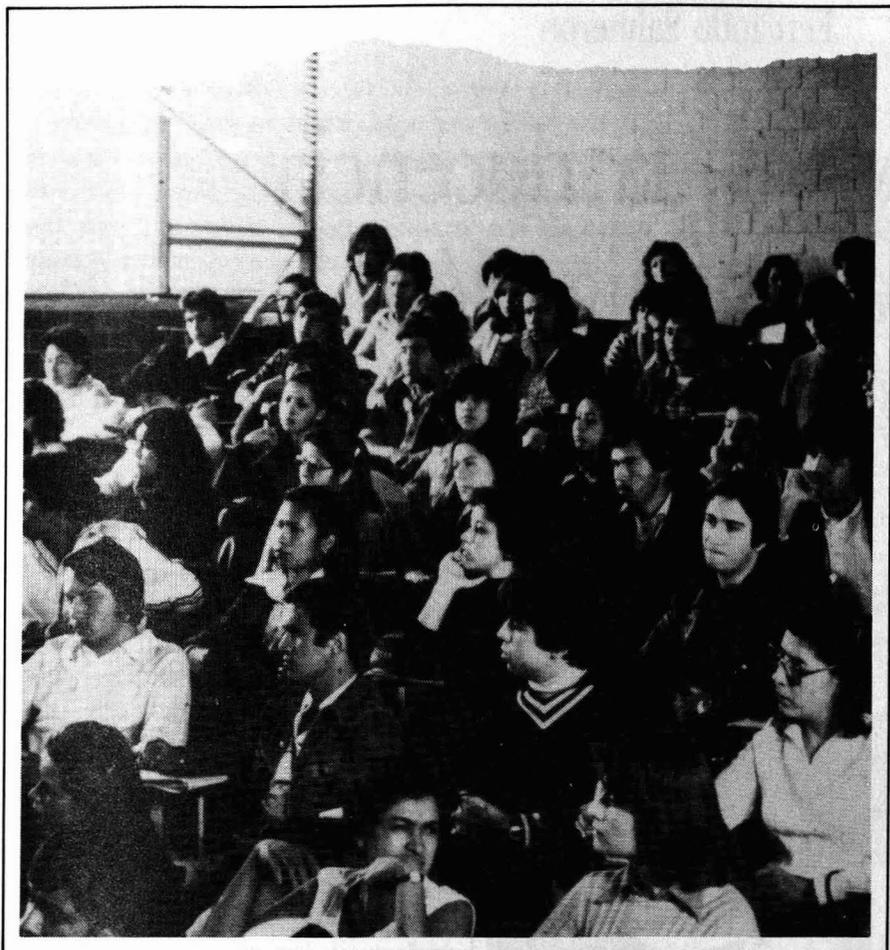
Nada de esto se consideró necesario en el nuevo programa de desarrollo nacional. Años después, a la vista de sus magros resultados desde el punto de vista social, a esta política de desarrollo se le llamó sin más, despectiva y críticamente, "el desarrollismo" (algo así como el mero impulso al desarrollo por el desarrollo mismo...).

Era inevitable que el desarrollismo, por sus características, sus finalidades limitadas y el atraso del país, produjera necesariamente grandes contradicciones económicas, sociales, geográficas y políticas que tarde o temprano tendrían que manifestarse públicamente, incluso en forma conflictiva. Y así ocurrió, en efecto. Al apretarse las tuercas del sistema impositivo sobre los sectores medios; al cerrárseles las puertas del mercado de trabajo profesional que les había ofrecido su preparación universitaria y técnica; al sentirse empaquetados como sardinas en las sobresaturadas instituciones de enseñanza superior, sin muchas esperanzas de ascenso social, y al intentar ingresar con poco éxito por las puertas del sistema político, cada día más hermético y corrupto, cada vez menos "transparente" y democrático, fue inevitable el colapso institucional y se llegó a la violencia.

Los años sesenta fueron marco de numerosos conflictos de carácter urbano, en los que se resumían de un modo u otro esas contradicciones del desarrollismo. Algunos eran de orden claramente político, al disputarse alcaldías y gubernaturas; otros fueron de índole profesional (como en el caso de los médicos y los maestros); y, en fin, los hubo

⁶ Por lo menos uno de los principales fundadores del Movimiento Nacional Sinarquista, de clara organización fascista, era un conocido agente nazi.

⁷ F. López Cámara, *El desafío de la clase media*, México, Cuad. de J. Mortiz, 1971; *Id.*, *La cultura del 69: Reich y Marcuse*. México, UNAM/CRIM, 1990.



numerosos y violentos en universidades y diversos centros de enseñanza media y superior. Campo predilecto de esas tensiones y protestas fue casi siempre la UNAM, poblada en un elevado porcentaje por sectores de clase media urbana, ya para entonces muy voluminosos, exigentes, insatisfechos y "contestatarios", como se decía entonces.

El gobierno del presidente Díaz Ordaz —a quien le estallaron desde el principio los violentos estertores sociales y políticos del fracaso desarrollista— creyó siempre en la teoría de la conjura internacional para explicar lo que ocurrió en el conflicto de 1968 y justificar así su propia actuación.

El propio Presidente llegó a sugerirlo claramente en su informe a la Nación en septiembre de 1968. La coincidencia en ese año de varios movimientos estudiantiles en diversos países del mundo occidental (algunos con apariencia de verdaderas insurrecciones políticas) podía dar pábulo a la teoría de la conspiración internacional. Tal vez Díaz Ordaz estaba seriamente convencido de su existencia. También circulaba la versión

del sabotaje a los Juegos Olímpicos que ese año se celebrarían en México; e incluso se hicieron especulaciones sobre maniobras internas futuristas, que pretendían imponer determinada "solución" al problema de la sucesión presidencial calendarizada para 1969. Había, pues, salsas y condimentos para todos los gustos.

Sin descartar del todo la presencia activa de algunos de esos ingredientes, que indudablemente llegaron a mezclarse de alguna manera en el desaguijado final, siempre me pareció necesaria alguna explicación de mayor fondo real, más estructural, más "sociológica" si se quiere, en vez del mero recurso a hipótesis y conjeturas escalofrantes. Dicha explicación me parecía necesaria incluso desde dos años antes, al producirse el conflicto de 1966 en la UNAM en contra del rector Ignacio Chávez.

Visto hoy en una retrospectiva más amplia, lo ocurrido en el año nefasto de 1968 no resulta nada claro si sólo intentamos explicarlo por el lado de la hipotética maquinación internacional, o como fruto de un sabotaje para despo-

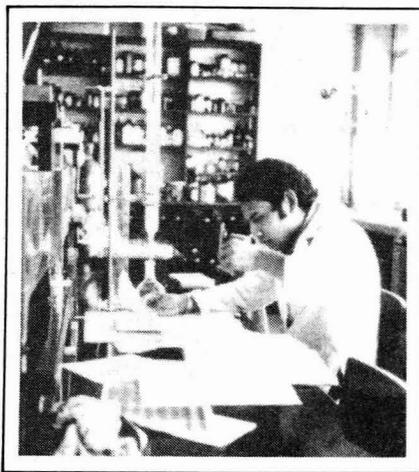
jar a México de la sede de los Juegos Olímpicos, o quizás como preparación futurista de una determinada candidatura presidencial, y menos aún como resultado único y exclusivo de los devaneos, las torpezas o los resentimientos personales del Presidente de la República⁸.

En cualquier caso, el hecho real, objetivo, verificable nos remite sin remedio a la conclusión que señalábamos al principio: la UNAM ha sido siempre, a querer o no, un elemento crucial en ciertos momentos decisivos de la política nacional, a veces con un peso gravitacional tan fuerte que inclusive ha podido incidir —sin proponérselo, por supuesto— en el rumbo y la definición de nuestro sistema político. Así ocurrió en 1968, donde el movimiento universitario encabezado por la UNAM implicó un verdadero parteaguas en la historia del país.

Los años siguientes, en especial a partir de 1970, al acceder al poder el presidente Echeverría y denunciarse "oficialmente" las contradicciones, incongruencias e injusticias del desarrollismo y su saldo negativo, se han considerado, para bien o para mal, como años de ruptura, de reajuste, de búsqueda de nuevas fórmulas para rehacer el paso y recobrar la brújula histórica. Ha sido la época titubeante, incongruente y no pocas veces errática del "desarrollo compartido", de la "Alianza para la producción", de la "austeridad" catártica, del hoy tan vapuleado neoliberalismo y de la modalidad ultra reciente del "liberalismo social". ¿Qué hará la UNAM en ese laberinto futuro? ◇

⁸ Años después del 68 leí otra versión, quizás más plausible y respetable, y probablemente cierta en aquellas circunstancias. En sus conversaciones con Gastón García Cantú, el ex rector Javier Barros Sierra, que vivió muy de cerca el conflicto y obviamente dispuso de información de primera mano, sugiere la posibilidad de que el conflicto haya sido deliberadamente auspiciado por el propio gobierno de Díaz Ordaz como una forma de hacer "abortar" el complot internacional que se preparaba contra México, habiéndosele escapado después el control del movimiento. (Cf. G. García Cantú, *Javier Barros Sierra: 1968. Conversaciones con Gastón García Cantú*, México, Siglo XXI, Edit. 1972).

La UNAM, la docencia y la investigación en la enseñanza superior



I

Las sociedades modernas han mantenido, entre los temas más o menos permanentes de sus preocupaciones sociales, el de la estructura y organización de sus instituciones. Dicho de otra manera: han procurado, con relativa regularidad, intentar el diagnóstico de las situaciones de conflicto vividas en los escenarios de sus instituciones. Las universidades —que son una parte muy sensible de esos escenarios—, no han escapado a esa preocupación y, en ocasiones, han venido a situarse en un lugar central.

Esto que se acaba de decir sobre el lugar preferente de la universidad —por supuesto, de toda la educación superior—, dentro del cuadro general de la investigación de las instituciones tiene relación con su capacidad real para hacer repercutir sus conflictos internos en ámbitos sociales más amplios, pero también se conecta con otra tesis substantiva. La tesis sociológica que, en un cierto momento, gozó de una aceptación generalizada, de acuerdo a la cual la universidad constituye el camino más seguro y directo para cualquier reforma social duradera. No es el caso de discutir ahora esta tesis; menos todavía las diversas ideas que, en cercanía con ella, cobraron en otras décadas una cierta vitalidad. Se trata solamente de dejar sentado que, por desmedida que nos pueda parecer esa tesis y por equivocadas que fueran las ideas que se conectan con ella, el buen funcionamiento de la universidad como institución, rebasa el interés de quienes participamos en su vida interna y afecta al de la sociedad en su conjunto. Y añadir

además, que cualquiera que sea esa importancia relativa, no supone ceguera ante los problemas de los otros niveles del sistema educativo; menos todavía ante los de cualquier otro conjunto de relaciones de la estructura social y de sus procesos de cambio.

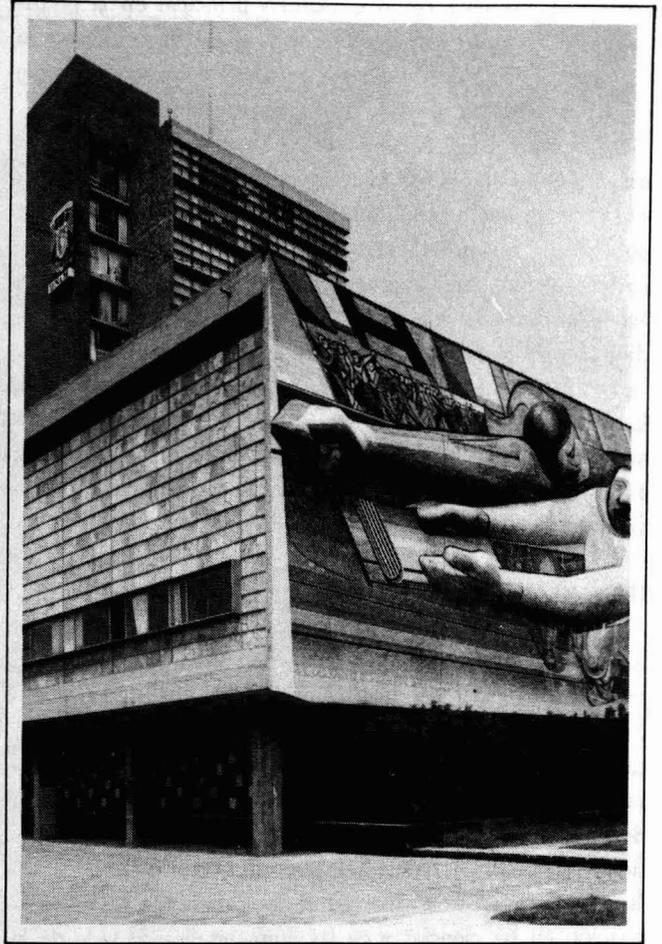
Puestas las cosas en sus justas dimensiones, conviene todavía advertir con alguna precisión, cuál es la materia de las páginas que siguen —porque el mero título puede aún generar expectativas demasiado amplias. Se puede entender, por ejemplo, que habrá que ocuparse en primer lugar de las condiciones generales de la investigación en el interior de la universidad, en la medida en que el estatuto institucional podría orientar ciertas condiciones, dado el carácter, fundamental o complementario, de la investigación frente a la docencia. También es posible suponer que se tratará ante todo de los modelos de organización de la investigación, y del señalamiento de sus ventajas y desventajas, frente a los correspondientes modelos de organización del trabajo docente. Finalmente, se puede pensar que la cuestión principal que ha de plantearse tiene que ver con los contenidos de la enseñanza —y que se trata de señalar el lugar de la investigación científica en relación con estos contenidos. Pero la verdad es que, aunque haya que decir algunas frases en relación con estos asuntos —las condiciones de la investigación, sus formas de organización institucional y los contenidos del currículum—, el asunto que importa es otro y debe ser formulado de otra manera: simplemente diciendo que se trata de la formación de los profesores.

II

La necesidad de la buena formación de los profesores es algo que difícilmente puede ser cuestionado. Pero sobre el acuerdo tácito que se da a propósito de esa afirmación general, surgen diferencias de fondo en cuanto la pregunta obliga a una respuesta precisa acerca de lo que se entiende por una buena formación para la docencia y acerca de la manera en que se piensa que esa formación puede ser lograda. Un recurso para presentar brevemente estas dificultades y, a la vez, para adelantar la tesis principal que aquí quisiera sostener, consistirá en presentar tres opiniones divergentes, dos de las cuales han encontrado en las universidades mexicanas un cierto respaldo general y sistemático.

La primera opción se suele formular con una frase que todavía se repite en muchas escuelas o facultades: "el maestro se hace en la cátedra". Frase que denuncia de entrada su origen tradicional, porque supone la relación del debutante con la cátedra como una célula institucional única en la configuración de la vida de las facultades —pero que pierde su sentido en la medida en que esta condición cambia o declina. Es decir, en la medida en que, el crecimiento de la matrícula multiplica el número de cátedras y de los responsables de cada una de ellas; o simplemente acelera el cambio de estos responsables en favor de personas con menor experiencia en la investigación o con diversa preparación previa. Ya no se diga en el caso de que la cátedra desaparezca en la organización departamental o, simplemente, los profesores de asignatura, que dedican su tiempo a otras ocupaciones, vengán a ocupar el lugar de las antiguas cátedras. Hacerse profesor en la cátedra significa pues, originalmente, otra cosa que hacerse profesor en la tarea cotidiana de impartir efectivamente las clases. Quiere decir formarse bajo la dirección de un catedrático, que es un investigador que además enseña. Pero de cualquier manera que se interprete, en su sentido original o en el declinante, las universidades mexicanas han mantenido a su favor un apoyo institucional y sistemático: el ayudante de profesor.

La segunda opción se puede ilustrar igualmente con una frase muy repetida. Se suele decir: "el mejor investigador, puede ser un mal profesor". Un enunciado indiscutible en cuanto se mantiene su alcance expreso de mera posibilidad, pero por completo falaz cuando pierde ese carácter y se convierte además en premisa de recomendaciones didácticas generales. Las meras recomendaciones didácticas, por sí mismas pueden ser muy útiles en un cierto momento de la formación del docente —justo en la etapa de iniciación—, y dentro de ciertas condiciones. La primera de las cuales es que no han de ser enseñadas como una doctrina pedagógica, sino realmente como consejos para desarrollar habilidades frente al grupo, es decir, en el proceso mismo de la práctica. La segunda condición deriva de esta experiencia de la práctica, que hace patente el valor ancilar de las técnicas didácticas. Esta necesaria subordinación no se apoya solamente en los contenidos variables de cada disciplina particular, sino en la diversidad de los niveles de la enseñanza y aun en los recursos disponibles en un momento dado. El olvido de esta condición ancilar de las re-



comendaciones didácticas es lo que, en las universidades mexicanas, suele dar substancia a los cursos de preparación de profesores impartidos con independencia de la disciplina que éstos enseñan. Tales cursos, que a veces operan sobre el falso supuesto de que han de convertir al profesor universitario en un pedagogo, han venido a constituir el apoyo institucional a la segunda opción.

De la tercera opción, en cambio, es más difícil hablar en términos generales y, por ejemplo, señalar apoyos institucionales aceptados ordinariamente por las universidades mexicanas. Aunque se puede presentar también en una fórmula muy simple, la manera de ilustrarlo tiene que consistir en el señalamiento de casos particulares. La fórmula más simple podría ser la siguiente: "el mejor profesor es el investigador activo".

La relación de esta tercera opción con las dos anteriores, depende de la manera en que aquéllas puedan ser entendidas. Hemos dicho antes, que la formación en la cátedra no es otra cosa que la formación al lado de un investigador activo —mientras cátedra y catedrático conserven el sentido original que les dio la universidad moderna. Pero perdido ese significado, por las razones que se quiera, la primera opción viene a ser una especie de aplicación de los métodos lancasterianos en el nivel de la educación superior y, en consecuencia, representa la fórmula que contradice más abiertamente la tercera opción.

En cuanto a la segunda, que postula la necesidad del entrenamiento didáctico no es, en absoluto, incompatible con la idea que pone en primer término a la investigación. Solamente lo es si contradice las condiciones que arriba quedaron indi-

cadadas y se presenta como la materia principal en la preparación del docente –con indiferencia hacia el dominio y la actividad que éste pueda tener como investigador en su propio campo de enseñanza.

Es natural que la tercera opción haya encontrado, en las universidades mexicanas, una mayor dificultad para su puesta en práctica y que no sea posible hablar, en términos generales, de una sola forma de apoyo institucional y sistemático. Bien mirada, no deja duda alguna sobre la relación de base entre la actividad científica y la docencia –que es justo lo que ha impedido su puesta en práctica, en las instituciones que carecen de las condiciones mínimas para la investigación. Es, sin embargo, la que debe ser defendida, no solamente porque recoge los aspectos positivos de las dos primeras, sino porque es la única a partir de la cual, se puede intentar la renovación de las universidades mexicanas.

III

Antes hemos dicho, a propósito de la tercera opción, que no era posible indicar una forma generalizada de apoyo institucional en las universidades mexicanas. Se pueden señalar, en cambio, ejemplos de diversos intentos –no todos vigentes–, para hacer de esta vía una fuente de renovación y apoyo a la docencia. En el comienzo mismo de la fundación de la Universidad Nacional, en 1910, se planteó la creación de la Escuela de Altos Estudios, que reunía las funciones de la investigación en las ciencias y en las humanidades, al lado de la enseñanza de postgrado y de la preparación de los profesores. Los cambios de los años posteriores dividieron a la Escuela de Altos Estudios, y las funciones quedaron repartidas: los antiguos institutos recuperaron su autonomía y la preparación de los profesores quedó repartida entre la Facultad de Ciencias y la Facultad de Filosofía y Letras. De cualquier manera, para la universidad mexicana contemporánea, había nacido, dentro de la UNAM, la figura del profesor-investigador.

Los largos años de transformaciones en la organización de la enseñanza, en la consolidación de los institutos y en la creación de nuevos centros de investigación, no hicieron olvidar aquel ideal de la universidad moderna –justo el que la define como moderna, pero que constituye también su mayor desafío. La tensión permanente –que, por otra parte, nadie tendría interés en ocultar–, entre la investigación y la enseñanza, no es una peculiaridad de las instituciones mexicanas: está en el núcleo de la definición de la universidad moderna. Con independencia de la variedad de las formas de organización con que ha tratado de salir al paso, en situaciones críticas, de las corrientes sociales que presionan sus estructuras –y, por supuesto, también de los colores con que sus intentos son descritos por las ideologías.

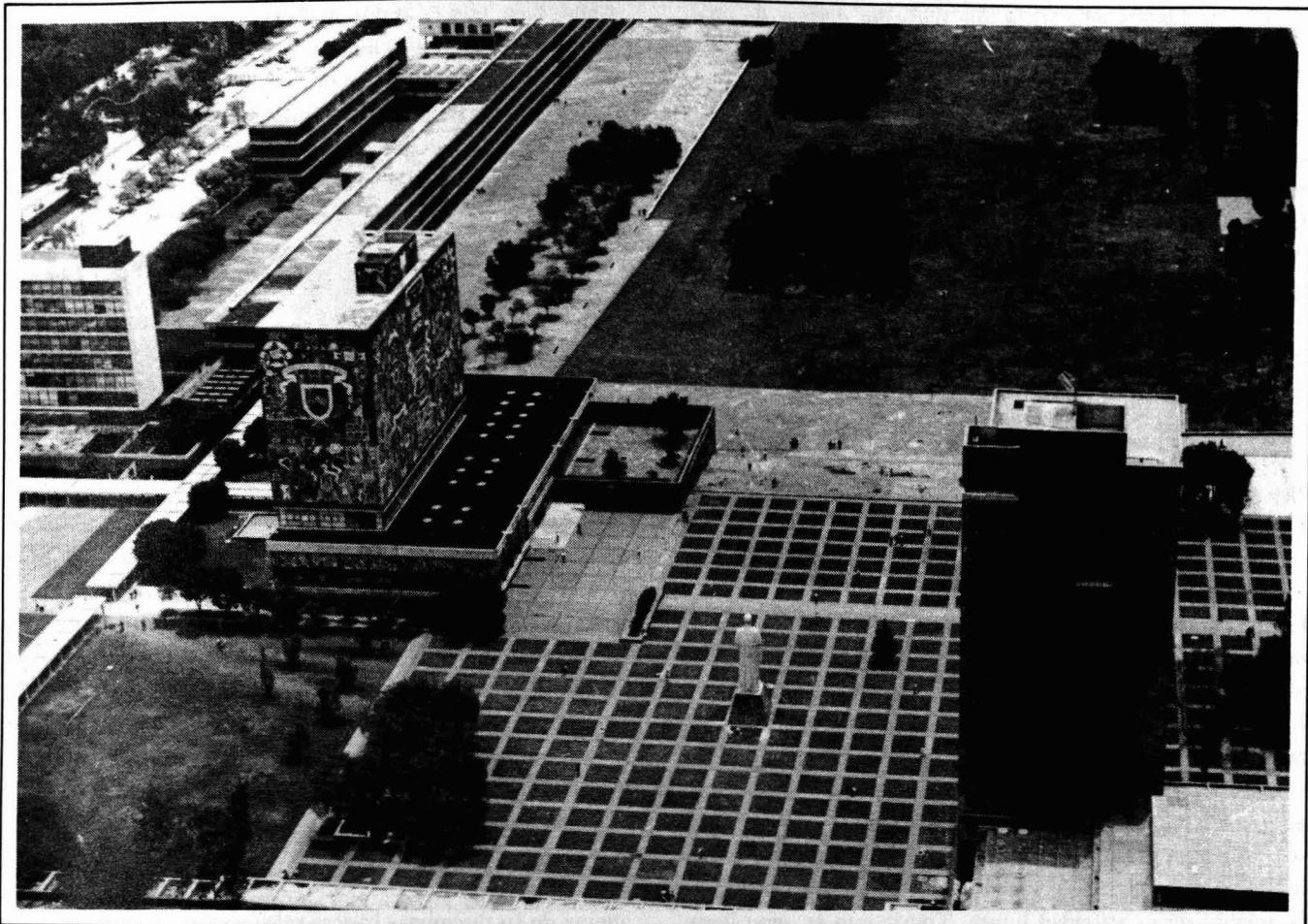
Sin hacer historia de los intentos mexicanos, es indispensable recordar otros ejemplos. El primero podría ser el postulado por el Estatuto General de la UNAM, que sigue tan cercanamente, en fechas y criterios, a la Ley Orgánica de 1945. El Estatuto dice que la labor docente corresponde a escuelas y facultades; pero declara también que los institutos son los encargados “principalmente” de la investigación: lo que debe

entenderse en el sentido de que ha de ser hecha igualmente por las facultades –pero de manera secundaria. Una interpretación que, por otra parte, se vio reforzada con las disposiciones sobre la integración de los dos consejos técnicos de la investigación y, sobre todo, con la creación –contemporánea a la Ley y al Estatuto–, del personal académico de carrera, adscrito a los institutos o a las facultades. Y, posteriormente, confirmada por el Estatuto del Personal Académico que señala con toda claridad la doble obligación de profesar cátedra y de realizar investigación, para todo el personal académico de carrera –con independencia de su adscripción.

Un ejemplo distinto, por su modelo de organización es el de la Universidad Autónoma Metropolitana, que desde su Ley Orgánica adoptó el sistema departamental. Siete años después, precisó en su Reglamento Orgánico la doble función de su personal académico: la de investigación en sus áreas y departamentos; la de docencia en los estudios dependientes de cada división. Era una de las primeras experiencias mexicanas para enseñar, de manera obligada y sistemática, en el nivel de la licenciatura, *a través de la investigación* –no, desde luego, la única. Porque las de mayor alcance, por su continuidad y magnitud –por ejemplo, la ya citada de la UNAM que se prolongó en las divisiones de estudios superiores de sus facultades–, estaban dirigidas fundamentalmente a la maestría y al doctorado. De la misma manera que lo ha estado siempre el Centro de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional. Y en estos casos, es decir, los destinados a la maestría y al doctorado, no se trata precisamente de formar a los estudiantes a través de la investigación para la práctica de las profesiones, sino de formarlos *para la investigación misma*.

Otro ensayo, coincidente en el tiempo con el fortalecimiento y desarrollo de los postgrados de la UNAM, fue el de El Colegio de México en su primera etapa –antes de establecer formalmente sus propias licenciaturas. En esos años, mediante un convenio con la UNAM, el Colegio llevó a cabo un programa de estudiantes no graduados, para formar investigadores en diversas áreas de las humanidades, además de sus programas de postgrado en las mismas áreas. En los años más recientes ha dividido su interés –siempre dentro de las humanidades y además de sus programas de postgrado– en una actividad doble, que aplica de manera deliberada, en el nivel de la licenciatura, la distinción insinuada más arriba: entre la formación de los jóvenes para la investigación o mediante ella, pero para el ejercicio profesional. Una distinción que implica, dentro del Colegio, no solamente la separación entre los grupos de estudiantes sino también la distinción en áreas de especialidad.

Solamente la UNAM ha llevado a cabo, en el nivel de la licenciatura y en programas separados, la formación de jóvenes para la investigación y, a un tiempo, la de los destinados al ejercicio profesional dentro de una misma área de la especialidad científica. Se trata de la licenciatura en Investigación Biomédica Básica, promovida a comienzos de la década de los años 70, por el Instituto de Investigaciones Biomédicas. Muchas circunstancias eran favorables pero, sobre todo, se tenía una idea precisa del tipo de científico que había que for-



mar, y el propósito muy claro de iniciar en la investigación, en edad temprana, a quienes tradicionalmente venían a desembocar en ella en edad más tardía, después de transitar un largo trecho por otras carreras profesionales como la medicina.

IV

No son todos los ejemplos de la experiencia mexicana, pero son suficientes para mostrar dos cosas, sobre las que todavía habrá que volver. La primera consiste en hacer patente que una fórmula demasiado simple no puede dar cuenta de la complejidad de una opción y de las dificultades de su puesta en práctica. La segunda, que aun teniendo en cuenta la variedad de sus aplicaciones, no parece que alguna de ellas pueda presentarse como libre del todo, de la tensión entre investigación y docencia.

Ahora conviene recordar las objeciones contra la tercera opción —que entre nosotros no suelen presentarse de manera explícita. Para colmar esta laguna y en bien de la brevedad, nos atenemos al resumen que escribieron Williams y Blackstone a propósito de este punto, en el volumen último de los diez publicados por la *Society for Research into Higher Education*: una respuesta de las universidades inglesas a la adversidad, en la cercanía del siglo XXI. Aunque tampoco será posible darle a ese resumen tratamiento detenido y sistemático, parece indispensable tener en cuenta sus distinciones —además de introducir una nueva: la que ya hemos presenta-

do antes entre formar *para* la investigación y formar *a través* de la investigación. Las dos distinciones de Williams y Blackstone son las siguientes: la más obvia, que separa los estudios para los no graduados —es decir, los de licenciatura—, de los estudios superiores, que nosotros llamamos también de postgrado. Y una segunda, que distingue la posible conexión esencial entre la investigación y la docencia, de una mera complementariedad entre ambas.

Formar a los jóvenes *para* investigar en una disciplina no puede consistir sino en enseñarlos a trabajar personalmente en ella. Esto quiere decir, enseñarlos en el ejercicio repetido de la práctica, mediante el único procedimiento posible que consiste a su vez en disponer las condiciones para que trabajen juntos quienes ya saben hacerlo y quienes quieren llegar a saberlo. Ahora bien, los lugares adecuados para esta tarea no son simplemente las aulas y los auditorios, sino los locales en que trabajan los investigadores: los talleres y los laboratorios, las bibliotecas y los seminarios de investigación; que se encuentran en los institutos, las divisiones de estudios superiores y los centros de investigación de las facultades.

Formar a los jóvenes *para* la investigación no puede hacerse de otra manera. La tarea tiene que estar a cargo de investigadores; y además, cumplirse en la cercanía de los institutos, departamentos o centros de investigación. En contra de estas tesis no puede alegarse, como objeción general, la ausencia o la relativa escasez, de pruebas empíricas —en primer lugar, porque las hay como estudios de casos—, pero sobre todo porque están respaldadas por la historia. Aparte, naturalmente,

de otros problemas educativos que pudieran derivar de una especialización temprana, en que aquí no podemos entrar.

Lo que se puede objetar, en todo caso, es el carácter esencial de la conexión entre investigación y docencia para la formación de los jóvenes destinados al ejercicio de las profesiones –no a la investigación. Justamente, la posición de Williams y Blackstone presiona sobre este punto, porque aquí vale su argumentación de la relativa escasez de estudios de casos –y no se puede alegar, en apoyo de aquella conexión, la tradición histórica. La cuestión, sin embargo, acepta más matices de los que ellos proponen en favor de una posición, que defienden sin demasiada convicción. Se trata de una versión mucho más débil que aquélla de la conexión esencial, que se conforma con aceptar el carácter complementario de la investigación y la docencia y que –no sin ironía– describen como el matrimonio por conveniencia de las dos actividades. Entre nosotros se trata de una tesis conocida, porque fue defendida con tanto vigor como elegancia por Ortega y Gasset, en la España de 1930, atenta en esos años a las reformas contemporáneas de la universidad alemana. Las tesis de los ingleses son mucho más simples y mezclan menos problemas educativos que la compleja argumentación de Ortega, que por eso mismo no puede ser tratada aquí.

Ahora es necesario hacer jugar nuevamente la distinción presentada antes: un futuro profesional, que no va a dedicarse a la investigación de la disciplina que estudia, tiene que tener una formación adecuada, impuesta, en gran medida, por la práctica de su actividad futura. Tomar esto en serio lleva a precisiones de dos tipos: la de mayor complicación tiene que ver con el monto de los conocimientos científicos, que se consideran indispensables en el ejercicio de cada profesión –y con la manera de aprenderlos. La segunda, se refiere a los niveles del estudio, es decir, a las diferencias entre la licenciatura y el postgrado.

A propósito de la primera cuestión, el punto a discutir estaría localizado justamente ante posibilidades de respuesta como éstas: aceptado que cualquier profesión de nivel universitario requiere –entre otras cosas, naturalmente– del dominio de una cierta porción de conocimientos científicos, es preciso saber si tales conocimientos pueden ser adquiridos por el educando mediante procesos que le permitan retener las grandes síntesis del pasado del conocimiento en una o en varias disciplinas. O, por el contrario, si esta transmisión ha de hacerse con un mínimo de conciencia crítica, como para que el futuro profesional –que no va a crear por su cuenta nuevos conocimientos– pueda, al menos, reconocer cuándo estos cambian, cómo puede esperar una nueva síntesis y, en todo caso, adoptar en su práctica profesional los nuevos conocimientos. Porque si lo que se quiere es esto último, no parece que pudiera lograrse por otra vía que no fuera el acercamiento a la experiencia misma de la marcha de la ciencia, es decir, a los diversos modos de hacer avanzar la investigación. Una experiencia que no puede consistir en el aprendizaje de grandes síntesis establecidas, sino en la adquisición de los conocimientos para el ejercicio profesional, mediante el único método didáctico que no permite configurar con ellos un cuadro estático, sino un esquema sometido a un constante proceso de cambio.

Ahora bien, esto es lo que se quiere decir al afirmar que en los niveles universitarios, un estudiante que se prepara para el ejercicio de una profesión ha de formarse a través o mediante la investigación. Pero es indispensable precisar que esta afirmación general tiene que ajustarse de acuerdo a las condiciones específicas de cada profesión; y de acuerdo, además, a las diferencias graduales en el avance de los estudios.

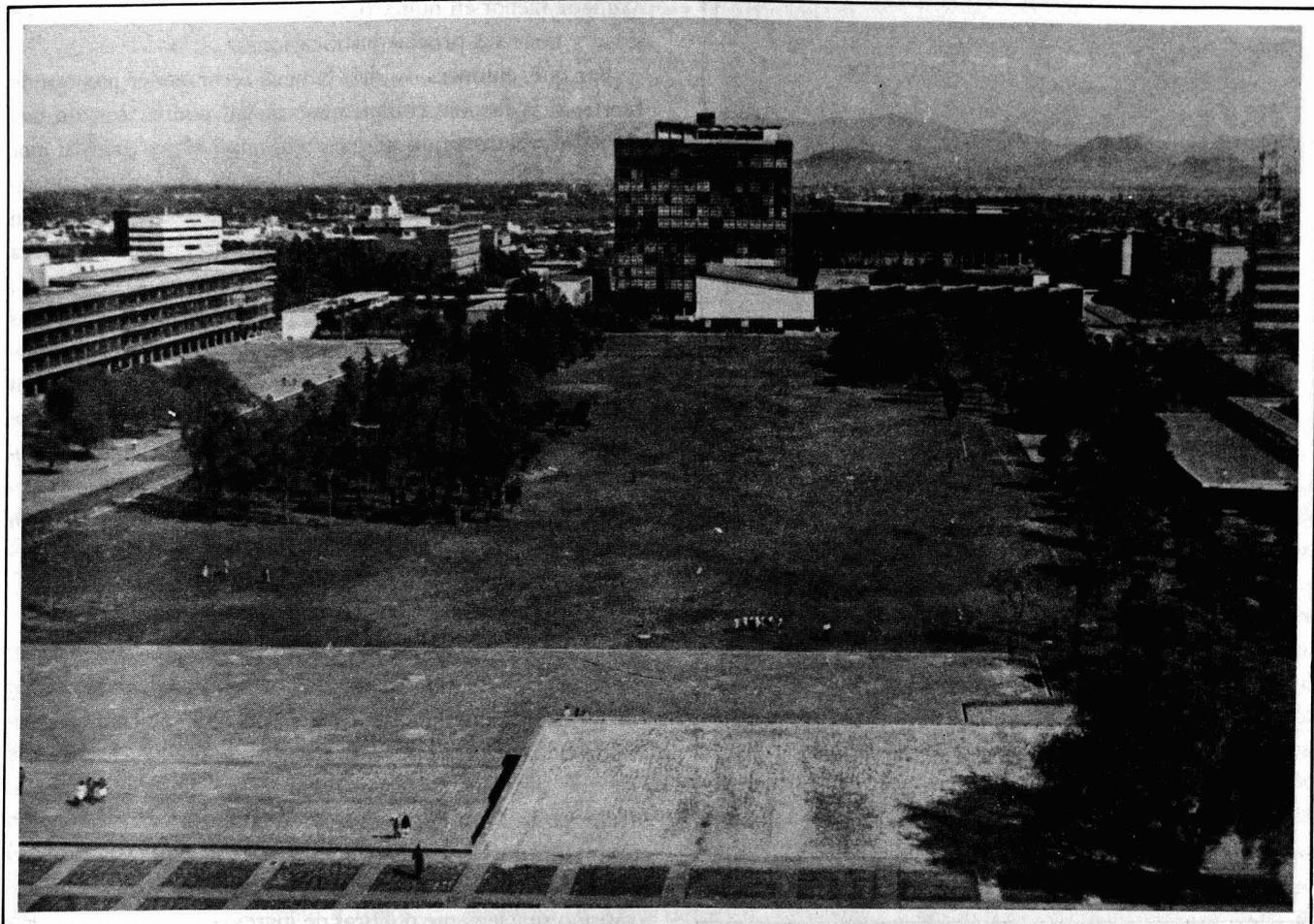
V

Por obvias que parezcan las condiciones anunciadas, es absolutamente indispensable tenerlas presentes antes de tocar los argumentos en contra de la versión fuerte de la tercera opción, que sostiene la conexión esencial de la investigación con la docencia. La afirmación general tiene que ser puesta en claro con las debidas calificaciones, para que la posible discusión posterior no se resienta de un punto de partida poco preciso.

Con toda probabilidad, un profesional –por ejemplo de la odontología, la ingeniería de minas o la arquitectura–, en su trabajo habitual se ve llevado a aplicar técnicas y rutinas que no se originaron en conocimientos científicos o en teorías aceptadas por una comunidad de investigadores; sino que provienen de principios de experiencia cuya eficacia ha sido probada por muchos años de tradición artesanal. Pero con seguridad aplica también técnicas de origen científico, además de una multitud de conocimientos integrados al cuerpo de alguna de las disciplinas básicas relacionadas con su actividad. Pues bien, esto se puede ampliar a todas las actividades profesionales, por supuesto con diferencias notables y diversa extensión en cada caso –sin excluir por principio, aunque en una situación extrema, a la enseñanza y a la investigación mismas. Lo que a su vez tiene que tener un reflejo en el curriculum de los estudios: en todas las especialidades profesionales habrá una carga –distinta en cada caso–, de conocimientos básicos y auxiliares, además de la enseñanza de técnicas y del desarrollo de habilidades para el dominio de la práctica profesional.

La forma diversa en que cada curriculum del nivel profesional da entrada a tales requerimientos, ilustra la necesaria diversidad –en extensión y en profundidad–, con que puede ser aplicable la tesis de la conexión entre la investigación y la docencia. Porque nadie pretendería una aplicación indiscriminada: familiarizar al estudiante no graduado con determinadas prácticas profesionales es una tarea que no puede estar a cargo de quien entrega su tiempo a la investigación en alguna de las disciplinas básicas; corresponde más bien al profesor de asignatura, que cumple diariamente un ejercicio profesional efectivo. Y esto vale lo mismo para cualquiera de los semestres o años lectivos de una carrera determinada y aun para cursos de especialización, siempre que se trate de preparación profesional –sin excluir siquiera los estudios de especialización o de actualización para graduados.

Lo que sucede es que, a medida que se avanza en los estudios profesionales, las asignaturas destinadas al desarrollo de las habilidades para la práctica, como las introductorias de las materias básicas, ceden su lugar en la composición del curri-



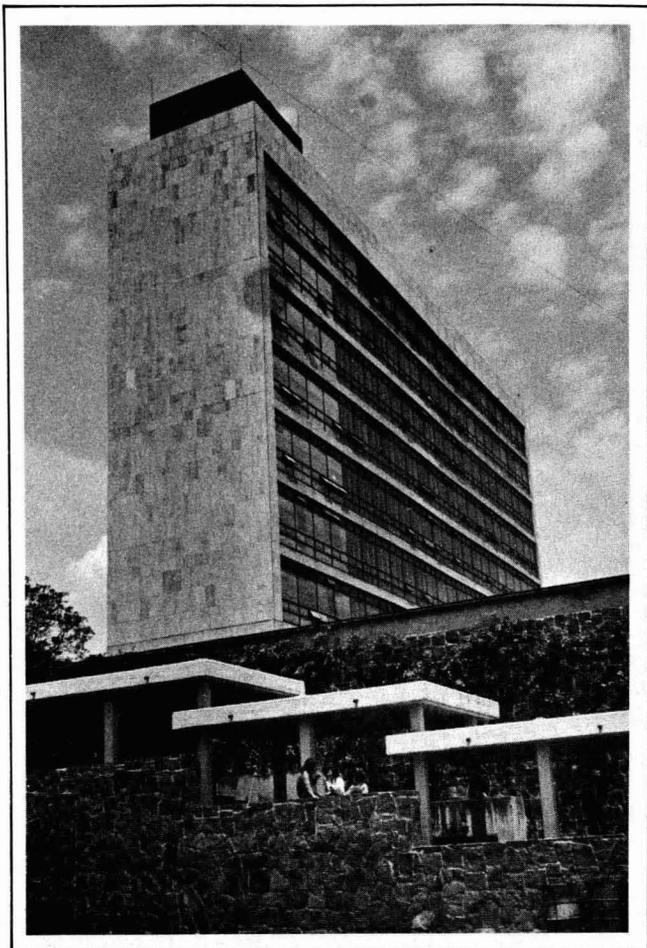
culum a estudios de mayor profundidad en estas últimas. Esto quiere decir, que se hacen más presentes las exigencias científicas en la enseñanza profesional, de tal manera que, aunque se trate de una cuestión de grado, los futuros profesionales tienen que acercarse, en las disciplinas básicas, a la experiencia de la investigación. El salto cualitativo se da en los estudios superiores, que ya no son mera especialización profesional sino que conducen a grados académicos —maestría y doctorado. En estos niveles se da el paso de la enseñanza mediante la investigación, para el ejercicio profesional, a la enseñanza para la investigación misma, que invariablemente ha de estar a cargo de investigadores activos.

Con estas calificaciones, la tercera opción puede ser reformulada y parece defendible aun en su versión más fuerte. La conexión entre la investigación y la buena docencia es fundamental, cuando se trata de la formación de investigadores —lo mismo si ésta se inicia en la licenciatura, que si se lleva a cabo en el postgrado. Pero además, aquella conexión es fundamental en la enseñanza de las profesiones —en la licenciatura como en la especialización—, cuando no se trata de preparar para la ciencia sino de formar mediante ella a los jóvenes, en las disciplinas básicas. Dicho de otra manera, cuando no se trata del mero adiestramiento y del desarrollo de habilidades para la práctica profesional. En consecuencia, solamente sobre la base de estas consideraciones se puede plantear correctamente el problema de la formación de los profesores.

Presentadas de tal manera, las objeciones contra estas tesis muestran su debilidad y se revelan como meras dificultades

de política académica, cuando no como problemas de personalidad individual. Decir, por ejemplo, que los investigadores en su enseñanza, suelen añadir información innecesaria y que esto es causa de insatisfacción entre los estudiantes, es no percibir el papel que puede jugar la información especializada, cuando se trata de transmitir la experiencia de la investigación —o, simplemente, señalar una falla de la casualidad. Argumentar, por otra parte, que dentro de una misma institución, la distribución de los presupuestos para el gasto en investigación y en enseñanza es causa permanente de conflictos; o que los laboratorios para la enseñanza y las bibliotecas de textos básicos, tienen requerimientos diferentes a los laboratorios y bibliotecas de investigación especializada, es cuando más la constatación de un hecho que puede dar lugar a dificultades, cuya solución es una parte de la tarea normal de los administradores académicos. Pero levantar esa constatación al nivel de una premisa para argumentar en favor de la separación de la investigación y la docencia, no es solamente hacer una generalización apresurada y trivial sino sacar la discusión del contexto que interesa.

Igualmente, puede tenerse como un asunto de política académica la solución de las dificultades que pueden surgir a propósito de la evaluación del trabajo de los investigadores en cuanto tales, y de su trabajo como docentes; como de las que pueden surgir a propósito de la tarea de los docentes que no son investigadores y que se encargan de las asignaturas de adiestramiento profesional. Pero el mero señalamiento de las diferencias es una justificación para definir criterios, e inclu-



so para proponer medidas de equivalencia cuando resulten necesarias, de manera que puedan ser aceptadas por la comunidad académica. Pero no para declarar que, por el hecho de que estos criterios deban ser diferentes, y de que unos ofrecen mayor dificultad que otros, ha de separarse la docencia de la investigación. Lo mismo habría que decir, finalmente, de otras diferencias, no por sutiles menos objetivas: las que tienen que ver con la índole de las disciplinas, y aun las que derivan del desarrollo de un investigador y de su edad —que suelen además entrecruzarse cuando se mide la curva de su productividad.

VI

El repaso de las objeciones en contra de la tesis de la conexión esencial entre investigación y docencia, ha querido solamente mostrar que la búsqueda de un camino para dar a todas ellas una respuesta correcta, no significa el abandono de esa opción para conformarse con la fórmula más débil de la complementariedad, que presenta la coexistencia de las dos actividades como un mero matrimonio de conveniencia, para decirlo con las palabras de Williams y Blackstone.

Por el contrario, quiere decir que la opción tiene que aceptarse con las consecuencias de la sana colaboración, pero también con todas las que derivan de la tensión y de la competencia entre dos actividades con requerimientos diferentes. Además, comunidad científica no coincide con comunidad académica, ni puede ser solamente una parte de ella

—aunque menor en número, se extiende más allá de la universidad y tiene sus propias justificaciones.

¿Por qué, entonces, valdría la pena recomendar una opción fuerte, si la flexible complementariedad podría, con un menor esfuerzo, disminuir muchas tensiones? Mejor todavía: ¿por qué incluso la complementariedad, si una universidad sin investigación haría desaparecer por completo esas tensiones? En beneficio de la brevedad, esta última pregunta es la única a propósito de la cual habrá que decir algo como conclusión. No precisamente una respuesta, porque en cierto modo, las dos cuestiones han sido respondidas antes, cuando se ha querido justificar que la mejor enseñanza en los niveles tratados es la que se hace mediante la investigación —a menos que se hable de la dirigida a formar investigadores en sentido propio. Lo que ahora se quiere añadir es tan sólo una consideración general sobre la ventaja de recurrir a la investigación en su conexión con la docencia, como el procedimiento normal para la formación de los profesores de las universidades mexicanas.

Insistir en que debiera tratarse de una estrategia normal, tiene el doble sentido de no abundar en razones a propósito de las instituciones que se han señalado como ejemplos mexicanos de la tercera opción y, a la vez, de precisar la urgencia de que todas las demás se hagan cargo de su importancia, frente a las otras opciones que hasta ahora han recibido un apoyo institucional más generalizado. Pero además, tiene el sentido de señalar que no se proponen reformas legislativas sino simplemente políticas de ingreso y promoción del personal académico, atentas a su formación previa y a su perseverancia en la investigación. Es un camino lento —de sustitución por reemplazo—, pero a la larga el único seguro para acrecentar la calidad de la educación superior. El único también para resistir lo que en educación debiera llamarse la ley de los rendimientos decrecientes. Por eso importa como vía normal y no como estrategia de excepción para reformas ocasionales o para la fundación de instituciones nuevas.

Una política consecuente para el personal académico tal como se presenta, va más allá de la tesis de la complementariedad, por modestas que pudieran parecer sus pretensiones. Porque no trata solamente de establecer, en cada institución, las condiciones mínimas para que algunos individuos o algunos grupos se puedan desarrollar como investigadores activos con el fin de, por ejemplo: mejorar el clima intelectual interno de la institución; ampliar sus contactos con otras organizaciones nacionales y extranjeras; enriquecer sus relaciones con la industria y la sociedad nacionales; aumentar las oportunidades para que algunos de sus estudiantes se puedan iniciar en la investigación; o, simplemente, rodearse de un halo de prestigio. El propósito fundamental es otro —aunque los anteriores no estorben. Se trata tan sólo de mejorar la preparación de sus graduados en el nivel profesional y de formar, a un grupo más reducido, para la investigación y la buena docencia —en las disciplinas básicas que en cada caso correspondan. Pero sobre todo, se trata de hacerlo así como respuesta a una convicción fundada en la tesis de que existe una conexión esencial entre la investigación científica y la tarea docente. ◇

Los últimos 50 años en la UNAM

La lectura de los cuatro ensayos anteriores no sólo confirmó mi idea de que a partir de 1929, la UNAM ha formado parte de la esencia profunda de México y ha contribuido de mil maneras diferentes a la construcción de nuestra sociedad, sino que también me hizo ver las enormes diferencias *cualitativas* que la UNAM tiene con todas las otras instituciones de educación superior del país. La UNAM ha sido y es grande, múltiple y generosa, como la patria misma; su inmensa riqueza cultural contiene y cultiva amorosamente a todos los valores autóctonos pero los rebasa, proyectándose magnífica en el ancho campo de la cultura universal. Pero la UNAM también ha sido y es contradictoria, absurda y trágica, como la vida misma; los conflictos, las tensiones internas, la demagogia fácil de unos cuantos frente a la siempre tímida y pasiva mayoría, la fresca ingenuidad de los estudiantes frente a la cansada sabiduría de los maestros. Por encima de todo, la terrible vulnerabilidad de la exquisitamente compleja estructura de la UNAM ante los embates de delincuentes, locos, partidos políticos, sindicatos, movimientos "populares", funcionarios (oficiales o privados) y otros agentes externos más, y ante las agresiones de sus propios estudiantes, profesores, investigadores, personal administrativo y autoridades. Esta visión, un poco mesiánica y otro poco apocalíptica, de la UNAM, en realidad no fue consecuencia *sólo* de la lectura de los cuatro ensayos mencionados, sino más bien de la suma de su impacto a mi ya larga vida universitaria. Quizá el lector ya ha revisado las doctas e interesantes ponencias de mis ilustres colegas sobre el papel de la UNAM en

la política, la cultura, la economía, la ciencia y la educación superior en nuestro país; en lo que sigue le ofrezco el testimonio de un universitario que empezó a serlo hace poco más de 50 años y que todavía se mantiene activo dentro de la UNAM.

Yo ingresé a la UNAM en el año de 1940. Tenía entonces 15 años de edad y había terminado sin tropiezos el segundo año de la secundaria en el Centro Escolar "Revolución", que entonces ocupaba el edificio más importante y moderno en Arcos de Belén. Recuerdo que como estudiante del primer año de la secundaria (en 1938), antes de entrar a clases nos formaban en el patio y todos, alumnos, profesores y empleados, entonábamos la primera estrofa del Himno Nacional y *toda* la III Internacional. Yo no la conocía pero me la aprendí muy pronto; me gustaban sus melismas épicos y sus palabras de fraternidad, de modo que yo cantaba con más entusiasmo que entonación. Era la época de oro de la educación socialista en México, era el año de la expropiación petrolera. Mi familia era muy pobre pero mis padres estaban aferrados a la idea de que sus cuatro hijos alcanzaran una vida mejor a través de una educación profesional. Cuando el Presidente Cárdenas llamó al pueblo de México a ayudarlo con lo que cada quien pudiera para pagar las indemnizaciones a las compañías petroleras expropiadas, mis padres (junto con otras muchas parejas) fueron al Zócalo y entregaron sus anillos de bodas: era todo el oro que tenían.

Pero a fines de 1941 mi madre pensó que el ingreso de su segundo hijo a una carrera universitaria se facilitaría de al-

guna manera si al solicitar su inscripción en la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM el candidato (o sea yo) lo hacía ya como miembro de la propia institución, en vez de venir de otras escuelas ajenas a la UNAM. Esa fue la razón por la que abandoné el Centro Escolar "Revolución" al terminar el segundo año de mi educación secundaria y me inscribí en el tercer año de la Extensión Universitaria. Recuerdo que este fue un gran cambio en mi vida, uno de los mayores que he experimentado; para empezar, la escuela ya no estaba cerca de mi casa (ya no se podía ir caminando a ella, o corriendo) sino que había que tomar un camión o un tranvía, que se tardaban entre 15 y 20 minutos en llegar desde la colonia Roma hasta el Centro Histórico de la Ciudad de México, que todavía no se llamaba así, y caminar unas tres cuadras hasta la calle de Lic. Verdad, en donde estaba la Extensión Universitaria. En ese mi primer año universitario tuve espléndidos maestros, como Ramírez Cabañas en historia y Cordero Amador en literatura, pero yo no lo supe sino hasta varios años después, cuando me fui enterando de quiénes eran esos caballeros en la vida cultural del país. Con su voz cansada y casi impercetible, su aspecto aindiado y sus corbatas impecables, Ramírez Cabañas nos decía cosas sobre la Guerra de Independencia de 1810 y sobre el Imperio de Maximiliano y Carlota, muy distintas de las que yo había aprendido en años anteriores en los libros de texto "oficiales". En las clases de Cordero Amador oí por primera vez los nombres de José Eustasio Rivera y de Ciro Alegría, y a continuación no sólo me devoró la vorágine sino también

aprendí que el mundo es ancho y ajeno.

Un año se pasa muy pronto. En 1941 ingresé a la Escuela Nacional Preparatoria (entonces sólo había una) en el hermosísimo edificio de San Ildefonso. Mi trasplante de una dependencia de la UNAM a otra fue realmente "automático" y se realizó en forma indolora y eficiente gracias a la Srita. Pimentel, un personaje legendario y angelical (que espero Dios tenga en su Gloria) que atendía una ventanilla en el edificio de Justo Sierra, encargada de absolutamente *todas* los asuntos escolares de la UNAM. La recuerdo inclinada sobre su escritorio, una viejecita de pelo cano peinado en un chongo y cubierta con un chal de lana también gris, que funcionaba mejor que cualquier computadora moderna. Auxiliada por un pequeño ejército de apetecibles jovencitas, escuchaba las distintas solicitudes de cada uno de los estudiantes que llegábamos por turno riguroso hasta su ventanilla, y su reacción casi siempre era: "Ah, sí, ya te conozco... Tengo tus papeles... A ver, Georgina, pásame esa caja que está ahí -le decía a una de sus ayudantes, señalando una caja de zapatos en un estante donde había un centenar de cajas similares, todas ellas rebosando documentos. A ver...mmm...mmm... aquí estás. No, no puedes ingresar a la Facultad de Derecho porque todavía no has aprobado Literatura II en la Preparatoria... Bueno, si me traes la boleta te inscribo. El siguiente..." Las colas para ver a la Srita. Pimentel eran de muchas horas, y a principios de año podían ser de más de un día; yo recuerdo haber llegado a hacer cola a las 11:00 de la noche del día anterior a mi entrevista, equipado de cobijas, lecturas, bocadillos y otros enseres necesarios para hacer la espera menos incómoda, y haber pasado una de las noches más deliciosas e inolvidables de toda mi vida, gracias a la espontaneidad, la camaradería y el espíritu jovial de los otros chavos y no pocos padres de familia que pernoctaron conmigo. El alba en cualquier día del mes de enero puede ser muy fría, pero en un patio de la antigua Rectoría de la UNAM en la calle de Justo Sierra es verdaderamente gélida; la única condición para sobrevivirla es tener 17 años de edad. Como yo la cumplía, ingresé

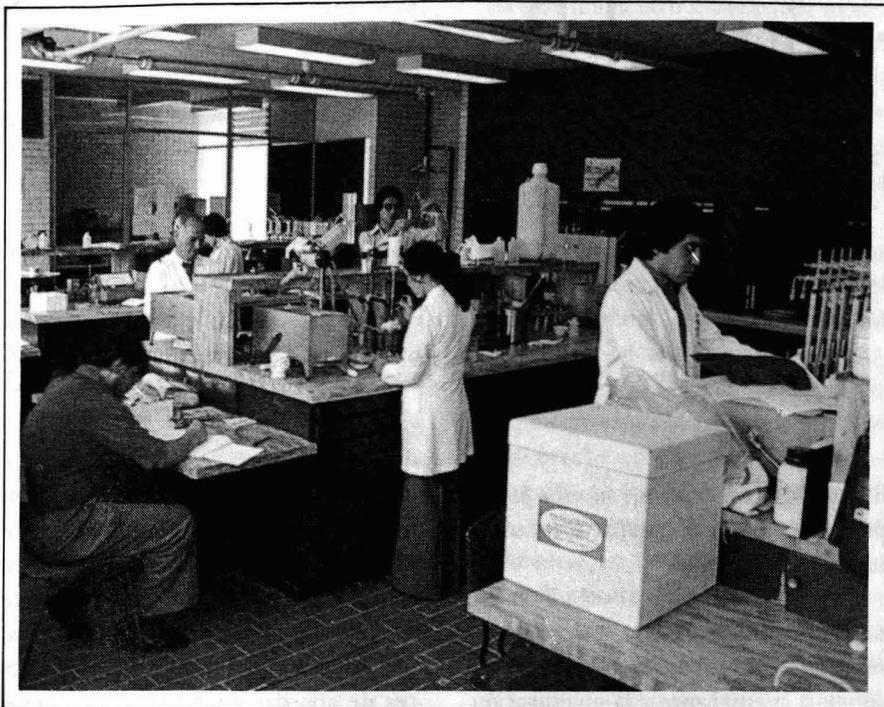
a la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM.

Los dos años de la Prepa fueron extraordinarios. Tuve maestros como Castellanos Quinto en Literatura (realmente, en los tres primeros capítulos del Quijote, porque nunca pasó de ahí), Madame Turrent en Francés, Murillo en Química, Peralta en Física, Larroyo en Ética, Terán en Civismo, y muchos otros más de nombres igualmente ilustres y autores de libros famosos. En ese tiempo ocupaban la cátedra preparatoria los talentos académicos más preclaros de México; era una distinción y un orgullo ser profesor de la Prepa. Una de las características de la juventud es desaprovechar con verdadera magnanimidad las mejores oportunidades, que además ya no se repiten, en aras de otros intereses que en el momento parecen de importancia suprema, pero que con el tiempo revelan su trivialidad. Yo era muy deportista y en la Prepa formé parte del equipo de basket ball, que capitaneaba mi hermano mayor; los entrenamientos eran prolongados y el tiempo se lo robábamos (con permiso de las autoridades) a las clases. ¡Cuántas horas de Castellanos Quinto, de Licea, de García Baca, y de tantos otros grandes profesores, me perdí por brincar y correr detrás de una pelota! Sin embargo, como en el primer año aprobé todas mis materias y además ganamos el campeonato universitario de basket, me sentí feliz en la Prepa. Pero en el año siguiente mi hermano mayor pasó a la Escuela de Medicina, y entonces yo me cambié al equipo de natación, lo que me dio más tiempo para asistir a clases.

Hace un par de meses tuve oportunidad de visitar otra vez el edificio de mi antigua Prepa, en San Ildefonso. Lo recorrí con admiración, pero sin un recuerdo vigente de sus patios, escaleras y arcos. El encuentro repentino con Cortés y la Malinche desnudos, en el mural de Orozco, me hizo preguntarme ¿cuántas veces subí corriendo por esta escalera sin siquiera voltear a ver a mis ancestros? En otra escalera un franciscano abraza y besa el cadáver emaciado de un indígena, en una de las imágenes más dolorosas y significativas de la pintura mural mexicana del siglo XX; ¿cuántas veces pasé por ahí sin registrar

su profundo mensaje social y su contenido estético? Mis preguntas sólo son posibles porque en esos tiempos, en la Prepa de la UNAM, un joven estaba expuesto a la arquitectura más excelsa del siglo XVIII y a la pintura más avanzada del siglo XX, no sólo de México sino de todo el mundo occidental. El antiguo Seminario de Altos Estudios, que alguna vez dirigió Clavijero, en donde se encuentra El Generalito, un salón amueblado con la sillería tallada más hermosa de este lado del océano (yo tomé clases ahí), uno de los edificios más hermosos de la colonia, decorado por José Clemente Orozco, uno de los más grandes pintores del siglo XX, en donde daban clases los talentos más distinguidos y profundos de su tiempo en México, era la sede de la Prepa de la UNAM. Esto no puede decirse de ninguna otra de todas las instituciones de educación superior del país, ni de esa época ni de la actual.

Terminada la Prepa, seguí los pasos de mi hermano mayor y me inscribí en la Escuela de Medicina de la UNAM. Esta decisión no fue fácil, en primer lugar porque mi familia era muy pobre (la inscripción en la UNAM costaba \$ 150.00 anuales, lo que era mucho dinero y desde luego no podíamos pagarlo) y en segundo lugar porque estaba abierta la posibilidad de ingresar a la Escuela Médico Militar, que no sólo no costaba nada sino que desde el primer año ofrecía un sueldo al alumno aceptado. La tradicional postura antimilitarista de mis padres, junto con la posibilidad de obtener "diferencia de pagos" en la UNAM, decidió el asunto. Entre 1943 y 1949 estudié la carrera de medicina en la UNAM; mis estudios clínicos los realicé en el Hospital Juárez y en el Hospital General de la SSA. Como en la Prepa, en la Escuela de Medicina estuve expuesto a la influencia de los mejores y más selectos profesores de su tiempo, como Quiroz y Bandera en Anatomía Descriptiva (fui alumno del primero pero asistí a las clases del segundo), Perrín en Histología, Del Pozo en Fisiología, Guerra en Farmacología, Salazar Mallén en Patología General, Negrete Herrera en Propedéutica Quirúrgica, Campos en Anatomía Quirúrgica, Costero en Anatomía Patológica, Ortega



Cardona en Propedéutica Médica, Soberón en Parasitología, Cabrera en Cardiología, Fournier en Gastroenterología, Celis en Neumología, Alfaro en Obstetricia, Álvarez Bravo en Patología Quirúrgica, Tello y Robles en Neurología, Salazar Viniegra en Psiquiatría, etc.

La lista anterior contiene los nombres de muchas de las mayores luminarias médicas de México en la década de los 40-50. Casi todos ellos eran profesores de la Escuela de Medicina de la UNAM en el turno matutino, en su carácter de médicos asistenciales, pero en el turno vespertino ejercían su profesión en forma privada. Sus estudiantes aprendían lo último de las distintas especialidades en el hospital, guiados por los mejores especialistas del país. Yo fui alumno de Enrique Cabrera en Cardiología, de Cosío Villegas y Celis en Neumología, de Latapí en Dermatología, de Pesqueira en Urología, de Salazar Mallén en Inmunología. Ninguna otra Escuela de Medicina de esos tiempos podía presumir de tal profesorado.

Yo terminé de estudiar la carrera universitaria de médico cirujano en 1949. Tal fecha significó muy poco para mí, por tres razones: 1) desde hacía cuatro años, yo ya trabajaba en el laboratorio de mi maestro, el Dr. Isaac Costero, aprendiendo lo que sería mi especialidad médica; 2) desde un año antes, yo ya era profesor en mi propia Escuela; 3)

también un año antes, había dejado la casa de mis padres y me había establecido en forma independiente. La UNAM tenía entonces la flexibilidad necesaria no sólo para permitir, sino hasta para patrocinar, un desarrollo tan atípico de uno de sus estudiantes. En 1946, al mismo tiempo que me inscribí en el 4º año de la carrera de medicina, ingresé como estudiante en el laboratorio de Anatomía Patológica del Instituto Nacional de Cardiología. No era becario, no había programa de estudios ni reconocimiento académico, no tenía horario fijo ni tareas definidas, pero en los cuatro años que estuve ahí disfruté de una de las mayores virtudes que posee la UNAM: el libre contacto cotidiano con un gran maestro. Además, también me inicié como profesor, siguiendo la muestra que mi maestro me ponía en sus propias clases, al principio (que sólo duró un par de meses) como ayudante, y muy pronto como encargado de la cátedra, debido al repentino y lamentable fallecimiento del titular. En 1950 obtuve una beca para continuar mis estudios en el extranjero, pero al regresar a México en 1952 me reincorporé a la UNAM como profesor y desde entonces no he dejado de serlo.

A lo largo de mi carrera universitaria he sido profesor de la UNAM durante 15 años en el Hospital General de la SSA, investigador de tiempo completo

durante 8 años en el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM en la Ciudad Universitaria, otra vez profesor durante 10 años en el Instituto Nacional de la Nutrición Dr. Salvador Zuvirán, y una vez más profesor de tiempo completo en la Facultad de Medicina en CU en los últimos 8 años. Esta movilidad sólo ha sido posible gracias a la actitud abierta y generosa de la UNAM, que siempre ha tenido reglas flexibles y humanas para sus miembros. Cuando me enfrenté al primer cambio, del Hospital General de la SSA al Instituto de Investigaciones Biomédicas (que entonces todavía no se llamaba así, sino de Estudios Médicos y Biológicos), tuve que acudir a la oficina del Coordinador de Ciencias de la UNAM para obtener permiso para transportar equipo de investigación (un microscopio electrónico) de una dependencia universitaria a otra. La gestión fue sencillísima, gracias a que el titular era Emilio Rosenbluth, otro gran universitario.

De vuelta en CU, al cabo de más de 50 años de ser universitario, debo decir que lo disfruto mucho. El contacto intelectual con los jóvenes sigue siendo supremamente estimulante; tengo a fácil alcance la consulta con los mejores y más distinguidos intelectos del país en todas las áreas del conocimiento y de las artes. En mi propio campus están la Biblioteca Nacional, ese tesoro humanista casi infinito de nuestra nacionalidad, el Jardín Botánico, con sus centenares de especies vegetales mexicanas conservadas para nuestra información y deleite, y próximamente el Museo de Ciencias, que será una de las aperturas más democrática y más divertida de la UNAM para la sociedad que la patrocina. El Centro Cultural Universitario es una fuente continua de actividades artísticas del más alto nivel, entre las que destacan las temporadas de conciertos de la OFUNAM y de la Orquesta Sinfónica del Palacio de Minería.

En sus últimos 50 años, la UNAM ha sido madre generosa de la sociedad mexicana. Como documento probatorio de tal aserto, he relatado algunos aspectos del impacto de la UNAM en la vida de uno de sus miembros. La historia ha sido de un gran éxito. Esperamos que lo siga siendo. ◇

Entrevista al Rector

Doctor José Sarukhán

¿Cuál es, en su opinión, la función que cumplen las instituciones de educación superior en las sociedades?

Las instituciones de educación superior, especialmente las universidades, han sido creadas por las sociedades para generar, transmitir y preservar el conocimiento. Son dinámicas y cambiantes, y están dedicadas a la búsqueda del conocimiento de vanguardia y de la verdad universal. A la vez, son también depositarias y guardianas de las mejores tradiciones de los pueblos. Son las instituciones diseñadas para invertir en el máspreciado recurso: el ser humano.

Las universidades tienen como función preparar individuos de mente libre y universal; individuos capaces de pensar, decidir y actuar por sí mismos, capaces de ser críticos y autocríticos, con autodominio y liderazgo; poseedores de una libertad interna que se refleje en sus convicciones políticas y sociales.

El paso de los jóvenes por la Universidad busca formar *individuos* educados, entendiendo por ello a aquellos hombres y mujeres cuyas capacidades intelectuales se han desarrollado en armonía; personas sensibles a los asuntos concernientes al arte y a la naturaleza, capaces de apreciar la trascendencia del pensamiento filosófico y científico y de la fuerza del lenguaje matemático, con la facultad de ver el mundo en sus dimensiones histórica y geográfica, poseedores del conocimiento integrado, bien informados y que aprecian la importancia de la verdad, la justicia y la razón.

Desde su origen, las universidades han sido concebidas como centros promotores de la cultura; tienen la noble tarea de educar dentro del marco de la

libertad de pensamiento; su esencia es, pues, el pensar y el enseñar a pensar y hacer, en la libertad.

En la Universidad se enseña lo ya establecido y demostrado, así como lo nuevo, lo de vanguardia. Para ello, se combina la enseñanza y la investigación y se difunde el conocimiento. La investigación que se realiza en el seno de las universidades tiene el propósito principal de formar a las nuevas generaciones de profesionistas dotándolos de las herramientas necesarias que les permitan —tanto en la medicina, como en la ingeniería, las matemáticas, la física, la administración o el arte—, realizar un trabajo creativo, de calidad, y competitivo internacionalmente. Las universidades son el semillero de las nuevas generaciones de profesionistas e investigadores. De su preparación y lucidez depende, nada menos, que el futuro de las naciones.

La universidad ha jugado un papel central como depositaria y generadora del pensamiento filosófico y científico. Es en esta institución en donde se desarrolla óptimamente el principal motor de los procesos culturales, tecnológicos y económicos de una sociedad: la creatividad humana.

En los umbrales del siglo XXI, ¿cuál es, a su juicio, la tarea más urgente que tiene que encarar la educación en México?

Frente al año dos mil, es claro que la educación se enfrenta a nuevos retos impuestos por el ambiente de competencia mundial. Esta situación no es privativa de nuestro país y ha provocado un proceso de revisión de la enseñanza en prácticamente todo el orbe.

En México, a la par que se introducen nuevos esquemas de producción y de administración, se hace evidente e imperativa la necesidad de formar gente bien preparada: científicos, técnicos, profesionistas y cuadros directivos capaces de abordar estos nuevos esquemas y de trabajar competentemente en medios internacionales.

Una de las grandes urgencias está, entonces, en la capacidad y calidad de nuestra educación. Ampliar, diversificar y hacer más competente nuestro sistema educativo garantiza al país la planta académica y profesional necesaria para los retos planteados. Con este fin, se requiere que la enseñanza habilite al estudiante para enfrentarse al nuevo orden internacional, mismo que exigirá mucha más flexibilidad, adaptabilidad, creatividad y espíritu de innovación. De no hacerlo así, nuestros jóvenes verán limitada su capacidad para ejercer la libertad de acción que les ofrece este nuevo panorama.

El sistema educativo mexicano se enfrenta a una doble tarea: tendrá que adecuar sus programas y procedimientos y fortalecer su aparato científico y tecnológico para satisfacer los ya mencionados requerimientos de capacidad, calidad y competitividad de los mercados mundiales y, además, tendrá que redoblar esfuerzos para preservar y fortalecer nuestra cultura, valores, tradiciones e identidad nacional.

En cuanto a la educación superior, resulta absurdo pensar en un país libre, moderno, competitivo, del siglo XXI, que no considere el papel eminentemente estratégico que desempeña este nivel educativo. La inversión que la Nación hace al preparar sólidamente a los

hombres y mujeres que la conducirán, le reditúa directamente al país. No es casual que las naciones más avanzadas hayan visto en tal inversión la vía para su progreso y el medio para ofrecer una mejor calidad de vida a su población.

En los últimos años se ha llevado a cabo un importante debate sobre la educación superior. En este marco, ¿cuál sería el principal factor limitante para su desarrollo en el país?

Considero que la carencia más preocupante y más difícil de cubrir de la educación superior del país reside en el recurso humano. Contar con una planta académica integrada por profesores e investigadores que posean una vocación clara, expresada en la sólida formación académica, la entrega y la dedicación, es un bien invaluable para cualquier universidad y factor decisivo para el desarrollo de la educación superior y del país.

Desafortunadamente es un hecho que para los jóvenes la vida académica ha dejado de ser atractiva por diversas razones, entre ellas: los bajos salarios, el escaso reconocimiento social y la falta de estímulos. Este panorama ha provocado que la planta académica de las universidades esté envejeciendo y que las posibilidades de renovarla se vean cada vez más difíciles.

Desde luego existen también las carencias de tipo material y físico, así como aquellas que pertenecen al plano financiero y de planeación; unas son más graves que otras, pero es claro que en conjunto contribuyen a frenar el desarrollo de este nivel educativo.

En el ámbito de la educación superior de México, ¿cuál es el papel que juegan las universidades públicas y las privadas?

Recientemente se ha especulado mucho alrededor de si las universidades públicas son mejores o peores que las privadas, que si todas deberían ser privadas o todas públicas, que si la empresa no contrata egresados de las universidades públicas porque no salen bien preparados, que si el modelo público está agotado, en fin, que si nuestro país debe

adoptar uno u otro modelo para modernizar su sistema de educación superior. En países como Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Japón, la discusión no existe como tal; sólo se da en función de si son universidades de calidad y no sobre si son públicas o privadas.

Es un hecho que en nuestro sistema de educación superior coexisten universidades grandes con pequeñas, autónomas con no autónomas, de ingreso anual con semestral, públicas con privadas; me atrevo a afirmar que no existe una correlación directa entre la calidad y alguna de las anteriores características. La pregunta en realidad debería plantearse en función de los objetivos de ambas concepciones: en nuestro país, ¿qué función cumple la universidad pública y cuál la universidad privada? ¿tienen ambas razón de ser? Mi respuesta es que ambas, si son de calidad, cumplen funciones muy importantes. La universidad pública obedece a una demanda social general, tiene vocación plural y es interés de la sociedad que en ella se cultive una gama muy amplia de disciplinas, se dé lugar a la investigación básica, a la aplicada y a la innovación tecnológica, y se fomente la interdisciplina. Es interés de las sociedades con visión —así lo han demostrado las más antiguas y también las más modernas— que se formen astrónomos, físicos teóricos, sinólogos, mayistas, botánicos, sistólogos, políticos, escritores, músicos, pintores, etc. La universidad privada, por su parte, responde al interés particular de grupos o gremios que requieren de personal específico bien formado, para lo cual, por cierto, también deben desarrollar investigación en su seno, como es el caso de universidades privadas con vocación hacia la ingeniería, la administración, las ciencias sociales o las artes.

Como decía hace un momento, desde mi punto de vista, los dos enfoques son válidos, se complementan y enriquecen, siempre y cuando no se sustenten en la simulación. Me parece una equivocación histórica el confrontar dos proyectos válidos y el pretender homogeneizar —hacia un lado o hacia otro— el sistema actual de educación superior del país. No perdamos el tiempo en discusiones estériles: apoyémonos y beneficiémonos de la riqueza que da la pluralidad.

¿Qué entiende por calidad de la educación superior?

El atributo de calidad puede encontrarse en diversas instituciones y es independiente del tamaño o de la estructura organizativa. Reside —en mi opinión— en factores como la relevancia del trabajo de su comunidad, la importancia y el papel que en ellas se otorga a la academia, la sensibilidad que manifieste hacia los problemas de su entorno y la anticipación ante los retos futuros.

En la academia de una universidad de calidad existe una profunda vinculación entre investigadores y docentes, cuyas actividades resultan enriquecidas por este lazo. Se da también una saludable distribución de la matrícula en licenciatura y posgrado, así como de estudiantes en las diferentes áreas de estudio.

La pluralidad de los integrantes de una universidad de calidad asegura diferentes enfoques y corrientes de pensamiento, lo cual promueve un clima intelectual propicio para el análisis y la discusión de las ideas.

Finalmente, en la formación de profesionales, existen mecanismos de evaluación serios y normas que regulan continuamente el proceso educativo, desde los requisitos de ingreso hasta los referidos a la expedición de títulos profesionales. La seriedad de las reglas académicas, la libertad intelectual y el respeto a la pluralidad de pensamiento, entre otros, son igualmente factores que reflejan la calidad de una institución de educación superior.

Desde su perspectiva, ¿qué acciones deberán seguirse para actualizar el proceso educativo de una manera integral?

Hacer del proceso educativo un proceso integral implica establecer una estrategia que aproveche los grandes esfuerzos que en materia de educación se han realizado en el país, y que al mismo tiempo plantee acciones concretas con miras a transformar concepciones que ya han demostrado ser obsoletas.

El país requiere de recursos humanos bien formados en todos los campos del saber, lo cual obliga al mejoramiento de los niveles educativos en su conjunto. Es preciso que desde la educación elemen-

tal, se proporcione al educando los conocimientos y habilidades que lo induzcan a la autoformación permanente, a la creatividad y a la búsqueda de nuevas formas y esquemas que le permitan adaptarse a las transformaciones y sobresalir en diversos ámbitos nacionales e internacionales. Esto sólo se logra si los avances de la investigación científica y humanística, así como de la tecnología, se aplican a lo largo de todo el proceso educativo depurando los contenidos curriculares y los métodos de enseñanza, así como los materiales y los apoyos didácticos.

Elevar el promedio de escolaridad nacional debe ser el objetivo de mayor importancia de nuestro sistema educativo; sin embargo, no se debe sacrificar calidad por cantidad pues esto tiene como consecuencia el analfabetismo funcional, presente aún en países con alto grado de escolaridad. Adicionalmente, el país necesita vincular sus niveles educativos, así como reorientar y fortalecer la educación técnica, media superior y superior.

¿Cuáles han sido las políticas académicas que han sustentado su gestión como Rector?

El eje central de las políticas académicas de mi gestión ha sido el mantener el liderazgo de la UNAM. Al formar profesionales en todas las ramas del saber se ha tratado de dotarlos de capacidad crítica y creativa para contribuir al desarrollo del país.

Se ha buscado formar docentes e investigadores altamente calificados que transmitan y generen conocimientos básicos y aplicados a través de la investigación de excelencia, que discutan y analicen los problemas sociales para instrumentar y ofrecer soluciones sobre bases científicas.

Se ha buscado que la UNAM continúe brindando igualdad de oportunidades de educación para todos aquellos que demuestren capacidad académica y dedicación y que sus egresados sean el canal principal de enlace con la sociedad.

Pero sobre todo, se ha puesto énfasis en academizar a la UNAM para que sea una universidad regida por principios y fines académicos. Una universidad

donde el personal académico sea el personaje central alrededor del cual gire el diseño, el funcionamiento y el desarrollo de la Institución.

Para usted, como Rector y como científico, ¿cuál es la importancia que tienen las humanidades y las ciencias sociales en la Universidad?

Como científico, quiero recalcar la relevancia de las disciplinas humanísticas para el conocimiento y el enriquecimiento de las relaciones entre el hombre y su entorno que, en ningún caso, pueden reducirse a la implantación de mejoras científicas y tecnológicas. Dichas disciplinas son tanto más importantes cuanto que la formación científica reclama, para responder a la complejidad del cambio, un enfoque interdisciplinario.

Las disciplinas del área humanística permiten desarrollar el conocimiento universal de los grandes temas contemporáneos —políticos, económicos, jurídicos y educativos, entre otros— así como entender, valorar y enriquecer el patrimonio cultural de la humanidad. La reflexión filosófica es fundamental en el contexto actual, lleno de problemas derivados de la aplicación de la ciencia y la tecnología, de diversas prácticas políticas y de la necesidad de preservar nuestro entorno.

Como Rector, pienso que la Universidad lo es porque en ella se conjuga el conocimiento universal; dejaría de ser la institución cultural que el país conoce si en su ámbito no se cultivaran con el mismo vigor tanto las ciencias naturales como las humanísticas. Por ello, he cuidado de dirigir la Universidad en total equilibrio entre las distintas áreas que integran el conocimiento.

En breves palabras, ¿cómo se referiría a la UNAM?

Como lo he mencionado en repetidas ocasiones, la UNAM es el proyecto cultural más importante del país en este siglo. Constituye una parte muy importante de la riqueza y el patrimonio cultural de México; es, sin duda, pieza clave de la historia y la tradición nacionales; es una de las universidades más antiguas de América Latina. Sin em-

bargo, frente a esta imagen que parece remitirnos al pasado, tenemos una institución a la vanguardia del conocimiento. Esta posición, que la hace renovarse continuamente, la convierte en una universidad moderna en la medida en que genera el conocimiento y por lo tanto contribuye a resolver los problemas de la sociedad actual.

¿Cuál es la misión futura de la UNAM?

Es un hecho que la década de los noventa está marcado nuevas pautas mundiales económicas y de relaciones entre los países. Es en este momento cuando se hace más evidente la importancia de contar con un proyecto educativo nacional, con un aparato científico sólido y con la capacidad tanto de utilizar tecnología importada como de desarrollar tecnología propia.

Es cierto que tenemos rezagos que superar para poder competir con otras naciones más desarrolladas, pero también es cierto que existe el potencial para hacerlo. Estamos en posibilidad hoy de mejorar la enseñanza y vigorizar la investigación, de contar con un sistema de educación superior que fomente la competencia académica entre las instituciones que lo conforman, de promover polos de desarrollo académico, de propiciar la movilidad de estudiantes y académicos entre universidades, y de sustentar la operación y desarrollo de la educación superior en esquemas de financiamiento diversificado y políticas concretas para la asignación de los recursos. Se ha de buscar tener un sistema de ágil respuesta y efectivo en sus interrelaciones, de calidad en la formación de profesionistas, estudiosos y científicos, y con profundas raíces y motivaciones en lo mexicano.

Resulta evidente que para coordinar, planear y construir los parámetros y normas nacionales de este sistema, la UNAM, por su historia, por su magnitud, por su liderazgo académico, por su misión y por su carácter nacional —en tanto objetivos y visión que trascienden a necesidades de orden local— ha de jugar un papel de primera importancia. La UNAM representa un potencial extraordinario para cualquier proyecto del México moderno. ◊

El Liceo Mexicano

De 1821 a 1867 los hombres que tomaron a su cargo la tarea de la cultura en México hubieron de realizar grandes esfuerzos porque la inestabilidad imperaba en todos los órdenes de la vida, hacía de ésta un drama cotidiano ubicado entre dos polos irreconciliables: monárquicos o republicanos, centralistas o federalistas, conservadores o liberales. La labor de aquellos mexicanos confundidos ante la novedad de la independencia, inseparable por ello de un matiz político, se interesó, entre otras cosas, por reorganizar las instituciones y definir un perfil cultural de la nación. Se fundaron asociaciones como la Academia de Letrán y se dio forma a diferentes clases de publicaciones: periódicos, folletos políticos, revistas, calendarios, almanaques y libros. Sin embargo esta labor se vio coronada hasta 1869, fecha de la publicación de *El Renacimiento*, la revista organizada por Ignacio Manuel Altamirano donde se alcanzaría la tolerancia y se establecerían las bases de la concordia.¹ De esta forma, el fruto de las Veladas literarias y otras

¹ En *Revistas mexicanas en que se inicia el Modernismo*, tesis de Maestría de Margarita Fierro González (México: UNAM, 1951) se señala la importancia de las Veladas literarias del grupo de Altamirano -1867 a 1868- por la función que desempeñaron como ambientación necesaria para la concordia. El significado de estas reuniones fue definido por el propio Altamirano en un volumen que llevó precisamente el título de *Veladas literarias* (1867) y que daba a la luz trabajos de Prieto, Cuéllar, Peredo, Altamirano y otros concurrentes, anotó el Maestro: "Las poesías que contiene este libro son los primeros acordes de la lira mexicana, modulados bajo la oliva de la paz. De regreso al hogar después de las batallas hay una fiesta de familia, en la que los poetas se estrechan como hermanos y ensayan de nuevo sus cantos favoritos. El soldado recuerda sus campañas, el viajero recuerda sus viajes y el expatriado vuelve conmovido a visitar las tumbas de sus padres.

Todos en su retorno vienen a abrir una página literaria en los anales de México. Recuerdos, impresiones y fantasías, los ayes del infortunio y los himnos de la victoria. He aquí el espíritu de las Veladas literarias." Este espíritu fructífero y en 1869 apareció *El Renacimiento* en cuya introducción el guía insiste con orgullo: "Fue tan palpable el resurgimiento intelectual iniciado por las Veladas que pocos meses después los folletines estaban llenos de artículos literarios, la política abría campo en sus diarios a las inspiraciones de la poesía, las prensas se agitaban constantemente dando a luz novelas históricas y filosóficas y tres o cuatro periódicos aparecían consagrados exclusivamente a la literatura." Esta apreciación de Altamirano sobre las Veladas -que según Huberto Batis pronto degeneraron en festines- ha sido retomada en diversos estudios del periodo literario que se inició con la restauración de la República. Alicia Perales Ojeda (*Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: UNAM, 1957) y Margarita Fierro lo reproducen bajo la tutela de José Luis Martínez quien destaca su importancia en los análisis minuciosos y eruditos que ha publicado sobre la obra de Altamirano.

asociaciones científicas consistió en la apertura de espacios para la creación y la crítica cada vez más ajenos al trajín de la política. Acerca de la importancia de las asociaciones culturales en el siglo XIX ha escrito José Luis Martínez:

Las asociaciones culturales fueron un recurso para suplir, con la enseñanza y el estímulo mutuos, las funciones que corresponden a los institutos de cultura superior, entonces inexistentes. Además, en aquella época de persistente inquietud e inestabilidad y de agudo sentimentalismo, la fraternidad era también factor importante. Los escritores se reunían donde les era posible, casi siempre a la sombra de antiguos conventos o colegios; no contaron nunca con protectores y no seguían formalidades de actas. Para ser considerado miembro de una asociación solía bastar la proposición de uno de los socios y la presentación de un trabajo. Su ritmo de aparición es un buen signo de la importancia cultural en cada una de las épocas. Mientras que en el periodo de 1836 a 1866 su número asciende a 32, en el siguiente, de 1867 a 1889, alcanza su mayor auge hasta llegar a 124, para luego descender, en los últimos años del siglo, a 28.²

No todas las agrupaciones lograron sus propósitos³ pero determinaron un clima propicio para el desarrollo intelectual y la búsqueda en otros horizontes. En el periodo de 1867 a 1889, en el que se llegó a la cifra de 124, según la contabilidad anotada y de acuerdo con el mismo investigador, las asociaciones que se distinguieron fueron: la Sociedad Nezuahualcoyotl (1868-1874), la Sociedad de Libre Pensadores (1870-?), la Academia Literaria de Mérida (1875), la Socie-

² "México en busca de su expresión" en *Historia general de México*. t. 3, México: Colegio de México, 1976, p. 308. Alicia Perales Ojeda cita las estadísticas sobre las agrupaciones literarias y científicas mexicanas de 1875 y 1876 que hicieron la revista *Eco de América* de Buenos Aires (1876) y Francisco Pimentel en su *Historia crítica de la poesía* (1892): la primera considera 68 y el segundo 73. *Op. cit.*; p. 150.

³ José T. Cuéllar fue junto con Altamirano, precursor del resurgimiento de asociaciones y revistas literarias al triunfo de la República. Su modelo a seguir era el Liceo Hidalgo pero con un nombre que reflejase la amplitud del tema, así llegó a columbrar el Liceo Mexicano, y si el proyecto de *Facundo* naufragó en el astillero, su influencia fue definitiva en *El Renacimiento* y, de algún modo, se extendió hasta 1885, fecha de la fundación del Liceo Mexicano.

dad Literaria Rodríguez Galván (1878), la Sociedad Literaria Florencio M. del Castillo, de Monterrey (1878), la de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo de Gorostiza (1875-1877), la de Juan Ruiz de Alarcón, de Puebla (1875), otra del mismo nombre en la Ciudad de México, la Sociedad Filarmónica Mexicana –antecedente inmediato del Conservatorio Nacional de Música–, la Academia Mexicana correspondiente de la Española (1875), la restablecida sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1868)⁴ y el Liceo Hidalgo (1872).⁵ La preeminencia de estas dos últimas pone de relieve la figura de Altamirano, el Maestro y principal animador de ambas que, como anoté líneas antes, logró reunir a los más conspicuos, aunque rivales, escritores de entonces: Ignacio Ramírez, Francisco Pimentel, Guillermo Prieto, José María Roa Bárcena, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, José T. Cuéllar, Alfredo Chavero, Luis G. Ortiz, Manuel Orozco y Berra e Isabel Prieto de Landázuri, entre muchos otros autores de diferentes partes del país, aparte de algunos extranjeros. Sin embargo lo más significativo fue que no se quedaron en la tolerancia sino que se involucraron en el programa del nacionalismo del Maestro, cuyo manifiesto es precisamente *El Renacimiento*. Este impulso nacionalista tuvo altibajos posteriores, debido al proceso de pacificación política que se iniciaba y que repercutía en la vida de las agrupaciones culturales y por ende de las publicaciones. El Maestro se vio en la necesidad de dar un nuevo aliento a su proyecto cultural en 1885 ante el advenimiento de una nueva generación, por eso, al constituirse el Liceo Mexicano en ese año, él mismo señala el desánimo que había que vencer:

Efectivamente ha podido notarse en los últimos años que el entusiasmo por el estudio de las Bellas Letras decaía. Las agrupaciones literarias fundadas en otro tiempo, habían suspendido sus trabajos y morían de inanición. Ni un sólo periódico consagrado exclusivamente a las amenas tareas de la bella literatura, había podido subsistir y servir de órgano a los primeros ensayos de la juventud, ni a los trabajos más serios de los antiguos escritores. Reinaba un triste silencio en los dominios del arte.⁶

Este señalamiento permite observar el marco en el que se circunscribe la fundación del Liceo Mexicano así como su filiación al postulado liberal-nacionalista abanderado por Altamirano. Esta observación nos explica el porqué se le ha considerado apéndice del Liceo Hidalgo. Pero considerar al Liceo Mexicano mero apéndice de la añeja institución es una conclusión un tanto inexacta y simple.⁷ El Liceo Mexicano se

desliga de su antecesor en realidad a pesar suyo, porque sus bisoños integrantes se desenvuelven en una atmósfera muy distinta, libre de las pasiones y tensiones políticas que padecieron aquellos autores liberales que enfrentaron el reto del espejo, de la autodefinición. Cierto, los jóvenes asociados admiraban los trabajos de la distinguida sociedad y se proponían imitarla y ganar su protección, escribe, por ejemplo, Luis González Obregón:

...por esta Sociedad juvenil, que así como una planta humilde, nace y crece bajo la protección de una robusta y vigorosa, así nuestro Liceo se acoge bajo la sombra benéfica de la primera Corporación literaria de la República, del "Liceo Hidalgo", a cuyas sesiones asiste para instruirse y tener un modelo que imitar.⁸

Sin embargo las condiciones históricas no eran las mismas, el telón de fondo deformaba los desplantes románticos, el porfirato iba en ascenso y el proyecto cultural habría pues de modificarse sin violencia ni demasiada rebeldía. Este fue el papel y la trascendencia del Liceo Mexicano y las agrupaciones afines de esa década, catalizadores del nacionalismo, primero por la cantidad de brillantes jóvenes miembros que lograron reunir y segundo, porque fueron el espacio, el remanso del tránsito obligado de nuestra literatura hacia lo moderno y el mundo, es decir el aliño convencional necesario para salir de casa. El Maestro lo presintió: "aquel aparente olvido y aquel lamentable enervamiento van desapareciendo para dar lugar a una actividad febril que sin duda alguna marcará un progreso notable en nuestra marcha científica y literaria".

Los testimonios principales de la instalación del Liceo Mexicano se deben a dos de sus jóvenes fundadores, los más entusiastas y constantes, cuya fidelidad a la prédica altamirioniana caracteriza uno de los perfiles de sus obras: Luis González Obregón y Ángel de Campo. Testimonios escritos en igual tesitura porque en 1890 *Micrós* publicó *Ocios y Apuntes*, y Luis González Obregón se encargó de prologar este primer volumen de cuentos de su colega y amigo, el prólogo se convirtió en un espacio del recuerdo que De Campo recrearía a su vez, dos años más tarde, en un artículo publicado por *El Nacional* el 10 de enero de 1892, en ocasión de la aparición de *El México viejo* de su fiel amigo. Le retribuía la expresión de afecto y una justa ponderación del libro que, como supo advertirlo, sería el pasaporte que lo colocaría "a la altura de los Orozco y Berra y los Hernández Dávalos". Ambos testimonios se complementan con detalles que, narrados con sincera emoción, permiten conocer el nacimiento y carácter del Liceo Mexicano y su órgano de difusión.⁹ Dice *Micrós*:

⁸ "Memoria" *En El Liceo Mexicano* t. 1. no. 5 (Feb. 15, 1986), 37.

⁹ Alberto María Carreño (*El cronista Luis González Obregón*. México: Eds. Botas, 1938) confirma los testimonios citados: "En efecto: reunidos en la casa no. 21 de la calle de Ortega, hoy la 1a. del Uruguay, habitación de Luis González Obregón, y en una pieza que su amorosa madre les destinó al efecto, Luis, su primo Toribio Esquivel Obregón, Alberto Michel, Ezequiel A. Chávez, Ángel de Campo (*Micrós*), Manuel Mangino y Adolfo Verduzco y Rocha, constituyeron el *Liceo Mexicano* el día 5 de febrero de 1885. Basta mencionar estos nombres para darse cuenta de cómo aquel centro juvenil produciría más tarde notables hombres de letras en la Literatura Latinoamericana." p. 49 ss.

⁴ La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se fundó en 1833 y se logró su restablecimiento gracias a Altamirano en la fecha anotada.

⁵ El Liceo Hidalgo tuvo tres periodos: de 1850 a 1859, de 1872 a 1882 y de 1884 a 1889.

⁶ Introducción *En El Liceo Mexicano*. t. 1, no. 1 (Oct. 15, 1885), p. 1-2.

⁷ Perales Ojeda prefiere calificarlo como continuador: "Volvió a decaer el Liceo [Hidalgo] por el año de 1889 en que salió del país su principal animador, el maestro Altamirano. A la vez iba tomando preponderancia otra agrupación fundada por Luis González Obregón y otros escritores, que había de ser la continuadora del Liceo Hidalgo: El Liceo Mexicano Científico y Literario." *Op. cit.* p. 122.

Precedió a este proyecto como a muchos semejantes, una acentuada afición a la lectura de novelas, entre las que privaban las de Galdós y de Pereda, y a los versos de Peza y Díaz Mirón. Leíamos de preferencia a otros periódicos *La Libertad*, escrita en aquel tiempo por talentos de primer orden, y no faltábamos una sola vez a las sesiones públicas que celebraba los lunes el "Liceo Hidalgo" que atravesaba por un periodo de animación, como que llevaban la palabra en la discusión sobre literatura nacional el Maestro Altamirano, Don Vicente Riva Palacio, Don Francisco Pimentel y otros. Todo aquello reunido acentuaba cada día más el carácter de nuestras tendencias posteriores.

Por su parte Luis González Obregón recuerda:

Ahí (un gabinete pequeño de su casa) leímos mucho, durante aquel invierno y después durante varios años. Fumábamos sendos cigarrillos y apurábamos aromosas tasas de café. Nuestras lecturas predilectas eran los novelistas contemporáneos franceses, españoles, rusos, desde Zola hasta Tolstoy, desde Pérez Galdós hasta Turguenef, sin olvidar a los nuestros, a Fernández de Lizardi, Fernando Orozco, Justo Sierra (padre), al trascendente Facundo, a Guillermo Prieto y a nuestro inolvidable Altamirano.

Ahí soñamos, preparamos nuestros exámenes, pronunciamos nuestros primeros discursos, hicimos juicios críticos, escribimos los primeros ensayos y concebimos la idea de fundar el Liceo, santuario de nuestras glorias y de nuestros afectos. En esa época también, tuvimos ocasión de realizar uno de nuestros más vivos deseos: conocer el Maestro Altamirano.¹⁰

De esta manera, el 5 de febrero de 1885, Luis González Obregón y Ángel de Campo, de veinte y diecisiete años respectivamente, materializaban sus proyectos: la fundación de una sociedad literaria y el conocimiento y trato directo con el Maestro Altamirano para, ocho meses más tarde, culminar sus anhelos con la publicación de los trabajos de la agrupación en una revista propia.

Teniendo en cuenta que uno de los medios de darse a conocer, tanto al público como a las Sociedades hermanas, y de estimular a los socios, era publicar sus composiciones, resolvió la Sociedad dar a luz un periódico que le sirviese de órgano.

Vencidas todas o en su mayor parte, las dificultades con que se tropieza en México, al llevar a cabo esta clase de empresas, y contando una vez más con la ayuda de nuestros Socios Honorarios y Colaboradores, se logró ver publicado el 15 de Octubre de 1885 el primer número de "El Liceo Mexicano", el cual engalanó sus primeras columnas con una "Introducción" debida a la pluma de nuestro maestro, el Sr. Ignacio Manuel Altamirano.

El Liceo Mexicano. Periódico científico y literario, órgano de la sociedad del mismo nombre, consta de ocho páginas divididas en dos columnas; menciona en cada número a su cuerpo de redactores y colaboradores así como al director y al secretario en turno; se vendía a 6 centavos y tenía sus oficinas administrativas y redacción en la calle de Ortega número 21. En un principio fue impreso por Mena y Vilaseca, luego por Ireneo Paz y finalmente, y durante la mayor parte de su vida, por la oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, cosa que le permitió incluso cambiar su periodicidad inicial, de mensual pasó a ser quincenal. Determinante fue pues el mecenazgo del ministro de Fomento, general Carlos Pacheco, vía Altamirano-Ignacio Romero Vargas, según Alberto María Carreño.

La revista publicó, como lo señala González Obregón, preferentemente los trabajos de los socios presentados y discutidos en el seno de las reuniones tanto en prosa como en verso, y que lograban cierto mérito pues la lectura de las Memorias anuales descubre que muchos de ellos no fueron publicados. Por otra parte puede pensarse que las colaboraciones de los escritores ya reconocidos se publicaban sin reparos para ganarse prestigio y apoyo financiero que permitiera al Liceo continuar con sus trabajos.

Los principales animadores de la sociedad y por lo mismo de la revista fueron los recíprocamente llamados discípulos favoritos del Maestro: Luis González Obregón, Ángel de Campo, Ezequiel A. Chávez, Alberto Michel, Adolfo Verduzco y Rocha, Antonio de la Peña y Reyes, Rafael de Alba y Ramón Valle, entre otros. Durante los dos primeros años de vida del Liceo se publicaron trabajos de los arriba citados y de Francisco de Alba, Altamirano, Francisco Altes, Alberto G. Bianchi, Heriberto Barrón, José M. Bustillos, Ramón A. Castañeda, Pedro Castera, Fernando L. Echeagaray, Toribio Esquivel Obregón, Francisco Flores Gardea, Genaro García, Guillermo Prieto, Luis G. Rubín, Juan de Dios Villalón, Jacobo M. Barquera, Juan Leopoldo Bolaños, Joaquín Casasús, Manuel T. Corzo, Enrique Fernández Granados, Auguste Génin, Manuel Gutiérrez Nájera, Ramón Manterola, José María Roa Bárcena, Félix Romero, Enrique Santibáñez, Francisco Sosa, Eduardo del Valle y Guillermo Vigil. En los años siguientes figuran los nombres de Riva Palacio, Ignacio Ramírez y Fernández de Lizardi junto a los de Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina y Manuel Olaguíbel, lo que resulta significativo del carácter de transición de la revista. Como suele suceder en estos casos el número de trabajos de cada autor es muy variable, desde la fecunda y entusiasta productividad de sus redactores hasta la solitaria colaboración comprometida.

Para identificar la tendencia liberal-nacionalista que unía a los socios del Liceo Mexicano y que tantas veces proclama Luis González Obregón, basta leer muchos de los títulos de los artículos que aparecieron en su periódico: "Morelos en Tixtla" (Altamirano); "A Orizaba", "A Cuauhtémoc" (Bustillos); "Lejos del hogar" (Barrón); "Doña Josefa Ortiz de Domínguez", "El día de San Juan" (Micrós); "En el bosque de Chapultepec" (Castañeda); "La noche triste" (Chávez); "La literatura nacional", "La obra de Hidalgo" (González Obregón); "El pueblo tolteca", "Don José Mariano Beristáin y Souza"

¹⁰ Pról. a *Ócios y apuntes. La Rumba*. México: Porrúa, 1978, p. 5.

El Liceo Mexicano.

PERIODICO CIENTIFICO Y LITERARIO, ORGANO DE LA SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE.

DIRECTOR ADOLFO VERDUZCO Y NOCHA. SECRETARIO LUIS GONZALEZ OBREGON.

REDACTORES:

Rafael de Alúa.—José R. Aspa.—Heriberto Barrón.—Ángel de Campo.—José Cárdenas.—Ramon Castañeda.—Ezequiel A. Chávez.—Ezequiel Obregón.—Francisco Icaza.—Alberto Michel.—Antonio de la Peña y Reyes.—Ismael Torrocano.

COLABORADORES:

Ignacio M. Altamirano.—Salvador Díaz Mirón.—Gonzalo A. Esteva.—Francisco Flores Gardón.—Joaquín González Vergara.—Pablo González Montes.—Juan Martín del Campo.—Juan de Dios Peña.—Rafael Ángel de la Peña.—Ramon Valle.

CONDICIONES.

Este periódico se publicará por ahora mensualmente.
Precio del n.º nuevo, 6 centavos.
La Redacción y Administración está situada en la calle de Ortega núm. 21.

INTRODUCCION.

—Algunos jóvenes estudiantes aficionados á las ciencias y á las Bellas Letras, acaban de reunirse en México, y de constituir una sociedad con el nombre de "Liceo Mexicano Científico y Literario." Esto no tiene en sí nada de muy particular y que deba llamar la atención; pero su tal suceso se relaciona con otros semejantes, como la reinstalación del "Liceo Hidalgo," en el que se encuentran los escritores más conocidos en México, con la inauguración del "Liceo Morelos" al cual concurren numerosos jóvenes con el objeto de cultivar exclusivamente la literatura dramática, con la instalación de otro "Liceo" fundado por ilustrados y entusiastas jóvenes en Cajaca, del "Liceo Morelos" de Toluca, del "Liceo Morelos" de Aguascalientes y con la formación, en fin, de otras muchas sociedades juve-

niles en varias ciudades de la República, puede verse claramente que se está verificando un movimiento literario inusitado en nuestro país.

Este movimiento es el resultado de una especie de reacción saludable y útil y que, debe ver con regocijo los que desean el adelanto intelectual en la patria. Efectivamente ha podido notarse en los últimos años que el entusiasmo por el estudio de las Bellas Letras decayó. Las agrupaciones literarias fundadas en otro tiempo, habían suspendido sus trabajos y morían de inacción. Ni un solo periódico consagrado exclusivamente á las apenas tareas de la bella literatura, había podido subsistir y servir de órgano á los primeros ensayos de la juventud, ni á los trabajos más serios de los antiguos escritores. Reinaba un triste silencio en los dominios del arte.

¿Cuáles fueron las causas de este silencio y del desaliento que parecía haberse apoderado de los espíritus? Pues fueron muchas y complicadas que sería prolijo enumerar. Pero el hecho consta y es indudable.

A veinte años de distancia de *El Renacimiento* los prosistas de *El Liceo Mexicano*, la mayoría con antecedentes académicos, trataron de ser más rigurosos o formales al seguir el proyecto altamiriano, sin embargo la retórica no se modificó gran cosa; subordina la ficción a lo moral con pretendida sutileza y la historia es análisis de costumbres y reflexión sobre lo nacional, *id est* la literatura como noble y eficaz medio de identificación de lo "mexicano". González Obregón escribe bibliografías y breves estudios de literatura, novela y novelistas mexicanos, de historia y héroes de la patria; Antonio de la Peña y Reyes, artículos sobre los jesuitas; Alberto Michel, relatos didácticos de zoología nacional; Ezequiel A. Chávez, acontecimientos históricos (versos épicos); Enrique Santibáñez, apuntes de cultura general; y Ángel de Campo traza tipos y cuadros de costumbres.

La sociedad del Liceo Mexicano desaparece luego de haber cumplido ocho años. Una semana después de la celebración de su octavo aniversario, el 13 de febrero de 1893, muere en San Remo, Italia, el Maestro Altamirano. La ausencia del magnánimo inspirador fue definitiva. No obstante, la expresión de la lección nacionalista dio una última bocanada: la segunda época de *El Renacimiento* que duró tan sólo seis meses, del 7 de enero al 24 de junio de 1894. Y así como en cierto modo esta segunda época de *El Renacimiento* fue una prolongación de *El Liceo Mexicano*, el Liceo Altamirano lo sería del Liceo Mexicano. De esta manera puede decirse —escribe Huberto Batis— que la segunda época de *El Renacimiento* cierra definitivamente el ciclo del segundo romanticismo. En ella se pasa la antorcha a *La Revista Azul*, que inauguraba el modernismo mexicano, con mayor vitalidad que la alcanzada por 'los que van a morir' [...] No preveía, por los escasos números que alcanzó a ver, cuál iba a ser la sana actitud de Gutiérrez Nájera, que supo mezclar a la literatura nacionalista el ingrediente foráneo que necesitaba para dar el poderoso siguiente paso de su desarrollo".¹²

La estética del nacionalismo ya había prestado los servicios necesarios y no satisfacía más las aspiraciones de los artistas que de pronto se sintieron ajenos al trajín del mundo y, por lo mismo, se lanzaban a explorar otros caminos. En consecuencia los grupos fieles a un credo preestablecido dejaron de ser el vehículo apropiado y así se explica que el Liceo Altamirano no prohiciera ninguna publicación y que sus sesiones fueran más sociales que culturales como lo recuerda Victoriano Salado Álvarez en sus *Memorias*.¹³

Finalmente es justo insistir en que la emancipación de la literatura mexicana se consiguió merced al censo levantado por Altamirano y sus seguidores a la realidad del país, de la restauración de la República a la afirmación del porfiriato. *El Liceo Mexicano* finiquitó dicho censo de tal manera que la relectura de sus páginas es una invitación al análisis y redescubrimiento de esta etapa clave de nuestras letras. ◇

(Peña y Reyes); "El sueño de Morelos" (Valle) y por la línea muchos más.

Los poetas finiseculares del Liceo Mexicano se esforzaban por estar al día, sin embargo, jóvenes todavía, ensayaron el romanticismo patriótico y dulzón heredado por la generación precedente. De aquí que lo escrito por Huberto Batis en torno a la poesía publicada en *El Renacimiento* de 1869 tenga cierta validez para el contenido lírico de *El Liceo Mexicano*:

Nuestros poetas se alimentan de los detritus del neoclasicismo y todos prolongan la línea ecléctica de una fusión de estudio e inspiración. [...] El romanticismo poético en México no fue belicoso. Hicieron crisis la poesía bucólica y la narrativa, y asomaron los primeros brotes de la poesía metafísica, la paisajística, la de metáfora sorprendente y la musical, tónicas todas a desarrollar en las siguientes décadas.¹¹

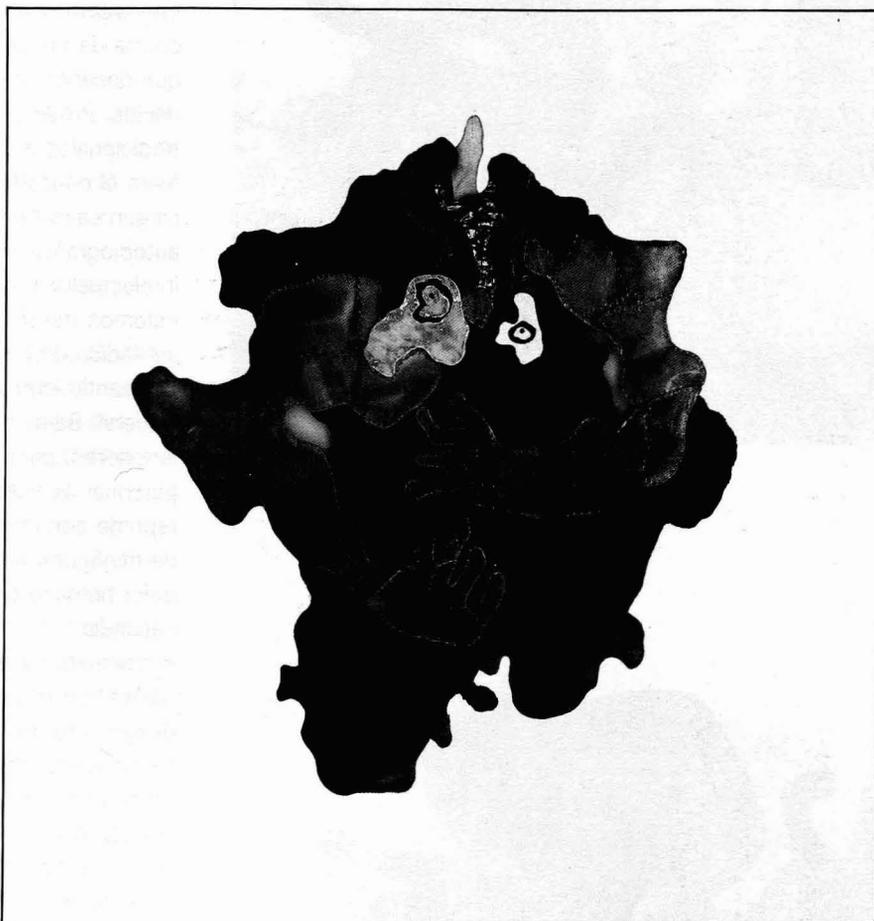
¹¹ Índices de *El Renacimiento*. México: UNAM, 1963, p. 88 ss. Las ideas fundamentales de este estudio fueron resumidas por su autor en la introducción a la edición facsimilar de *El Renacimiento*. México: UNAM, 1979, p. XIV ss.

¹² *Ibid.* p. 155 y XXIV.

¹³ *Memorias. Tiempo viejo-Tiempo nuevo*. México: Porrúa, 1985, p. 245-248.

Juan Acha

La tipificación iracunda de José Tola



Ecotín, 1988.

Quienes en la pintura buscan exclusivamente la belleza, por su complacencia y ornamentación, sentirán rechazo por las obras recientes de este artista. Les molestará y hasta les espantará su radical expresionismo. Nos explicamos su reacción. La cultura occidental oficial les ha inculcado tal *bellomanía* y toman la belleza por consubstancial de todo arte y por su función —si es pictórica— de ornamentar su hogar. Entonces pensamos erróneamente que una

pintura carece de calidad cuando no queremos tenerla en casa, aunque nos la regalen. Nuestras actuales sociedades de consumo y de masas, que toman la cultura por entretenimiento únicamente, han reforzado y difundido este pensamiento *bellomaniaco* e individualista.

Si bien nos explicamos el rechazo, no lo podemos justificar. El expresionismo precisamente subvierte, de hecho y por definición, la *bellomanía* al exaltar las otras



El yacente, 1990-1991.



Max, 1989.

categorías estéticas. La belleza no es la única ni ella solamente genera placer; existe, por ejemplo, el placer intelectual o temático.

La estética y el arte de José Tola tienen que ver, sin duda, con la violencia. Pero no directamente como muchos apresurados suponen. Giran, más bien, en trono al grito desgarrado del violentado que es desesperación y no iracundia. Si sus obras nos parecen violentas, no es por agresividad: lo es por estrategia pictórica. Su estrategia es la de un irreverente que blande paradojas en contra de las convenciones sociales, que desenmascara violencias y que decide arrojar por la borda las normas tradicionales de pintura en las que fuera él educado y adiestrado. En ningún caso hay sentimentalidad autobiográfica ni postura intelectualista, como tampoco estamos frente a la complacencia de un sádico. Para nosotros, Tola razona sus sentimientos y los reviste de ira visceral. Basta mirar sus obras anteriores, para advertir en su sentido personal de belleza que él después reprime con inteligencia y con el fin de configurar una identificación del dolor humano provista de estratégica iracundia.

Propiamente José Tola no busca la tipificación iracunda del grito desgarrado del violentado con el fin de tipificarlo en un cuadro único, como lo hiciera Picasso en *Guernica* con los nada subrepticios horrores de la guerra. Presentimos —tal vez por proyección sentimental o empatía— que Tola persigue la tipificación del dolor vivido por las víctimas de las inadvertidas coerciones sentimentales, más las manipuladoras persuasiones estéticas, cuyas taimadas virulencias ideológicas son difíciles de esquivar y desenmascarar. En buena cuenta, estética es la iracundia de José Tola y para él tipificar significa —si se desea eficacia— definir lo substancial (o típico) del dolor humano fuera de espacios, lugares y personas concretas, que paradójicamente lo aminorarían. Es así como sus móviles y sus configuraciones carecen de patria y

continente, raza y clase social, apellido y anécdota.

Tola se dedica justamente a tipificar lo que no tiene causas humanas, sino inhumanas e infrahumanas que se valen de subterfugios emocionales e intelectuales, estéticos y artísticos. En lugar de las pasiones humanas que movieran al expresionismo de Van Gogh, encontramos aquí la aflicción humana. Y ésta no puede ser vestida de compostura académica ni de los timoratos convencionalismos neoexpresionistas, tampoco con formatos y técnicas tradicionales. Contenido y forma deben completarse mutuamente, tal como lo hicieron el uruguayo P. Figari y después el ruso M. Chagall; si no lo hizo el español E. Murillo cuando pintó niños harapientos, fue por no permitirse su tiempo.

En resumen, J. Tola llevó a sus últimas consecuencias el expresionismo, adoptado por él como estrategia pictórica. Lo hizo, porque el mundo había hecho lo mismo con las violencias físicas y las sensitivas de las persuasiones subliminales.

Después de todo, en el mundo de hoy la guerra se nos presenta piadosa en comparación con las torturas policíacas y éstas devienen menos infrahumanas que la tortura de Sísifo en su versión tercermundista, en que el punto de partida y de regreso no es el mismo: va bajando y necesitamos triplicar nuestros esfuerzos para detenerlo. La tipificación de Tola se aleja de la realidad visible, con la intención justamente de activar la memoria de nuestra sensibilidad estética.

Para alejarse aún más de la realidad, Tola, no sólo renuncia a los formatos y formas tradicionales de la pintura, sino también a sus materiales y procedimientos. Opta por nuevos, que recorta y clava, acumula y desgarrá, para luego someterlos a la violencia del fuego y así poder acercarse en algo siquiera a los horrores reales. Sus rupturas pictóricas obedecen, sin duda, a razones estéticas.

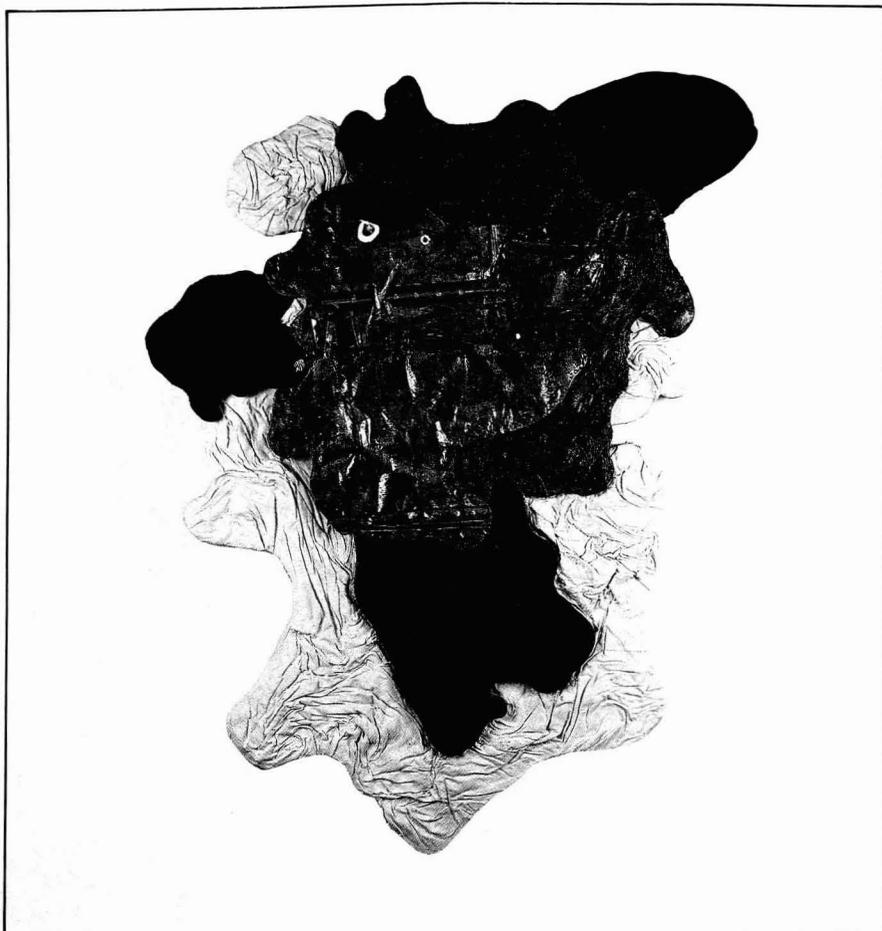
Seamos precisos, Tola incursiona en una estética nueva, en tanto no



Etarot descendiendo a los infiernos, 1990-1991.



Díptico, 1988.



Sin título, 1988.



Sin título (No. 60), 1988.

importan mucho los atributos formales de sus obras ni las emociones que éstas susciten. Sus formas soportan simplemente y aluden a realidades, cuyas cargas estéticas debemos vivenciar. La fotografía inició esta estética, desde que resultó pírrica la perfección a que ella llevó al naturalismo y consecuentemente éste perdió vigencia estética y lo decisivo pasó a ser lo estético de la realidad fotografiada. Con mayor razón en la fotografía cinematográfica y la televisual, pese —o gracias— a ser simuladas sus realidades. La obra de arte devino, en fin, un mero referente. El lector como receptor de las obras de Tola ha de aceptar que la relación contenido/forma de éstas depende de la función por él buscada. Ha de reparar también en la belleza de la obra *Sin título* (Nº 60) y en las otras aquí también reproducidas (*Ecomin* y *Elena* de 1988, *Max* de 1989, *Díptico* de 1988, y *Sin título* de 1988) como pasos hacia *El yacente* y *Etarot descendiendo a los infiernos*, obras de 1991 que han motivado nuestras consideraciones. Enfrentamos a dos emblematicaciones del dolor humano cuya enrarecida semántica y descomedida sintaxis se ponen al servicio de su pragmática, esto es, a los efectos de cada obra en sus receptores. La primera de las obras citadas nos impele a interpretar las alusiones religiosas, la muñeca con dentadura postiza y unos brazos desesperados por asir la nada. En la segunda percibimos un ser en grito desesperado y sobre él un embrollo de elementos con un marco roto, alusivo quizás al arte de la pintura. Definitivamente, estas dos obras nos incitan a elaborar variadas interpretaciones y esto cuenta, pues la generosidad de la obra de arte reside en su capacidad de mover nuestra imaginación como la intérprete que ella suele ser de las formas y colores. Por último cuenta, no el acatamiento a valores sino la valoración que emprendamos de la mencionada capacidad. ◇

Fernando Pessoa: los heterónimos y la Naturaleza

A propósito de Camões, dijo un día Schlegel que “valía toda una literatura”. Lo hubiera dicho también de Fernando Pessoa, si éste hubiera sido su contemporáneo. Lo cierto es que hasta la irrupción de Fernando Pessoa, la literatura portuguesa apenas contaba con un “invencible”: el propio Camões.

Mucho en común tienen Camões y Pessoa —entre tantas similitudes la de, en vida, no haber gozado del merecido reconocimiento. Sin que un sabio alemán lo loase, Pessoa se adelanta a sus críticos posteriores, parafraseando al impulsor del romanticismo *à la boche* al mismo tiempo que afirmando la conciencia de su valor, al declarar: “¿Con la falta de literatura que hay ahora, qué puede un hombre de genio hacer sino convertirse, él solo, en [toda] una literatura?”¹ Sin tomar en cuenta su interpretación personal de la literatura portuguesa —al ignorar nombres como el de Antero de Quental o Eça de Queiroz— esta confesión no deja de ofrecernos elementos para comprender la cuestión del (tan exhaustivamente debatido) origen y naturaleza de la heteronimia.

Si Camões va a Adén, a Ormuz y a otros lugares interesantes para que el viaje exterior se convierta en creación interior en que estén presentes voces de todo un pueblo, si, en verdad, a partir de esto él puede arrogarse el título de real “aedo” portugués, Pessoa, a imagen de Xavier de Maistre, dará vueltas en torno de su propio cuarto, para propiciar que las voces oriundas del mismo ser nacional hagan eco en su foro interior. Adén y Ormuz serán hechos consumados y consumidos; el viaje se habrá cumplido antes de haberse iniciado: su existencia ya no tendrá importancia. Apenas su *esencia*. Es en las fronteras de este *metaviaje* que encontramos a Pessoa compañero-heredero de Camões;² de hecho, creo que le vendría mejor el apodo de “Meta-Camões” que aquel otro de “Supra-

¹ Pessoa, Fernando. “Obras em prosa” (OEP); “Apresentação dos Heterónimos; possivee (prefácio para a edição projetada de suas obras)”; 1930?. Rio de Janeiro, Ed. Nova Aguilar, 1976; p. 83.

² En una de sus “Cartas” a Adolfo Casais-Monteiro sobre la génesis de los heterónimos (OEP, *cit.*, p. 101) Pessoa, en un pasaje revelador, considera su heteronimia como una forma de “viaje”:

Lo que soy esencialmente —por detrás de las máscaras involuntarias del poeta, del razonador y de todo lo demás que exista— es dramaturgo [...] Siendo así, no evoluciono, VIAJO. (Por un *lapsus* en la tecla de las mayúsculas me salió, sin que yo lo quisiera, esa palabra en letra mayúscula. Está bien, y así lo dejo). Voy cambiando de personalidad, voy (aquí es donde puede haber

Camões” que, él mismo, de una manera tanto lúcida como narcisista, quiso indirectamente atribuirse.³ La pretendida creación interior de “toda una literatura” se origina en este complejo cuya existencia es mucho más fácil de comprender que de ser explicada; en ella cabe el entendimiento de la polifonía pessoana. La voz sintetizadora camoniana habló por todo un pueblo unificado en el momento de la expansión; la voz dividida de Pessoa “hablarán” por un pueblo privado para siempre de la epopeya, trastornado en su imaginario y que quedara “sin trabajo [...]” después del descubrimiento de la India.”⁴

Yo creo que la autobautizada heteronimia vino antes de una decisión personal de exponer el flujo poético a diferentes registros y tonalidades, que de un “maravilloso”, poco verosímil acontecimiento que, a través de las famosas cartas a Adolfo Casais Monteiro⁵ jamás fue críticamente aceptado en los últimos cincuenta años. Valiéndome de la terminología del biólogo francés Jacques Monod, veo en el fenómeno de la heteronimia pessoana más “necesidad” que “acaso”: veo en ella una lógica que vino, en los últimos 150 años, imponiéndose en la vida de Occidente, en un principio como excrecencia y de forma no legitimada por los sistemas literarios.

La división del Yo en voces o identidades simultáneas y muchas veces discordantes tiene su propia historia. Comencemos por recordar a los místicos cristianos (los “prehistóricos” de esta lógica), cuyas expresiones poéticas no siempre coincidían con sus identidades religiosas que, a su vez, necesariamente no coincidían con sus identidades seculares —abandonadas éstas en el momento de tomar los hábitos. En seguida, tenemos como referencia el siglo romántico, anunciado, en Inglaterra, por una creación totalmente imaginaria como Ossian, alter-ego de McPherson. Ya en pleno siglo XIX, podemos acudir a

evolución) enriqueciéndome con la capacidad de crear personalidades nuevas, nuevos tipos de fingir que comprendo el mundo, antes, de fingir que se puede comprenderlo. Por eso di marcha en mí como comparable, no a una evolución, sino a un viaje: no subí de un piso a otro; seguí, en la planicie, de un lugar a otro.

³ Lo cual da a entender Fernando Pessoa ya en 1912 en “A Nova Poesia Portuguesa sociológicamente considerada”, OEP, *cit.*, p. 367.

⁴ Pessoa, Fernando, “Opiário”; in “Poesias de Alvaro de Campos”; “Obra Poética” (OP); Rio de Janeiro, Ed. Nova Aguilar, 1976.

⁵ OEP, *cit.*; in “A Gênesis dos Heterónimos: Um Rascunho e duas Cartas a Adolfo Casais Monteiro”; pp. 92 y ss.

Stendhal que, con sus innúmeros pseudónimos y a partir de una vertiente claramente lúdica y de una visión extremadamente gozosa del quehacer artístico, prepara el terreno a fenómenos tales como el de Pessoa. El "beylisme", la "compulsión a dividir el Yo", de que habla Gérard Genette,⁶ es una constante en el siglo pasado. Por el contrario, ¿cómo explicaríamos la cadena que sale de George Sand, pasa por Lautréamont-Ducasse y lleva a Rimbaud y "je est un autre"?

Lo que pretendió Pessoa al acuñar la expresión "heteronimia" fue una inversión de sentido en el sentido de "fabricar" personalidades, esto es, la pseudonomia. Ésta va del Yo hacia el Mundo (Stendhal); Pessoa anhela una dramatización interior que no necesariamente tenga el mundo por referencia, o sea, una autodramaturgia.⁷ Esto daría más "profundidad" a las identidades creadas, o les daría mayor libertad de expresión, desde mi punto de vista. Una empresa quijotesca: realizar el Imaginario, ser habitado aún más por la propia creación considerada como criatura.

¿Estaríamos aquí al borde de una definición puramente patológica de la esquizofrenia? No importa —ésta es la única respuesta. Las leyes (?) del psicoanálisis no necesariamente funcionan para la literatura, como lo ejemplifica el examen en *La conciencia de Zeno* de Italo Svevo, alias Ettore Schmidt, libro contemporáneo a Pessoa.

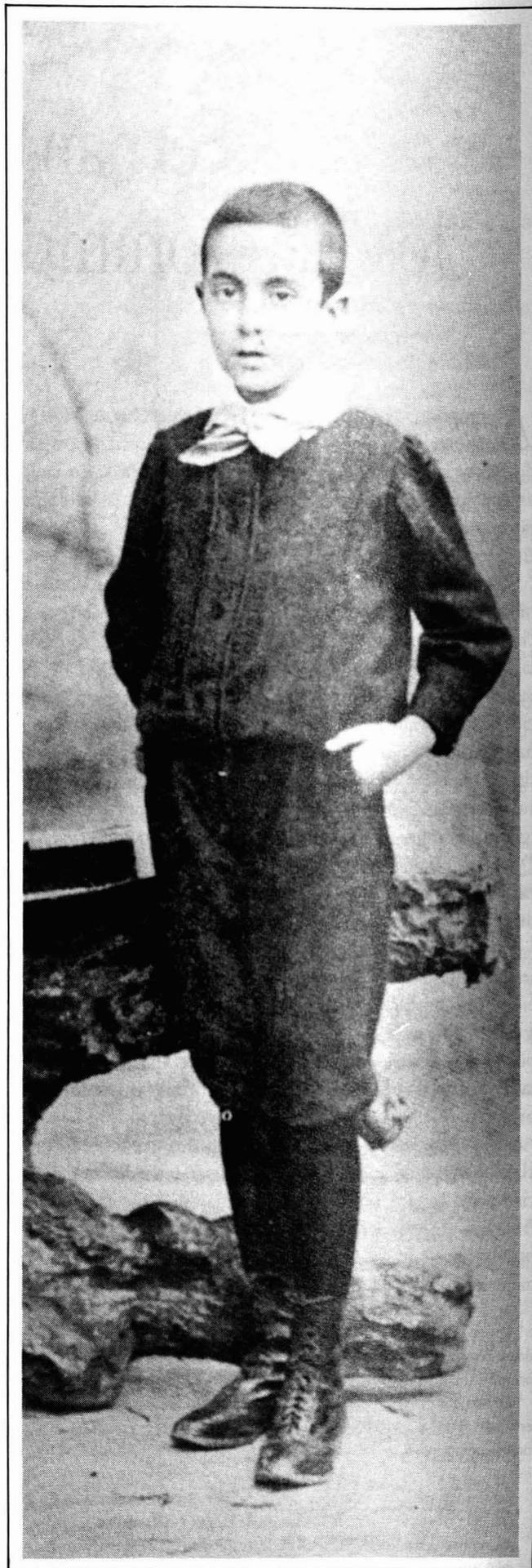
Otra explicación posible a la división pessoana es que ésta se hubiese originado en un *blague*, conforme la famosa carta a Armando Côrtes-Rodrigues.⁸ Este embuste, con el paso del tiempo, habría de convertirse en algo más "serio". Así, lo que había surgido simplemente para *épater*, pasaría a revelar todas sus potencialidades vocales, poéticas, estéticas y, también, ideológicas, como un precioso *objet-trouvé*. En este caso, en sintonía con los postulados de su contemporáneo Marcel Duchamp, se confirmaría que a partir de un *objet-trouvé*, toda una arquitectura sensible e intelectual, como la de la heteronimia, se podría originar y afirmar. Sea como sea, "necesidad" egoica o psíquica semi o claramente esquizoide, o "acaso" totalmente absorbido por la conciencia como un "proyecto estético-literario" promisorio, a final de cuentas la discusión en torno a la heteronimia es, en el fondo, ociosa —porque los "heterónimos" existen en la poesía en peculiar relación de dependencia e independencia mutua dentro del complejo textual del Pessoa multivocal.

Si a través de su división del Yo, el poeta Fernando Pessoa alcanzó la Gloria y reeditó el Arcano o si, por el contrario, el individuo Fernando Pessoa —conforme al mito faustiano— se convirtió en su propio cordero de sacrificio, son cuestiones cuya comprobación depende solamente del punto de vista de quien se proponga responderlas, apoyado o no en una "Teoría General del Artista". La pluralidad de la obra y su alcance humano y artístico son, mientras tanto, patentes y, a partir de ella, se alcanza un marco definitivo, por lo menos dentro

⁶ Genette, Gérard, "Figures II"; in "Stendhal", París, Ed. du Seuil, 1969, pp. 155-193.

⁷ Cf. arriba nota 3 "Lo que soy esencialmente [...] es dramaturgo".

⁸ Vide "Nota 1" a los "Poemas Completos de Alberto Caieiro", que cita la carta a Armando Côrtes Rodrigues, del 4 de octubre de 1914, in: OP, cit.; pp. 757 y ss.



A los diez años (1898)

de las literaturas de habla portuguesa: la superación del "yo lírico" convencional, camisa de fuerza y categoría histórica a la cual el discurso poético distraídamente se había adaptado. A nosotros, sus herederos, Pessoa en su pasión enseña los laberintos de la libertad del hombre comprometido definitivamente con la(s) realidad(es) de su expresión. Repitamos con él:

How many masks wear we, and undermasks
Upon our countenance of soul? [...]
The true mask feels no inside to the mask,
But looks out of the mask
By co-masked eyes.

"Soneto Inglés no. 8"
OP, 847.⁹

Hay un fascinante juego de equivalencias y de contrarios en la poesía de los heterónimos –con tantas posibilidades de expansión como su propia lectura conjunta. Pessoa es inagotable y (como Camões) propone a sus críticos escribir o un compendio académico o reducir el análisis a un aspecto de su obra. Aquí, estudiaré brevemente la naturaleza de los principales heterónimos en su relación con la Naturaleza. Tenemos frente a frente dos naturalezas –la de Pessoa, aquí representada por tres manifestaciones orgánicas de fuerte constitución (Ricardo Reis, Alberto Caeiro y Alvaro de Campos) y la Naturaleza misma. Gran parte del movimiento interno de esta última la encontramos figurada en aquélla; mucho en formas de caminos cruzados y reflejos invertidos. Asimismo, vale decir que en la naturaleza de los heterónimos percibimos una base común, un principio integrador o de reversibilidad que condensa la Diversidad en la Unidad, tema por excelencia complejo, del que ya se ocupó con gran maestría Jacinto do Prado Coelho.¹⁰ Mas no nos extendamos sobre este tópico: nos interesa, en el presente ensayo, analizar las diferencias entre los tres principales heterónimos pessoanos a partir de lo que en su poesía representa la noción de lo natural.

Para Ricardo Reis, la Naturaleza es un valor moral, antes que físico. Dentro de los patrones a los cuales Reis ajusta los límites de su expresión, y que corresponden a un Ideal en donde hay ecos no sólo del elemento más propiamente latino (principalmente la herencia poética horaciana) sino también de la interpretación de este elemento por los varios clasicismos europeos, el papel de lo Natural viene ya prefijado, cifrado.

A lo largo de las "Odas", son árboles y ríos genéricos los que genéricamente enmarcan los amores vagos del poeta con una Musa igualmente imprecisa. Lo que salta en el paisaje, lejos de una descripción, es una narración en que todo se refiere a una intención moral del poeta, de forma y contenido neoclásicos:

⁹ Nota: Este número indica la ubicación del poema en la "Obra Poética" (OP), *cit.*, y no el número de página en la misma, procedimiento que se mantendrá de ahora en adelante.

¹⁰ Nota: Prado Coelho, Jacinto: "Diversidade e Unidade em Fernando Pessoa", Lisboa, Verbo, 1985 (8a. edición)

Só o ter flores pela vista fora
Nas áleas largas dos jardins exatos
Basta para podermos
Achar a vida leve.¹¹

OP. 317.

Desnudo de individualidad, el elemento natural es imagen metafórica para el elogio del "camino de enmedio" horaciano del poeta:

E vivamos assim
Buscando o minimo de dor ou gozo,
Bebendo a goles os instantes frescos
Translúcidos como água [...]
Da vida pálida levando a penas
As rosas breves, os sorrisos vagos¹²

OP, 317.

Estas son una química y una botánica que sólo valen por lo abstracto, por el máximo común denominador del significado, destituido de cualquier particularidad. Estamos en el mundo del Discurso y lejos del universo formal. Mientras tanto, la Naturaleza, vista como un todo, ejerce un mínimo poder sedativo en los humanos:

Indiferente a mim e eu a ela,
A natureza deste dia calmo
Furta pouco a meu senso
De se esvair o tempo¹³

OP, 345.

Aquí vemos cómo el Espacio se encuentra con el Tiempo (Presente), abstrayéndose en éste por no ser suficiente su poder para alejar, en el poeta, la sensación de desvanecimiento de la vida. Curiosa mezcla de epicureísmo con una vertiente pura-

¹¹ Nota del T. La traducción del fragmento es la siguiente:

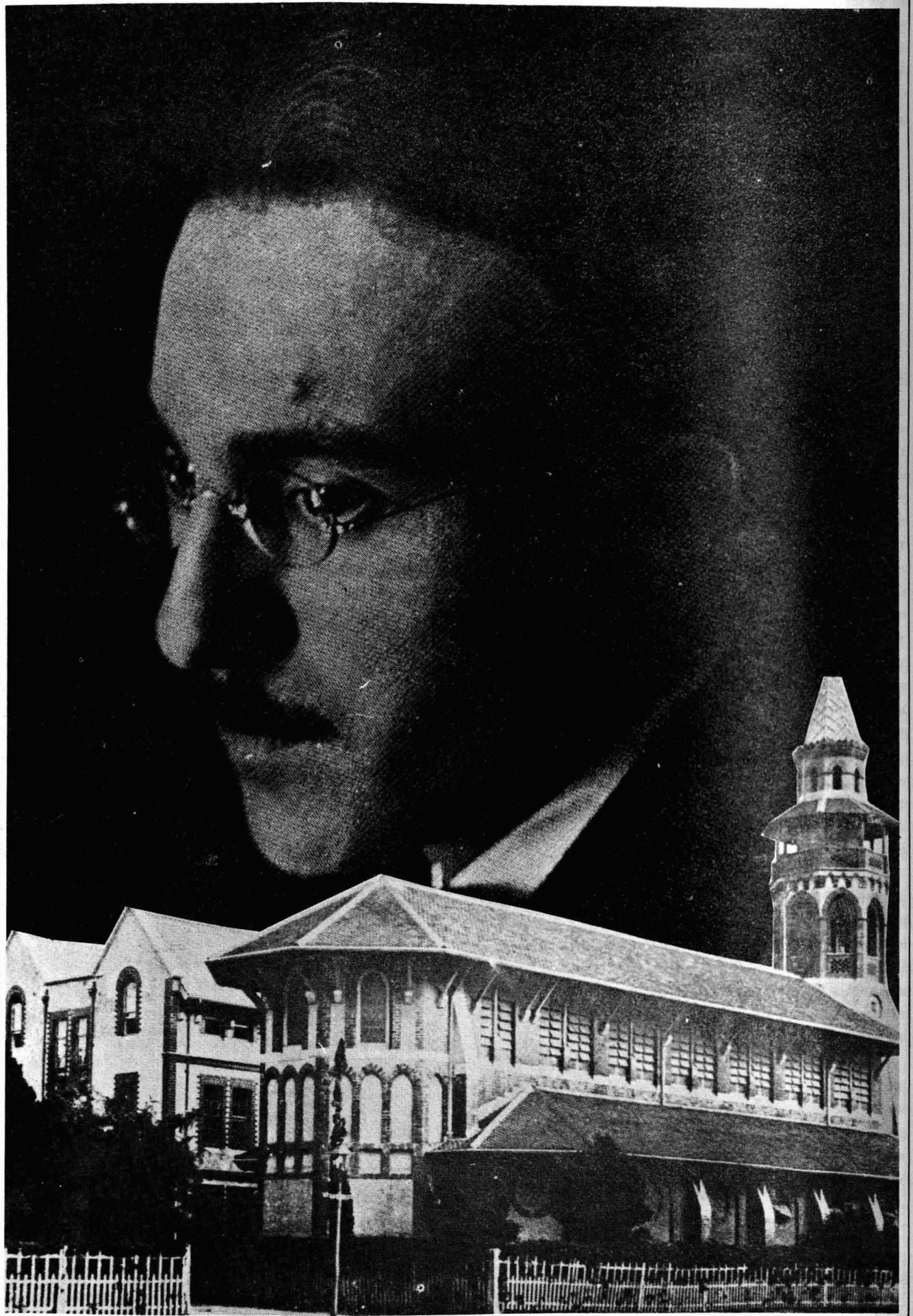
Sólo el tener flores a la vista
En las avenidas largas de los jardines exactos
Basta para que podamos
Hallar la vida leve

¹² Nota del T. La traducción del fragmento es la siguiente:

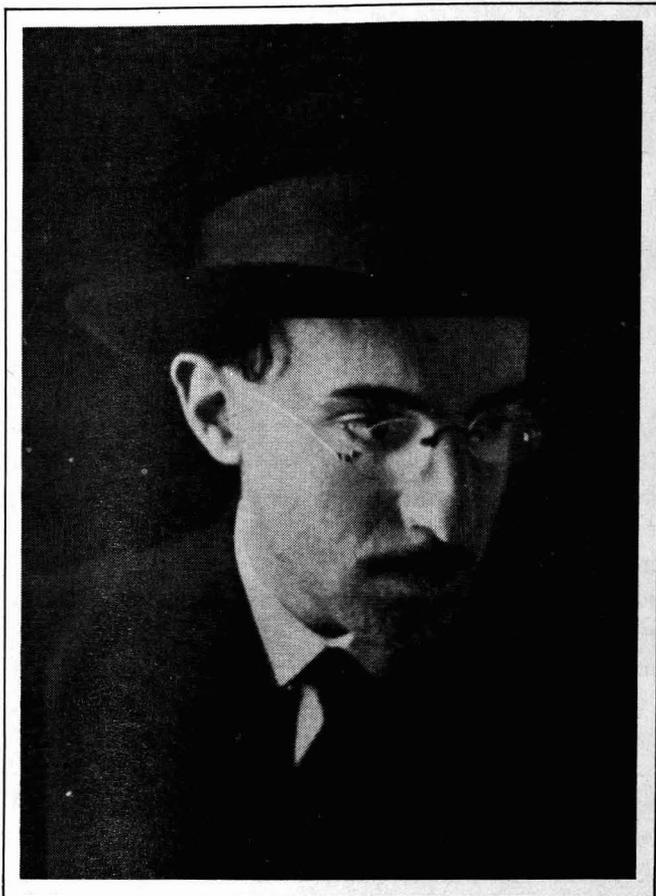
Y vivamos así
Buscando el mínimo de dolor o goce,
Bebiendo a tragos los instantes frescos
Translúcidos como agua [...]
De la vida pálida llevando apenas
Las rosas breves, las sonrisas vagas

¹³ Nota del T. La traducción es la siguiente:

Indiferente a mí y yo a ella,
La naturaleza de este día tranquilo
Hurta poco a mi sentir
De evaporarse el tiempo



Fernando Pessoa



Fernando Pessoa en la época de *Orpheu*

mente trágica que remite al estoicismo, Reis valora el *ahora*; lo identifica con el Presente. Sin embargo, lo estructura lejos del universo circundante, protegiéndolo en el Canon. Éste, por así decir, es el verdadero principio “natural” de su obra. Con esto entendemos que, de todos los heterónimos, Reis es, sin duda, el que presenta una naturaleza más literaria.

Caeiro, al contrario, no identifica el *ahora* con el presente y sí con la plena percepción de las cosas más allá de una dimensión temporal cualquiera lo que, como vimos, no importa a Reis. Estamos frente a un poeta típicamente “sensacionista”,¹⁴ quintaesencialmente volcado al exterior, a la recepción completa de la pluralidad de la vida.

Si Reis es abstractizante e intelectual, Caeiro repudia cualquier forma de intelectualismo. Su concreción estructural lleva, mientras tanto, a un tipo de abstracción *por saciedad* que no se origina en la mente (Reis) y sí en el cuerpo (“creo más en mi cuerpo que en mi Alma”).¹⁵ Reis comprende las cosas *por fuera*, Caeiro quiere (sin asumirlo) comprenderlas *por dentro*. Aquí, revela una naturaleza próxima al Zen japonés. La apariencia se transmuta en esencia, independientemente de la voluntad del poeta (“somos exterior esencialmente”).¹⁶ Caeiro es todo *satori*: él “salta” para adentro de las cosas, se funde con ellas, se identifica desidentificándose; *es* siendo el otro a su alrededor.

¹⁴ Nota del T. El autor se refiere al Movimiento Sensacionista surgido de las ideas del “maestro” Alberto Caeiro y desarrollado por su “seguidor” Alvaro de Campos.

¹⁵ *In.* OP, 293.

¹⁶ *Idem.*

El salto de Caeiro es algo tan anímico como visual: pasa por la visión, por los ojos que se creen limpios de patrones y usos previos y pueden ver, por lo tanto, lo que *es*, en su “espantosa realidad”¹⁷ o, en otras palabras, en su naturalidad ontológica. Mirar es más que ver: es ser y ser es fruir. La mirada de Caeiro es ahistórica, viene de un *timing* sin *tempo* –sin otra referencia fuera del acto mismo. En este “gesto visual” vemos dibujar tanto el Zen como la sombra de la filosofía presocrática.

En Caeiro hay un flagrante ataque a la idea del Tiempo en provecho de la del Espacio. El pensamiento se confunde con el Tiempo, con la elaboración racional del mundo. Los seres viven en un fluir constante que la desnudez interior del poeta va a captar en estado natural:

Não basta abrir a janela
para ver os campos e o rio.
Não é bastante não ser cego
para ver as árvores e as flores.
É preciso não ter filosofia nenhuma.
Com filosofia não há árvores: há idéias apenas.¹⁸

OP, 261.

La Naturaleza del “Guardador de Rebaños” es –como el nombre lo indica por sus ecos árcades o mirandinos,¹⁹ que nos remiten a Sannazzaro y a Longo– el *locus amenus*. En verdad, Caeiro puede ser visto como el autor de una extensa égloga “moderna”, que se concretiza en el “Pastor Amoroso”, cuando se manifiesta un discurso más propiamente centrado en el corazón. Sin embargo, la Naturaleza en Reis es la que corresponde más claramente a la del género clásico, principalmente apreciado por los lectores de Virgilio en el siglo XVIII. En Caeiro, la Naturaleza es más “franciscana”, más próxima a la de los “fratricelli” medievales que, con el “Poverello”, podían llamar al Sol y a la Luna “hermanos”.

Aun así, Caeiro “era el paganismo”.²⁰ Dice que “el místico ve significado en todas las cosas”,²¹ siendo inmanentista, se niega a adjetivar el Mundo, prefiriendo a los matices la exposición intransitiva al exterior, como ya fue mencionado. La Naturaleza jamás sería su “hermana” o su “madre” o “divina”, tanto porque la poética de Caeiro funciona en un límite

¹⁷ OP, 272.

¹⁸ Nota del T. La traducción es la siguiente:

No basta abrir la ventana
para ver los campos y el río.
No es suficiente no ser ciego
para ver los árboles y las flores.
Es preciso no tener ninguna filosofía.
Con filosofía no hay árboles: hay ideas apenas.

¹⁹ Me refiero a la negativa de Sá de Miranda (?1481?-?1558?), introductor de la moda italianizante en Portugal, a permanecer en la corte lisboeta y a su canto de las excelencias de la vida aldeana o campesina, trazos que lo aproximan a Caeiro.

²⁰ *Vide:* “Posfácio; Notas para a Recordação do meu Mestre Caeiro; por Alvaro de Campos; OP pp. 248 y ss.

²¹ *In.* “Poemas Completos de Alberto Caeiro”, poema 270 (Aguilar) de 12/4/1919; *id.*, *idem* (cit.); p. 233.

de exclusión del ejercicio metafórico y simbólico, como por-
que –aunque él se afirme como el “Descubridor de la Natura-
leza”²²– la misma idea de un todo que congregue elementos
diferentes le repugna:

Num dia excessivamente nitido,
[...] Entrevi [...]
o que talvez seja o Grande Segrêdo.
[...] Vi que não há Natureza,
Que Natureza não existe,
Que há árvores, flores, ervas,
Que há rios e pedras,
Mas que não há um todo a que isto pertença
Que um conjunto real e verdadeiro
É uma doença de nossas idéias.²³

OP, 252.

Aquí vemos la inversión –o, por lo menos, la problematiza-
ción– del subsidio heracliteano en Caeiro “Corre o rio e entra
no mar e a sua água é sempre a que foi sua”²⁴ que lleva a una
atomización del todo en las partes constitutivas, al mismo
tiempo que a una intuición de la unidad del todo en las partes
“trago ao Universo ele-próprio”.²⁵

Se ha de enfatizar que el de Caeiro es un ambiente rural,
que tiende al equilibrio perfecto entre la mano del hombre y
la voluntad natural, en un intercambio *homeostático*. A partir
de esto, Caeiro exuda estática, la *stasis*: la entrega a su espacio
puro, para-temporal.

En relación a Alvaro de Campos, los datos son contrarios:
su *timing* es el urbano *moderno*; su horizonte es el de la velo-
cidad en aceleración. Para Campos, lo que vale es el *dynamos*.
Así, Campos exaltará la interacción de las cosas, querrá vol-
verse Tiempo puro y sublimar el Espacio.

Si Caeiro tiende al “cero”, Campos tenderá al “infinito”,
y si aquél, a través de la contemplación silenciosa y jubilosa
percibe la esencia de las cosas, éste, a través de la fisión, que-
rrá anular el trazo físico para habitarlas e, igualmente, perci-

²² *Id.*, poema 251 (Aguilar), XLVI (Caeiro) del 1º/5/1914; *id.*, *idem* (cit.);
p. 225.

²³ Nota del T. La traducción es la siguiente:

En un día excesivamente nítido,
[...] Entrevi [...]
lo que tal vez sea el Gran Secreto.
[...] Vi que no hay Naturaleza,
Que Naturaleza no existe,
Que hay árboles, flores, hierbas,
Que hay ríos y pedras,
Pero que no hay un todo a que esto pertenezca,
Que un conjunto real y verdadero
Es una enfermedad de nuestras ideas.

²⁴ OP, 251. Nota del T. La traducción es la siguiente:

corre el río y entra en el Mar y su agua es siempre la que
fue suya

²⁵ OP, 253. Nota del T. La traducción es la siguiente:

traigo al Universo él mismo

birlas. Se diría que ellos (Caeiro y Campos) pertenecen a dos
universos representativos –el pitagórico-euclidiano y el einste-
niano– y que, a través de movimientos opuestos, tienden a
capturar las mismas existencias, hechas esencias, usando ins-
trumentos diferentes.

Rasgar-me todo, abrir-me completamente, tornar-me
pascento
A todos os perfumes de óleos e calores e carvões
Desta flora estupenda, negra, artificial e insaciável²⁶
 (“Ode Triunfal”)
OP, 440.

La flora de Campos es la industrial-manufacturada. O sea, su
Naturaleza no tiene nada que ver con la original y se vuel-
ve totalmente histórica. Hay una tendencia en el poeta a can-
tar la vida industrial a partir de una compulsión neurótica, de
una aceptación ciega y totalmente acrítica del hecho histórico
en cuestión, o sea, la máquina. Esto concuerda completamente
con el ideario futurista, proclamado por el poeta en *Ultimátum*
y que se refleja en las *Odas* de la primera fase de Alvaro de
Campos. Asimismo, tal compulsión se reviste de un elemen-
to homosexual-pasivo y masoquista en casi todos los mo-
mentos: “Eu podia morrer triturado por un motor/Com o
sentimento de deliciosa entrega de uma mulher possuida.”²⁷

Por un lado, Campos quiere un mundo sin lo Natural:

Não quero intervalos no mundo!
Quero a contigüidade penetrada e material dos
objetos!²⁸

OP, 443.

(“Saudação a Walt Whitman”)

Hasta tal punto va su culto fetichista de la civilización meca-
nizada y acelerativa. “Um orçamento é tão natural como uma
árvore/E um parlamento tão belo como uma borboleta”.²⁹

La intuición de la unión entre el Universo y el Individuo,

²⁶ Nota del T. La traducción es la siguiente:

Rasgarme todo, abrireme completamente, volverme pasto
De todos los perfumes de aceites y calores y carbones
De esta flora estupenda, negra, artificial e
insaciable.

²⁷ *Idem*. Nota del T. La traducción es la siguiente:

Yo podría morir triturado por un motor
con el sentimiento de deliciosa entrega de una
[mujer poseída]

²⁸ Nota del T. La traducción es la siguiente:

¡No quiero intervalos en el mundo!
¡Quiero la contigüidad penetrada y material de los
objetos!

²⁹ OP, 440 (“Ode Triunfal”, *cit.*) Nota del T.: La traducción es la siguiente:

Un presupuesto es tan natural para mí como un árbol
y un parlamento tan bello como una mariposa.



que atraviesa la obra de Caeiro, se vuelve un mandamiento de coloración histórica, donde tal intuición, antes de significar una experiencia interior iluminadora, se vincula a una terminología quizá técnicamente adecuada (por lo menos, adecuada a un “Ingeniero” poeta),³⁰ que no esconde, no obstante, un profundo trazo suicida y aniquilador:

Dispersa-te, sistema fisico-quimico
[...] pela névoa atómica das coisas,
pelas paredes turbilhonantes
do vácuo dinâmico do mundo.³¹

OP, 450.
 (“Lisbon Revisited”)

Coronando todo este proceso en que la celebración de Caeiro (vista como polo erótico) se convierte en aniquilación del Yo (Tánatos) en Campos, está el elemento natural de la Noche:

³⁰ Nota del T. Alvaro de Campos, según la carta de Fernando Pessoa a Casais Monteiro, nació en Tavira el 15 de octubre de 1890 y estudió ingeniería mecánica y naval en Glasgow.

³¹ Nota del T. La traducción es la siguiente:

Dispérsate, sistema fisicoquímico
[...] por la niebla atómica de las cosas,
por las paredes tumultuosas
del vacío dinámico del mundo.

Vem, ó Noite, e apaga-me, vem e afoga-me em ti.³²
OP, 445.
 (“Passagem das Horas”)

Es como si el Planeta Tierra se hubiese vuelto pequeño para el deseo de expansión irreprímible de Alvaro de Campos.

Por otro lado, Campos es el poeta del fracaso absoluto del vivir, del expandirse. Su proyecto es inherentemente frustrante. El poeta mantiene desde el inicio de su obra un margen seguro de ambigüedad ideológica en relación a la elección de sus fuentes poéticas. Veamos esta utilización de una imagen perteneciente a la civilización anterior a la de la máquina –la mejor conocida por Campos, muy a su pesar:

na nora do quintal de minha casa
o burro anda à roda, anda à roda,
e o mistério do mundo é do tamanho disto.³³
OP, 440.

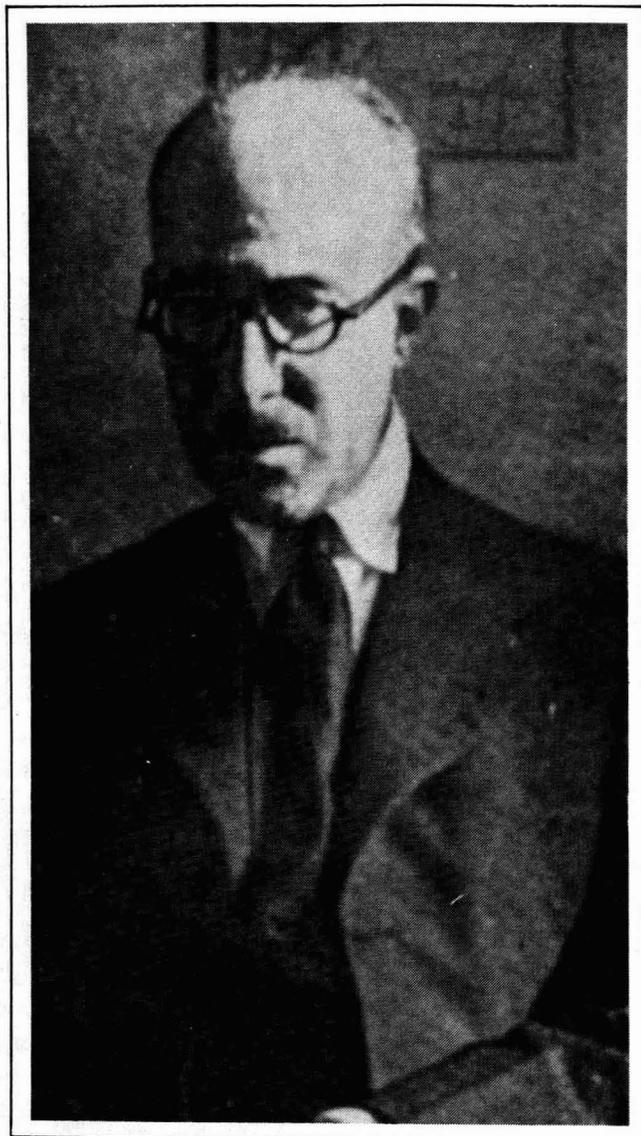
(“Ode Triunfal”)

³² Nota del T. La traducción es la siguiente:

Ven, oh Noche, y bórrame, ven y ahógame en ti

³³ Nota del T. La traducción es la siguiente:

en la noria del cercado de mi casa
el burro da vueltas, da vueltas,
y el misterio del mundo es del tamaño de esto.



Último retrato de Fernando Pessoa (1935)

Es recurriendo a otra imagen preindustrial (coincidentalmente compuesta con otro animal de tracción), como el poeta finalmente confesará su incapacidad para lidiar con la Nueva Era:

Volta amanhã, realidade!
 [...] Adia-te, presente absoluto!
 Mais vale não ser que ser assim!
 Mas também, toda a vida, tenho ficado sentado [...] A rumi-
 ar como un boi que não chegou a Apis,
 destino.³⁴

OP, 478.

El desencanto con el contenido de sus primeros poemas se hace patente con el paso de los años:

³⁴ Nota del T. La traducción es la siguiente:

¡Vuelve mañana, realidad!
 [...] ¡Adelántate, presente absoluto!
 ¡Más vale no ser que ser así!
 Pero también, toda la vida, me he quedado sentado [...] A rumi-
 ar como un buey que no llegó a Apis, destino.

Sim, sou eu mesmo, tal qual resultei de tudo,
 Espécie de acessório ou sobressalente próprio,
 [...] E, ao mesmo tempo, a impressão um pouco
 [inconsequente,
 Como de um sonho formado de realidades mistas,
 Para ser encontrado pelo acaso de quem se lhe ir
 [sentar en cima³⁵
 OP, 481.

Hay una enseñanza triste que parece aflorar del proceso vivido por Alvaro de Campos: lo natural –la Naturaleza *tout-court*– pertenece a una civilización que debería desaparecer, pero cuya permanencia implica la eliminación personal de la ideología pseudofuturista del poeta.

Como sabemos, Caeiro fue “Maestro” de Campos.³⁶ Existe una queja velada de éste en relación a aquél cuando dice: “Por que é que me chamaste para o alto dos montes/Se eu, criançada das cidades dos vales, não sabia respirar?”³⁷ pues Caeiro es involuntariamente responsable de la “perdición” de Campos, al revelar un mundo que éste no puede absorber –pero cuyos trazos residuales en su obra corresponden a los valores negativos del patrón “moderno”, según su interpretación. Si Caeiro está en la raíz del surgimiento de la voz poética de Campos, también se encuentra en el punto focal de su experiencia neurótica y contradictoria.

Vimos así tres relaciones con la Naturaleza bastante distintas en cada uno de los heterónimos aquí analizados. Para Ricardo Reis, la naturaleza existe pero no importa; lo que sí importa es el artificio del Arte que toma provecho de ella como una abstracción, sin incluirla en su discurso. Para Alberto Caeiro, la Naturaleza no existe, por ser igual a todo lo que lo cerca individualmente, inclusive a él mismo. Ricardo Reis escribió: “Wordsworth había opuesto el hombre natural al artificial; ‘hombre natural’ es para Caeiro tan artificial como cualquier cosa, excepto la Naturaleza”.³⁸ Para Campos, la naturaleza “artificial” es el valor supremo, valor éste que no ve realizarse ni a nivel individual ni en el social inmediato. La otra Naturaleza se inmiscuirá subrepticamente en el sueño del poeta, proporcionándole “espacio” para su “tiempo” imaginado. ◊

³⁵ Nota del T. La traducción es la siguiente:

Sí, soy yo mismo, tal cual resulté de todo,
 Especie de accesorio o sobrante propio,
 [...] Y, al mismo tiempo, la impresión un poco
 [inconsecuente,
 Como de un sueño formado de realidades mezcladas,
 Para ser encontrado casualmente por quien se le
 [vaya a sentar encima

³⁶ Nota del T. Alvaro de Campos conoció a Alberto Caeiro por medio de un primo suyo con quien fue de excursión al Ribatejo después de regresar de su viaje al Oriente.

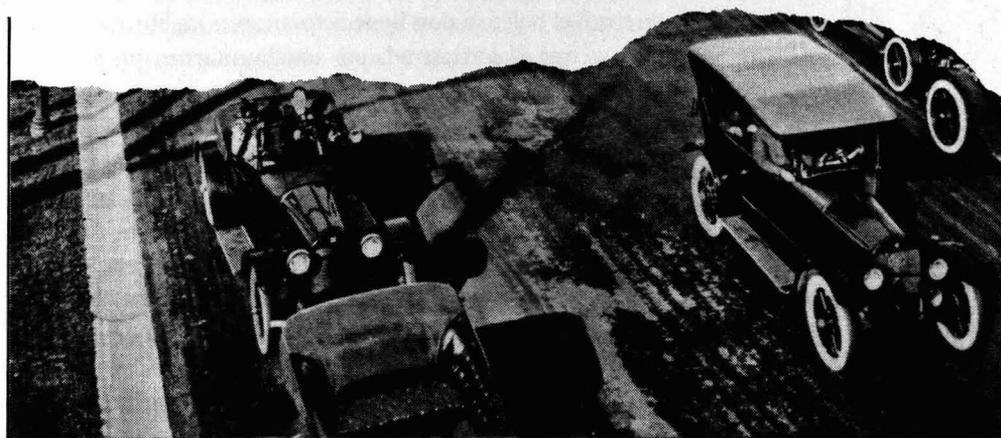
³⁷ OP, 461. Nota del T. La traducción es la siguiente:

¡Por qué me llamaste para lo alto de los montes
 Si yo, niño de las ciudades del valle, no sabía respirar?

³⁸ OEP cit.: “Características individuais dos heterónimos; Alberto Caeiro visto por Ricardo Reis (Caeiro e Whitman)”; p. 133.

Sergio Ramírez Mercado

La suerte es como el viento



A Dora María Téllez

La *raspadita* fue como una tromba que entró en Ciudad Darío desordenando los vientos en las calles. Casi sentías que te levantaba la falda, te revolvía el pelo, soplaba en su tumulto y se te alborotaban en el alma unas ganas locas de comprarla empujándote a raspar y ganar mientras te cosquilleaba en el oído la cancioncita *raspe y gane, raspe y gane*, la suerte instantánea, raspe ya y no espere para mañana, si un símbolo aparece tres veces usted gana ese ansiado premio, un automóvil *Daewoo Racer* último modelo que te enseñaban a cada rato en la televisión, giraba frente a tus ojos y un coro cantaba un canto celestial, cuatro puertas, tocacintas estereofónico y radio FM, aire acondicionado, asientos reclinables y vidrios ahumados para que no te vieran si no querías que nadie te viera, un sueño inventado sólo para usted, una delicia suprema las manos en el timón.

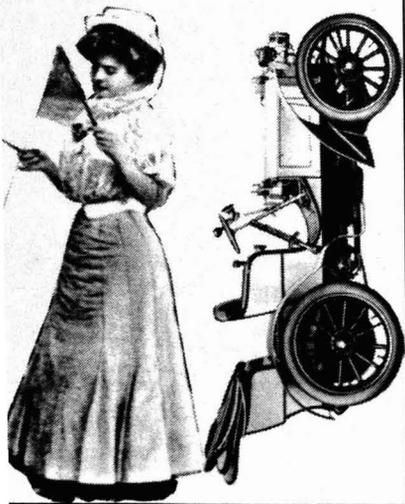
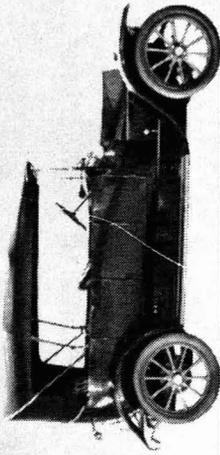
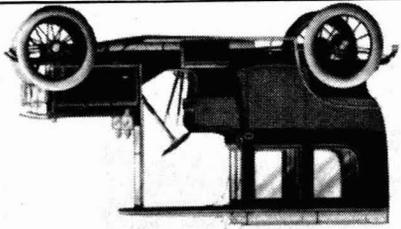
¿Quién en este mundo iba a pensar que el premio viniera a caer en Ciudad Darío, donde nunca cae nada, ni siquiera la lluvia? ¿Y que le tocara a las dos hermanas, que ni sabían manejar? Un carro de película, así como ése, jamás había entrado en Ciudad Darío.

Nosotras, que por miedo a las monjas nunca habíamos raspado, al fin nos decidimos a probar. Regresábamos las tres del colegio un martes de febrero y tras mucho discutir y dudar, empujándonos entre risas nerviosas, entramos en la pulpería de don Benedicto. Las monjas, a cada rato nos advertían que tentar la suerte era un pecado contra la virtud.

—Que se arrenchen las monjas, pero yo no me aguanto más —dijo la Mirta, que entró de primera.

Don Benedicto había sido toda su vida agente de la lotería nacional común y corriente, a la que nunca le hicimos caso, pero *la raspadita* era una cosa distinta, algo nuevo que soplaba y soplaba por el pueblo, el viento díscolo de la tentación, no había quien no raspara, las aceras llenas de boletos raspados, una mortandad de ilusiones pisoteadas ya inservibles porque el premio siempre caía lejos y en Ciudad Darío se negaba a salir.

Ya dentro de la pulpería nos tomamos una Pepsi para sosearnos y nos quedamos dando vueltas cerca de la vitrina donde don Benedicto guardaba enllavados los boletos, dudando en atrevernos, por qué iba a ser prohibido, por qué iba a ser pecado, si era algo tan natural.



Se los dije, no compren el boleto entre las dos, ¿qué pasa si se ganan el carro? Allí van a ver la trifulca que van a armar, las conozco, ustedes no son hermanables; y ellas vienen y me dicen que no, que si compraban el boleto mitad y mitad era precisamente por ser hermanas, iban a manejar el carro un ratito cada una, riéndose porque no creían que fueran a ganarse nada, apenas era cosa de empezar a probar. ¿No había acaso tantos boletos muertos en las aceras?

Jamás pensaron que al raspar, iban a aparecer las tres figuritas del milagro, los tres carritos rojos de la ilusión. Compramos dos boletos, uno entre ellas dos, otro para mí. Ellas rasparon, fue Mirta la que raspó, ganaron, y después se envenenaron.

Nos quedamos admirando las figuras, como embrujadas, como que no era cierto, cada una disputándose el turno para examinarlas, y todavía la Ernestina le preguntó a don Benedicto si era verdad aquello, alcanzándole el boleto, la mano en un solo temblor.

Don Benedicto contó con el dedo los tres carritos. Los contó dos veces.

—Es verdad —nos dijo, sin salir de su asombro—. ¡Vean qué cosa! Tantos que han raspado, y nada; y ustedes, a la primera de bastos, se sacan el carro.

La Mirta le arrebató el boleto a don Benedicto, tiraron los libros en media calle, y corrieron, de vuelta a su casa, yo tras ellas arrastrada por aquel ventarrón que ahora era de alegría, la mamá, doña Ermelinda, ocupada en sus oficios en la cocina, costó que les entendiera lo que le anunciaban entre brincos y gritos y llantos. Ella las regañó, pidiéndoles sosiego, se secó las manos en el delantal, solicitó que le prestaran el boleto para revisarlo, la Mirta se lo dio; buscó en la gaveta de la máquina de coser sus anteojos, salió a la calle para comprobar a la luz del sol si era cierto, preguntando cómo era la cosa, ¿los tres carritos rojos valían, era suficiente? Y ellas que sí, brincando, y yo que sí, envidiosa, con sólo escoger ese boleto de primera la agraciada hubiera sido yo, pero me entretuve buscando el billete de cinco córdobas entre las páginas del libro, y el billete bendito tanto que tardó en aparecer.

Al principio fue la discusión del viaje a Managua, ir a buscar a Alberto para pedirle que las llevara en su jeep a cobrar el premio, que yo me fuera también con ellas. La mamá las sofrenaba, que se esperaran, no iban a coger solas el camino y con un hombre, ella tenía que acompañarlas, que aguardaran hasta el día siguiente, ¿dónde iban a dormir en Managua? ¿acaso conocían Managua? Jamás habían estado en Managua, ¿cuánto tiempo iban a tardar en los trámites hasta que les entregaran el carro? Ella no tenía confianza en ese Alberto. ¿Y si Alberto se les emborrachaba? Por borracho, mujeriego y aventurero es que lo conocía ella.

No hubo caso, ellas querían irse ya, pero la mamá diciéndoles que nada, había que esperar, nada de Alberto, buscar un chofer serio, ellas no sabían manejar, ¿quién se iba a traer manejando el carro? Alberto, volvían las dos. Y la señora, que ni le mentaran al tal Alberto, bonito estaría coger el camino con un hombre irresponsable que a su edad ya debería estar casado y de puro casquivano que era mantenía queridas hasta en Sébaco, las queridas y las cantinas eran su diversión.

Dale de argumentar y discutir y la casa ya llena de gente, el gentío venía a saber cómo era eso del carro, felicitando a doña Ermelinda que ordenaba y disponía como si el carro fuera su propiedad, enseñándole el boleto a todo el mundo, sin aflojarlo, señalando con el dedo tiznado los tres carritos rojos.

A ninguna de las dos les gustó que doña Ermelinda se empezara a hacer la gata brava con el boleto, se lo leí en las caras. Tampoco les caía en gracia que siguiera despotricando contra Alberto, poniéndolo a cada rato por los suelos, lampaceando el piso con él, se había robado unas vacas de un potrero ajeno, el banco lo perseguía por estafa, un marido engañado lo quería matar.

Fue la Ernestina la que dio comienzo al descalabro. Aprovechó un momento de descuido de la mamá y le arrancó el boleto de las manos en presencia de la multitud de curiosos, que ella iba a guardarlo; pero la Mirta, que ya andaba al acecho de las intenciones de la hermana, se le abalanzó encima, de ninguna manera, a ella le tocaba tenerlo porque era ella la que había raspado, y se dieron delante de toda la concurrencia la primera moqueteada; la Ernestina es la menor de las dos, pero la más fuerte y la más gorda, se defendió como un tigre y a la brava se quedó con el boleto mientras la Mirta lloraba, la mamá consolándola, que no importaba, si al fin y al cabo el carro les pertenecía mitad y mitad.

Pero la Mirta no se conformó, era la más débil pero la más altanera, de ninguna manera el carro iba a ser de las dos, nada de mitad y mitad, era sólo de ella y nada más de ella, que la Ernestina le devolviera ya mismo el boleto.

—Ah, ¿con que así es la cosa? —dijo entonces la Ernestina—. Pues ahora el carro es sólo mío. Y si querés más trifulca, trifulca vas a tener.

Entonces, sucedió lo que yo estaba temiendo. La Mirta, sin dejar de llorar, amenazó a la Ernestina que si no le entregaba inmediatamente el boleto iba contarle a la mamá algo tremendo. Se puso en medio de la salita de la casa y apretó los puños, temblando de rabia:

—Voy a decir ahorita mismo lo que vos ya sabés, aquello muy feo que hiciste con aquél —le dijo a la Ernestina.

—Qué —contestó la otra, fingiéndose la valiente, pero con la voz ya apagada por el miedo—. ¿Qué es lo que yo ya sé? Vos no sabés nada.

—Lo que vos bien sabés, no te me hagás la mosquita muerta. Voy a contar hasta cinco...

Y la Ernestina, como una mansa palomita, fue y le entregó el boleto.

—Bueno —le dijo—, pero quedamos en que el carro es de la dos.

—Si acaso te invito algún día a montarte para que des una vueltecita hasta la carretera, sentite bien pagada —le respondió la Mirta, metiéndose el boleto lo más hondo que pudo en el brassier.

Doña Ermelinda miró a los presentes con sonrisa forzada, como pidiéndoles excusas por todas aquellas groserías, mientras la Ernestina, derrotada, se apartaba a llorar en un rincón de la salita, sentada a plan en el suelo.

La Mirta me llamó entonces y me propuso que buscáramos a Alberto para irnos de inmediato a Managua.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo —me dijo—. Si nos apuramos, antes de la noche estamos de vuelta con el carro.

Pero mientras la oía, yo no le quitaba el ojo de encima a doña Ermelinda; aquella su sonrisa pública repartida a los presentes, por dentro lo que avisaba era tempestad. No se iba a tragar, así nomás, las insinuaciones que la Mirta había lanzado sobre su hermana.

Ni que hubiera sido yo adivina. Sin importarle que la casa rebosaba de gente, doña Ermelinda, agenciada ya de una tajona que descolgó de un clavo en la pared, se fue acercando, muy calladita, midiendo sus pasos, al rincón donde la Ernestina se había sentado a llorar en el suelo.

Se enrolló el cabo de la tajona en el puño, y empezó a interrogarla, en sus cuentas, en secreto; pero el murmullo de su voz era tan sonoro y el silencio que se hizo tan profundo, que nadie se perdió palabra.

—¿Qué es lo que no querés confesar? ¿Qué es eso que hiciste que yo no sé? —le decía, alzando la tajona—. ¡A mí que soy tu madre, no me vas a andar con engaños ni carambadas! ¿Quién es ése con el que hiciste lo que hiciste?

—La va a tajonear por tu culpa —le dije yo a la Mirta, muy asustada.

—¿Y qué? —se encogió ella de hombros—. Que pague su mal gobierno. Dichosa debería sentirse que no la han panzoneado.

Silbó el primer tajonazo, y a mí se me erizó la espalda. Pero, la Ernestina, en lugar de responder a las preguntas que seguían lloviéndole junto con los chilillazos, más bien pareció sacar fuerzas del castigo. Se vino desde el rincón, otra vez enfurecida, perseguida por la mamá, y se le encaró a la Mirta, sin preocuparse en lo más mínimo de los tajonazos que no cesaban de cruzarle el lomo.

—Dame ese boleto ahora mismo —le exigió.

Las greñas del pelo se le habían pegado sobre la cara bañada en lágrimas. Daba miedo su aspecto.

La Mirta la miró con desprecio.

—Ni lo soñés —le respondió. Y sin retroceder, le lanzó en la cara una risotada de loca.

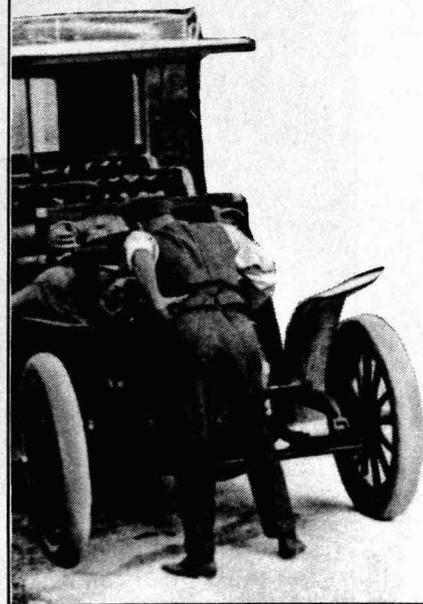
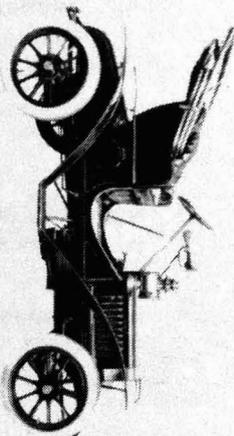
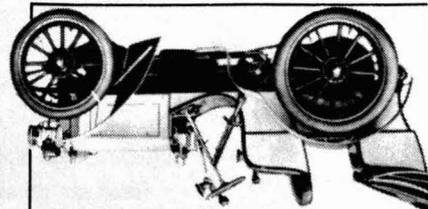
—¡Que me lo des, te digo! —gritó la Ernestina y se le fue encima.

La Mirta se le zafó, y corrió hasta la mediacalle, sus carcajadas cada vez más audaces. La gente que llenaba la casa se desbordó por la puerta, a encontronazos, para buscar sitio en la acera. En todas las puertas del vecindario aparecieron racimos de cabezas.

—¡Mamá! —llamó la Mirta desde la calle, burlona—. ¡Te voy a decir lo que vos querés saber! ¡Te voy a decir con quién vive la Ernestina!

La señora, afligida, con razón, porque el bochinche iba a ser ahora en plena calle, se olvidó de la Ernestina; y esforzándose por apartar a los curiosos que no la dejaban pasar, se salió, con la intención de obligar a la Mirta a meterse. Ya estaba en la acera, con la tajona en la mano, dispuesta a bajarse, pero de pronto se detuvo, encabritada contra los mirones.

—¡Se me van todos de aquí! ¡Nadie tiene por qué estar oyendo lo que no debe! —le gritó furiosa



al gentío de la acera, amenazando con la tajona-. ¿Y ustedes? -les gritó, todavía más alto, a los vecinos-. ¿Acaso les debo algo? ¡Métanse a sus casas!

La concurrencia se desbandó, amuinada. Los vecinos cerraron sus puertas como ante el aviso de que anda suelto un perro con rabia. Sólo yo quedaba, la única extraña, y decidí que era hora de irme también.

La Ernestina corrió a alcanzarme.

-No, no te vayás -me dijo, sujetándome por la manga de la blusa-. Tenés que acompañarme a Managua. En cuanto me devuelva el boleto esta loca, nos vamos a buscar a Alberto. Él nos lleva.

-¡Voy a empezar otra vez a contar hasta cinco...! -gritó la Mirta, otra vez, desde mediacalle. La Ernestina, como si la hubiera picado un alacrán, se bajó a la calle.

-¡Hacé lo que querás, no me importa! -le dijo a la Mirta-. Pero ahora mismo me vas a entregar ese boleto.

Le temblaba la quijada, la cara pálida. Yo sentía que iba a ser capaz de cualquier cosa.

Doña Ermelinda sintió lo mismo que yo, y se asustó.

-Vengan, métanse a su casa -les ordenó, con mucha cautela.

-Yo entro hasta que me dejen en paz. Decile a esta perdida que el boleto es mío, y entro -respondió la Mirta.

-Dame el boleto a mí, yo lo voy a guardar -le suplicó la mamá.

-¿Y a cuenta de qué? -le dijo la Mirta, desafiante y altanera-¿Ya no querés oír de que se trata el secreto? Una vez... -empezó.

La Ernestina siguió avanzando.

-¿No me vas a dar el boleto? -le dijo a la Mirta, casi ahogándose.

-No -se cruzó de brazos la Mirta-. El carro es mío y sólo mío. De nadie más.

-Entonces, quedate con él, pero te vas a arrepentir -estalló en llanto la Ernestina y entró corriendo a la casa, se metió al aposento donde dormían las dos, y trancó la puerta.

La señora corrió tras ella y empezó a golpearle la puerta, exigiéndole que saliera.

La Mirta entró también.

-No le va a sacar nada -me dijo-. Allí dejémosla, ya le va a pasar. Busquemos a Alberto y vámonos para Managua.

-Ese carro es de las dos ustedes -le dije yo.

-Sólo vos sabés -me dijo ella-. Mío y de nadie más.

-No seas así -le dije yo-. Puede pasar una desgracia.

-Qué desgracia va a pasar -me dijo ella-. Si sigue jodiendo, se lo cuento todo a mi mamá. Eso es lo que va a pasar.

La señora, al ver que la Ernestina no le abría la puerta, dio la vuelta por el patio y fue a llamarla por la ventana.

-¡Se tomó todas las pastillas! ¡Se envenenó! -oímos gritar a doña Ermelinda.

La Mirta se quedó clavada en el mismo lugar, y lo que hizo fue palparse el brassier. Yo corrí y llegué cuando la señora se estaba queriendo meter por la ventana, pero no podía, porque era muy enclenque para semejante esfuerzo. La aparté, y fui yo la que se metió.

La Ernestina estaba desvanecida, boca abajo sobre la cama, como un saco de trapo. El vasito de pastillas, vacío, a su lado. Destranqué la puerta, entró la señora, y yo corrí a buscar a la Mirta, que seguía en el mismo lugar.

-Hay que ir a llamar a Alberto, que preste el jeep para llevarla al hospital de Matagalpa -le dije-. Se tomó todo el vaso de pastillas para los nervios.

-No, Alberto me tiene que llevar a mí a Managua -me contestó ella, como si nada estuviera pasando-. A mí no me va a negar ese favor. Yo sé por qué te lo digo.

Hablaba de Alberto con gran soltura y seguridad, como si fuera propiedad particular de ella.

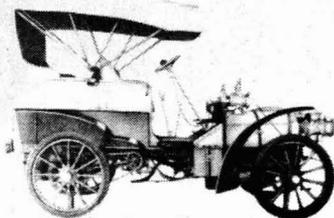
-No seas bárbara -le dije-. Se puede morir tu hermana.

-Es culpa de ella -me dijo-, y volvió a palparse el brassier, como queriendo asegurarse de que el boleto seguía allí.

Yo ya no le hice caso, cogí la calle y me fui a buscar a Alberto. Lo encontré, por dichas, en el momento en que encendía el jeep para irse a su finca.

-¡Alberto! ¡La Ernestina se tomó un vaso de pastillas! ¡Se puede morir! ¡Tenés que llevarla al hospital de Matagalpa! -le grité.

Él me miro, asustado. De lejos se notaba que su viaje a la finca era un pretexto, iba huyendo.



Se quitó la gorra, y se rascó la cabeza.

-¿Se envenenó por lo que yo tuve con ella? -me preguntó.

-No, se envenenó por el carro que se sacaron en *la raspadita* -le contesté yo.

Él siguió vacilando.

-Yo voy con mucho gusto -me dijo-. ¿Pero no ves que la Mirta me denunció con su mamá, que yo vivo con la Ernestina? Ya me lo vinieron a decir. ¿Cómo voy a entrar en esa casa?

-Tu nombre no ha salido para nada -lo urgí yo.

-Bueno -dijo él-; pero en cuanto la Mirta me vea, me denuncia. ¿Y si me obligan a casarme?

-¿Y si te pido que lo hagás por mí? -le dije.

Él me miró, y se volvió a poner la gorra.

-Subite, pues, al jeep -me dijo.

Volvimos a la casa, Alberto atravesó la puerta sin mirar a la Mirta, que seguía parada en el dintel, entró directo al aposento, levantó a la Ernestina de la cama y la cargó en sus brazos para montarla en el jeep. La Mirta lo miraba furiosa. Doña Ermelinda se había desgajado en una silla, a llorar, olvidándose de que tenía la tajona siempre en la mano, enrollada por el cabo.

Cuando Alberto atravesaba la puerta, cargando a la envenenada, la Mirta lo detuvo.

-Alberto -le dijo muy sonriente-. ¿Ya sabés que me saqué el carro en *la raspadita*?

Alberto la miró, confundido.

-Sí, ya sé que se sacaron el carro entre las dos -le dijo, y quiso seguir adelante.

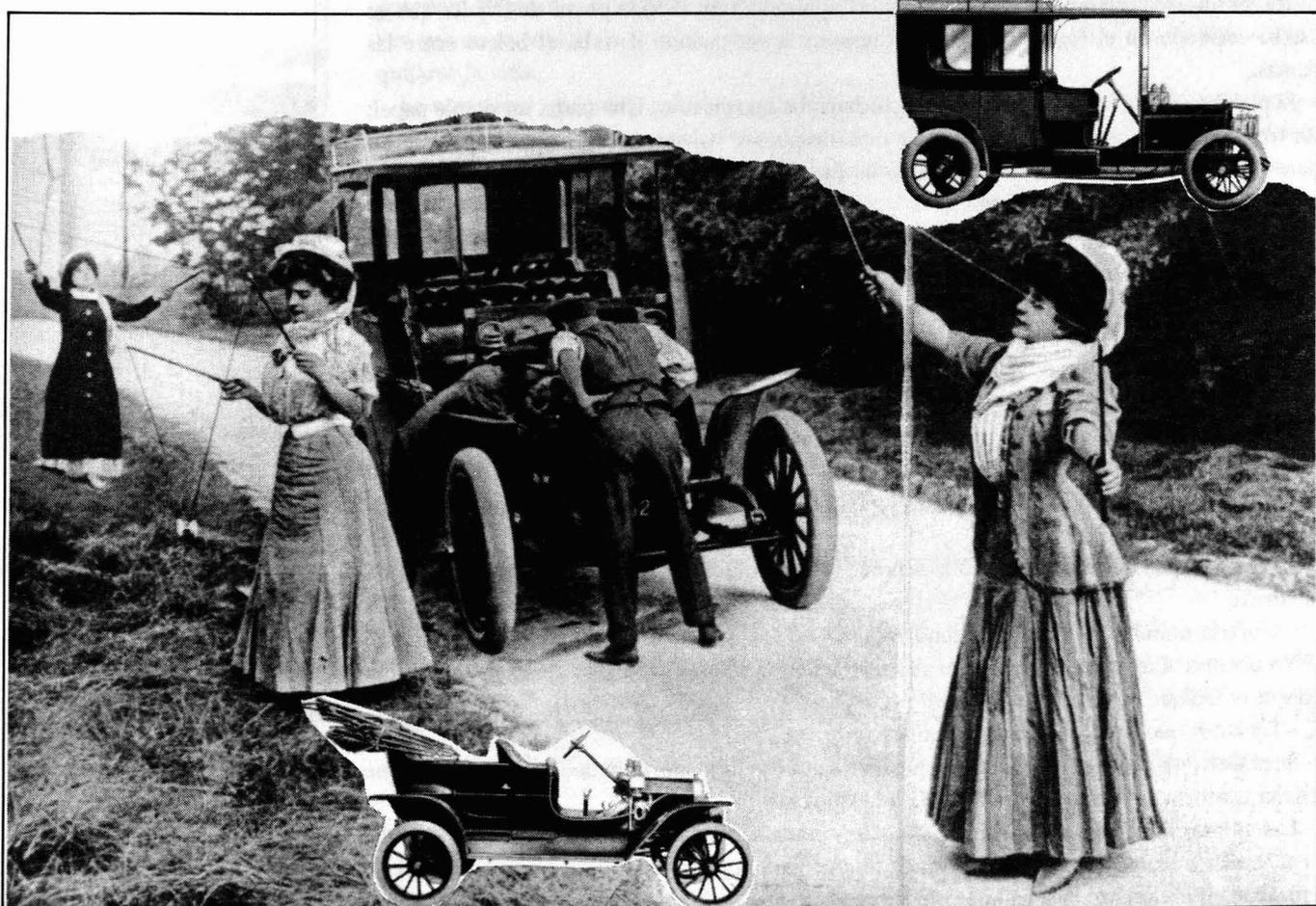
La Mirta se le interpuso.

-Entre las dos, no. Yo me lo saqué sola -respondió ella, empuurrada.

Él se quedó callado, sin atreverse a seguir avanzando, mientras buscaba cómo acomodarse mejor el cuerpo de la Ernestina; su sueño era tan profundo, que roncaba de una manera extraña.

-Bueno, lo que sea -dijo al fin Alberto, ya impaciente-. Dejame pasar, que no hay tiempo que perder.

-Lo que sea no -le respondió la Mirta-. Ya te dije que fui yo la que me saqué el carro. Es un carro nuevito. ¿Me querés llevar a Managua a cobrar el premio, o no?



-Despuécito. Ahora tengo que llevar a tu hermana al hospital -le dijo él, como quien le habla a un niño díscolo.

-Ah, bueno -se encrestó la Mirta-. Te la llevás porque es tu mujer. ¿Acaso no vivís con ella? Llevátela, pues, de una vez.

Alberto, que es tan cabal, porque no es cierto que ande en las cantinas ni tenga queridas, ni haya estafado al banco, se puso rojo de lo furioso que estaba.

-Estás celosa porque nunca te hice caso a vos -le dijo-. Y olvidate de que te voy a llevar a Managua a traer ese carro. Andate a pie, si querés.

Doña Ermelinda, que mientras lloraba estaba oyéndolo todo, se vino hecha una furia, pero no contra Alberto, sino contra la Mirta.

-¿Qué es lo que éstas diciendo? -la enfrentó, revoleando la tajona.

-La verdad -dijo la Mirta-. La Ernestina es la querida de este señor. No es la primera vez que la tiene entre los brazos, como ahora. Otra más de sus queridas, si querés saber.

¡Sos una degenerada! -gritó la señora, y le cruzó la cara con la tajona.

El tajonazo le corto la mejilla a la Mirta, muy cerca del ojo, y le sacó la sangre. Cuando se tocó la cara y se vio la mano ensangrentada, para qué quiso más. Se puso histérica.

-¡La degenerada es ella, y a mí me pegás! -gritó, entre sollozos horribles.

-¡Me vas a entregar ahora mismo ese boleto! -le exigió la señora, levantando otra vez la tajona

La Mirta dejó de sollozar y se rió, con risa como del otro mundo. Se le empezaba inflamar el ojo, la sangre le bajaba hasta la boca. Burlándose de su mamá, se sacó el boleto del brassier, y se lo enseñó.

-Aquí está -le dijo-. Para que lo veás de lejos, porque no se lo estoy entregando a nadie. El carro es mío.

Doña Ermelinda le dejó ir otro tajonazo, que por casualidad le dio en la mano, y el boleto cayó al suelo. Las dos, madre e hija, se abalanzaron a recogerlo, pero doña Ermelinda, sacando energías quién sabe de dónde, llegó primero y lo agarró. Y antes de que la Mirta alcanzara a reaccionar, la señora corrió con el boleto a la cocina.

Alberto, desconcertado, corrió detrás de ella, siempre cargando a la Ernestina, corrió la Mirta, enfurecida, y corrió yo. La señora había apartado a un lado la porra de frijoles que se estaba cociendo en el fogón, y todavía alcanzamos a ver cuando lanzaba el boleto entre las llamas.

El pedacito de cartulina se encogió, se achicharraba sin remedio. Una nada, un simple papel; los tres carritos rojos se pusieron de color café, después se volvieron negros, y desaparecieron para siempre hechos ceniza. Finalmente, doña Ermelinda agarró una astilla de leña y revolvió las brasas, con impulsos de cólera.

La Mirta dejó oír un alarido espantoso, como un animal al que le han atravesado un cuchillo en el galillo. En una repisa de la cocina había una botella de herbecida Malathion, ella lo buscó con la vista en medio de su desvarío, agarró la botella y se la empinó, sin que nadie tuviera tiempo de arrebatársela. Fueron tres grandes tragos los que dio.

Ahora sus alaridos eran de dolor. Se retorció, se doblaba apretándose el estómago, y cayó de rodillas.

El pobre Alberto. Corrió a dejar a la Ernestina en el jeep, y volvió, siempre en carrera, para cargar a la Mirta, que ya estaba echando espuma por la boca.

-Venite conmigo, para que me ayudés -me dijo, mientras pasaba a mi lado con la otra envenenada en sus brazos.

-¡Yo me voy a volver loca! -aulló la señora, y empezó a dar topetazos contra el tabique de la cocina.

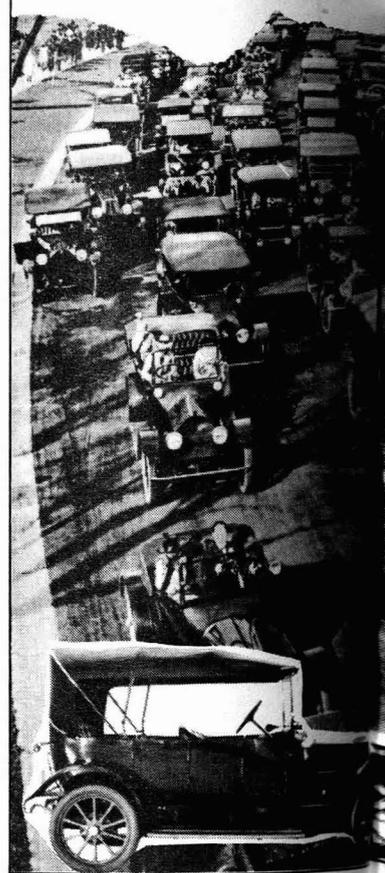
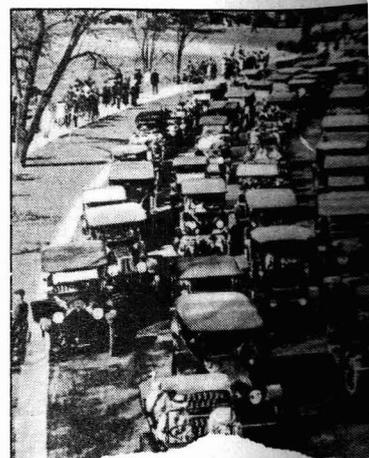
-Traétela también a ella -me ordenó Alberto.

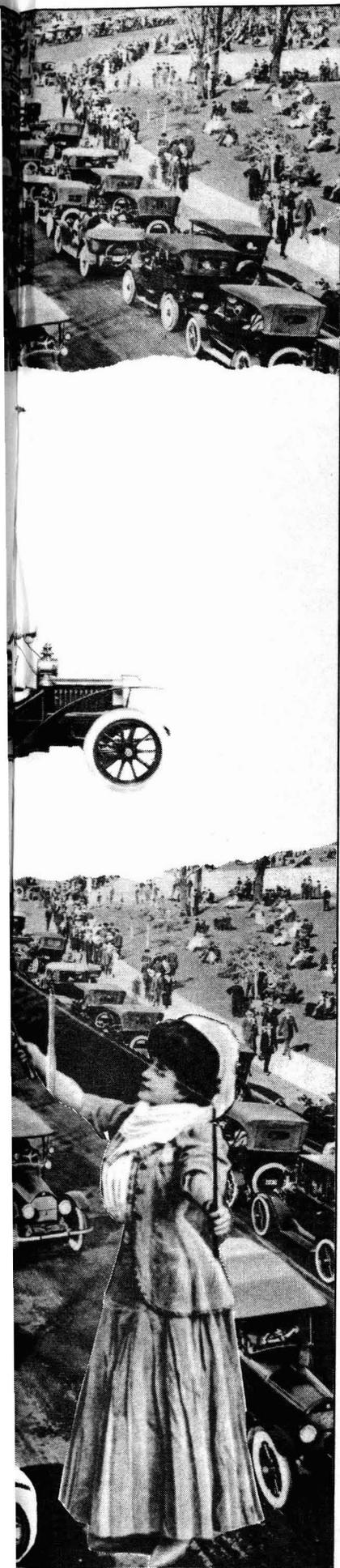
Yo obedecí y me le acerqué. En su desesperación, la señora no cesaba de azotar la cabeza contra el tabique.

-Tenemos que irnos al hospital -le dije.

Se resistía, no porque no quisiera acompañar a sus dos hijas moribundas, no era eso; era que estaba trastornada. Tuve que arrastrarla a la fuerza.

Las puertas de la casa quedaron en pampas, mientras Alberto arrancaba el jeep y agarraba la carretera a Matagalpa a toda velocidad, ahuyentando a las gallinas y los chanchos que se le cruzaban en el camino. Una gallina voló sobre el vehículo y fue a estrellarse contra el parabrisa





sas. Yo iba en el asiento delantero, a su lado. Ya en la carretera, pasado Sébaco, me rozó la mano, y como yo dejé la mano donde estaba, me la acarició.

Les lavaron el estómago en el hospital. Les pusieron suero, las tuvieron en observación, se salvaron. La Ernestina se despertó preguntando por el boleto de *la raspadita*. En la cama de al lado, la Mirta guardaba silencio, emperrada. Es hoy todavía y no se hablan, andan por la casa como si no se conocieran, se van al colegio cada una por su lado.

Las últimas veces que me aparecí por la casa, la mamá me salía a recibir con los ojos enrojecidos de tanto llorar:

—¿Qué hago, qué hago? —me decía—. Esto es un infierno.

Ya no regresé más. Ahora ninguna de las dos hermanas puede verme ni en pintura. Hasta doña Ermelinda me cogió ojeriza y ya ni por la calle puedo pasar, porque se sale a la puerta a lanzarme chifletas desconsideradas. La muy bruta, como si no supiera que de no ser por mí, se le mueren las dos hijas ambiciosas.

Y no es sólo eso. Le cogen el centavo que pueden, y se van a la pulpería de don Benedicto a comprar boletos de *la raspadita*. Han vendido lo que han podido, hasta el televisor, para seguir jugando. Raspan, raspan, y raspan, y nada. Las tres figuritas con los carritos rojos, nunca les han vuelto a salir.

Cuando ocurrió el suceso, *La Prensa* lo sacó en grandes titulares en primera página, el miércoles 12 de febrero de 1992, al lado de una foto de la comandante Dora María Téllez, que daba su opinión, hablando de las ilusiones peligrosas que provocan los juegos de azar en una situación de empobrecimiento y miseria como la que vive el pueblo de Nicaragua, algo así. La noticia del periódico decía:

Dos hermanas, ganadoras de un carro en el sorteo de *la raspadita*, decidieron envenenarse tras una agria disputa por la posesión del premio que finalmente, y pese a que fueron salvadas no pudieron cobrar, porque la madre de ambas lanzó al fogón de la cocina el billete premiado donde se achicharró.

El singular hecho se dio el fin de semana en Ciudad Darío, donde dos hermanas compraron el boleto a medias, poniendo 2.50 cada una, rasparon y ganaron el premio de la lotería instantánea. Desde ese momento se inició el pleito por quién manejaría el carro y quién tomaría posesión del mismo. El caso es que las dos querían conducir el auto. Una de las muchachas, al ver que no se ponían de acuerdo, decidió tomarse una puñada de pastillas tranquilizantes para quitarse la vida.

La otra pensó que podía quedarse con el premio, pero no contó con la furia de la madre, que al ver que la ambición personal de cada una había causado semejante tragedia, tomó el boleto con los tres carritos pintados y lo tiró de una vez por todas al fuego. La otra hermana, al ver que sus ilusiones eran consumidas sin remedio por las llamas, se tomó un potente yerbicida.

Raspe y gane es el lema de la lotería instantánea que ha logrado gran preferencia entre el público ávido de obtener un premio. La modalidad anterior otorgaba un premio mayor de cincuenta mil córdobas, que nunca causó disputas como la relatada, porque el dinero es fácil de dividir. Pero en el caso de *raspe y gane* un carro el asunto se complicó, porque, ¿cómo partir un carro en dos?

La tragedia ha conmovido a toda la población, antes llamada Metapa, después Chocoyos y hoy Ciudad Darío, cuna del más excelso poeta de la lengua castellana.

Una amiga íntima de las dos hermanas fue entrevistada en Ciudad Darío por nuestro enviado especial, y accedió a darnos los detalles que anteceden, aunque se negó a proporcionar el nombre de las hermanas, y el suyo propio.

Sí. La amiga soy yo, y es cierto que no quise dar mi nombre, ni el nombre de las dos desgraciadas, por consejo de Alberto. A nadie más entrevistaron. Todo está correcto, sólo que no fue un fin de semana el suceso trágico, sino que empezó un martes, cuando las tres volvíamos del colegio y entramos a la pulpería de don Benedicto, empujadas por las ganas locas de probar fortuna, unas ganas que eran como un viento arremolinado. El viento fatal de la suerte, porque la suerte es como el viento.

Una noche de éstas soñé que me sacaba *la raspadita*, que me salían tres figuritas, tres caras de Alberto. Alberto tres veces, con la gorra puesta. Se lo conté a él, un domingo que regresábamos del motel en su jeep, y se rió.

—Es cierto. A vos te tocó la verdadera suerte —me dijo, y me acarició la mano. ◇

Federico Patán

Pureza

No hay pureza
en el hoy que voy viviendo
ceremoniosamente:
cada hora su asomo de rutina
y algún exceso de amor
si me descuido.
Por lo demás, callamos
ante el espejo exacto
en fijar ceremonias.

De ayer vengo y me asomo
al hoy que sin cesar me va viviendo
con fijas ceremonias
y traigo del ayer las ceremonias
que fijan la certeza.

Hoy con el hoy preparo
desde ayer el ayer y su pureza
en breve ceremonia desvanezco:
va quedando el espejo sin oficio. ◇

Luis de la Peña Martínez

Caracol nocturno

*¿La poesía? Un caracol nocturno en un
rectángulo de agua.*

José Lezama Lima

Un oleaje, nocturnamente
sigiloso, habita en regiones
donde la sal ha edificado
su imperio de incendiada nieve
con tenacidad. Resonancias
aprimadas en el mínimo
recinto de una memoriosa
entraña. Rumor siempre lejos,
intermitente. Rasgadura
finísima en la piel sedosa
de un recuerdo. Silbido agónico.
Son acordes que se extravían,
inéditas ondulaciones.
Ángel marino que naufraga
en una red de intensos ecos
y de insospechados mensajes.
Oscura voz que se desdice.
Frágil código de silencios. ◇

Annunziata Rossi

Italia en su largo camino hacia América

Ideas y presagios del descubrimiento

Primera parte



*Verán los tardos años del mundo ciertos tiempos
en los cuales el mar Océano aflojerá los atamen-
tos de las cosas y se abrirá una grande tierra: y
un nuevo marinero, como aquel que fue guía de
Jasón, que obe nombre Típhi, descubrirá nuevo
mundo y entonces non será la isla Tille la pos-
trera de las tierras.*

Séneca, *Medea*
del *Libro de las profecías*
de Cristóbal Colón.

El “Descubrimiento” de América —y destaco las comillas, celebrando no tener que entrar en el debate acerca de este término tan cargado de implicaciones conceptuales— se inicia con un malentendido: la entrada en escena de un italiano, mejor dicho un genovés, quien llega a las Antillas convencido de llegar al Cipango y al Katai de Marco Polo. A corregirlo llegará otro italiano, mejor dicho el florentino Américo Vesputio, con cuyo nombre será bautizado el *Mundus Novus*.

Provisto de cartas dirigidas al Gran Kan por los Reyes de España, Colón, en vez de encontrar a hombres vestidos de seda y cubiertos de piedras preciosas que lo presentaran al Emperador de China, se encuentra con hombres bellamente desnudos. A su vez, los nativos antillanos creen que los seres llegados a sus orillas “en casas que caminan sobre el mar” son dioses, a pesar de los signos que lo desmienten porque los recién llegados presentan cualidades poco divinas: son mezquinos, ávidos de oro y violentos. Parece el inicio de una comedia del arte o anticipación del teatro isabelino o del siglo de oro, don-

de la falsa identidad es una constante, pero sin desenlace feliz. En la realidad, este encuentro será el inicio de uno de los capítulos más tristes de la historia, porque una vez establecida la identidad de cada quien, las partes se invertirán una vez más: los intrusos se volverán amos y los legítimos dueños, intrusos, y esclavos.

Sin embargo, ¿la equivocación del almirante genovés hace por eso menos importante su empresa? Antonio Gramsci, al preguntarse si “en el juzgar una labor hay que tomar en cuenta exclusivamente la finalidad que el autor se propone y, cuando está en oposición a ella, no evaluar su aporte real”, responde negativamente, dando justamente como ejemplo a Cristóbal Colón: “El hecho de que Cristóbal Colón se propusiera ir a la búsqueda del Gran Kan no disminuye el valor de su viaje real y de sus tales descubrimientos para la cultura europea”. Pero el objeto de este estudio no es la persona de Colón, de Vesputio, de Caboto o de los navegantes italianos que cruzaron el Atlántico, vehículo de las ideas de su tiempo, sino la contribución de ideas y de obras que “Italia” (hay que aclarar que Italia era entonces una “expresión geográfica”) aportó a una empresa que cambió la cara del mundo, que transformó la *imago mundi* tradicional.

De hecho es en Italia, y precisamente en Florencia, donde se sientan las bases para el acontecimiento que hace quinientos años dio inicio a nuestra historia moderna. Porque si España y Portugal concretaron la llegada al *Mundus Novus*, fue en Florencia donde el largo impulso de Occidente hacia las “tierras desconocidas” maduró a nivel epistemológico; es decir, donde se resolvió la distancia entre *episteme* y *techné* y se llegó

a una integración entre ciencia y técnica. El Descubrimiento de América fue hijo del primer Renacimiento florentino, de su nueva concepción del hombre y del espacio.

Antes de hablar del Humanismo florentino, me parece indispensable desenterrar la tradición con respecto a los antípodas (los hipotéticos habitantes de un mundo opuesto a la parte conocida: la *ecumene*) que, durante los largos siglos de la Edad Media, suscitará leyendas y empujará a audaces viajes o los frenará. Ya en la época clásica, y precisamente en el sur de la península italiana, con la escuela pitagórica que por primera vez habló de los antípodas, se empezó a sostener la esfericidad de la tierra y la posibilidad de un cuarto continente. Los signos de la existencia de un gran continente más allá del Atlántico son numerosos en la literatura clásica (Pausanias, Séneca, Estrabón, Plutarco, Platón), y sin embargo la literatura contribuyó a crear el mito del Atlántico como mar peligroso, infestado de monstruos, impracticable e inexplorable. Mito que mantuvo alejados a los navegantes: un mar denso, de grandes bajíos de limo y de algas —el mar de los sargazos— que la Atlántida había formado al hundirse (Platón: *Timeo*, *Critias*). Luego Aristóteles hablará de una isla de grandes dimensiones y tan bella que parecía la morada de algún dios. No obstante, el mito de las columnas de Hércules cristaliza en la fantasía popular como prohibición: es un mito que seduce y fascina y, al mismo tiempo, repele e inspira terror. Esta tradición cargada del presagio del “nuevo mundo” y que podemos considerar como la prehistoria del Descubrimiento, se enriquece a lo largo de la Edad Media con su sinnúmero de leyendas populares mezcladas con los tabúes religiosos introducidos por el cristianismo. La hipótesis de los antípodas fue siempre negada por los Padres de la Iglesia (entre ellos, San Agustín): cuando el obispo de Salzburgo afirmó la esfericidad de la tierra y la existencia de los antípodas, el pontífice Zacarías no sólo lo desaprobó sino que declaró su doctrina herética (año 741). En el siglo XIV Pietro D’Abano y Cecco D’Ascoli fueron perseguidos por lo mismo y sólo hasta el siglo XV Pierre D’Ailly pudo sostener la existencia de los antípodas sin suscitar polémica.

El viaje y Dante

La prohibición, el veto al viaje, cuaja curiosamente en un célebre episodio dantesco, el de Ulises (Canto XXVI del Infierno) de Dante Alighieri; y digo curiosamente porque muchos lectores —llevados por la ambigüedad del texto y por una lectura fragmentaria del canto— lo interpretan apresuradamente como el primer antecedente del individualismo humanista, y hasta del superhombre nietzscheano. En ese episodio, Dante, en la línea ortodoxa católica, mantiene ante las columnas de Hércules el interdicto medieval para entrar al *mondo sanza gente*, a la tierra inhabitada. Esas simbólicas columnas son la puerta vedada a lo desconocido, consideradas garganta de Satán, pero también posible entrada al Paraíso (a finales del siglo XIII el paraíso terrestre aparece en el *Mapamundi* de Hereford como una isla redonda e inaccesible que podría ser alcanzada sólo por unos santos autorizados por la divina providencia).

En el episodio de Ulises, Dante mezcla ficción y realidad, en

1291 los armadores D’Oria y los hermanos Vivaldi se lanzan al mar en dos galeras, dirigiéndose al estrecho de Gibraltar, para emprender un viaje que, según ellos, nadie había llevado a cabo. De ellos no se supo más. El episodio tuvo una gran resonancia y es probable que Dante hubiese quedado impresionado por la aventura de los tres genoveses y en ella se hubiera inspirado para el episodio de Ulises: claro enjuiciamiento de cualquier viaje que no sea viaje intencionado hacia la salvación. El poeta florentino no conocía la obra de Homero, todavía no traducida; de Ulises conocía sólo la tradición post-homérica y los aspectos del héroe griego que Cicerón y Horacio habían subrayado: la sed ilimitada del saber que, innata en cualquier ser humano, se vuelve desmedida en el hombre excepcional. La mente del hombre anhela el saber —sostiene Dante— porque ansía juntarse con la sapiencia divina, la verdad absoluta; a la que sin embargo la inteligencia humana resulta inadecuada (*Convivio*, cap. 1).

Realidad, ficción literaria y moralismo religioso se mezclan en Dante para dar una dimensión trágica a la figura de Ulises, a quien condena al Infierno por haber franqueado los límites que la voluntad divina pone al conocimiento. Pero la condena se une a la admiración por la figura prometéica del héroe griego. La ambigüedad (siempre presente en Dante con respecto a los grandes protagonistas de su *Comedia*: Farinata, Francesca, etc.), nace evidentemente de una ambivalencia, de un conflicto interior. A pesar de su voluntad ideológica, Dante vive la tensión entre tendencias opuestas. Por cierto, la ambivalencia no es una peculiaridad de Dante, sino de todo hombre y de toda sociedad, y en cualquier momento de la historia; en el hombre excepcional, como ya se dijo, y en los momentos de crisis individual o social, se agudiza. De esa oscilación entre sentimientos contrastantes o ideas opuestas surge el impulso para una resolución. En el episodio de Ulises, Dante se siente por un lado fascinado por el héroe que, para satisfacer su sed de conocer y de lo ignoto, pone en peligro su vida y la de sus compañeros; por otro, al identificarse con él y al comparar el peligro que él mismo corrió, se alegra de haber refrenado el ingenio:

Allor mi dolsi, ed ora mi ridoglio
quando drizzo la mente a ciò ch’io vidi.
e piú ’ngegno affreno ch’i non soglio

perché non corra che virtù nol guidi;
sí che se stella bona o miglior cosa
m’ha dato ’I ben, ch’io stesso nol m’invidi. (vv. 19-24)

Entonces me dolí, y ahora me duelo
cuando vuelvo la mente a lo que he visto
y más de lo que suelo el genio enfreno,

porque sin la virtud ya nada intente,
así si buena estrella o mejor cosa
me han dado el bien, que de él yo no me prive.

Los versos en que el hábil Ulises, urdidor de intrigas y mal consejero, persuade con palabras insinuantes a sus compañe-

ros para emprender el viaje, son de una fuerza, de una pasión que moverían las piedras:

“O frati”, dissi, “che per cento milia
perigli siete giunti al’Occidente
a questa tanto picciola vigilia .

de’ nostri sensi ch’è del ramanente,
non vogliate negar l’esperienza,
di retro al sol, del mondo sanza gente.

Considerate la vostra semenza:
fatti non foste a viver come vruti,
ma per seguir virtute e conoscenza.” (v v. 112-120)

“¡Oh hermanos”, dije, “que por tantos miles
de riesgos ya legasteis a Occidente,
en esta hora tan breve vigilia
de lo que en los sentidos remanece,
negaros no queráis la experiencia
de ir, con el sol, al mundo despoblado.

Tened presente, pues, vuestra ascendencia,
no os engendraron para vivir cual brutos,
más para adquirir virtud y ciencia.”

En Dante, hombre de la Edad Media, encontramos la misma fascinación por el conocimiento, frenada sin embargo por el hombre religioso que se alegra de no haber sucumbido a la tentación. Por supuesto, el poeta florentino franqueará la prohibición a través del mismo Ulises, penetrando con la fantasía en los mundos vedados, pero sin ir más allá de sus umbrales. Ulises es la otra parte de Dante: la proyección diabólica de su yo profundo. Al castigarlo por desobedecer los secretos designios divinos, Dante castiga esa parte de sí mismo. El episodio termina con el *folle volo* (loco vuelo) ante la montaña oscura que impide al barco de Ulises la llegada a los mundos vedados, y es un castigo que llega por mano divina (*com’altrui piacque*). La hermenéutica que Dante ofrece en su Epístola a Cangrande della Scala y la metáfora, irónica y desdenosa, del *folle volo*, son la clave para interpretar de manera definitiva el episodio. La pretensión soberbia de Ulises de elevarse hacia los cielos, esto es, de igualarse a Dios, será castigada –por la inexorable ley del talión que Dios, por boca de Dante, aplica en toda su *Comedia*– con un vuelo inverso, hacia abajo, que lo sumerge bajo el Océano, hacia el centro de la Tierra, donde está situado el infierno:

quando m’apparve una montagna, bruna
per la distanza, e parvemi alta tanto
quanto veduta non avea alcuna.

Noi ci allegrammo, e tosto tornó in pianto;
ché della nova terra un turbo nacque,
e percosse del legno il primo canto.

Tre volte il fé girar con tutte l’acque:
alla quarta levar la poppa in suso
e la prora gire in giù, com’altrui piacque,
infìn che ’l mar fu sopra noi rinchiuso. (vv. 112-120)

cuando mostrose una montaña oscura
por la distancia; y se elevaba tanto
que tan alta no vi jamás ninguna.

Nuestra alegría se convierte en llanto,
pues de la nueva tierra un viento nace
que del leño sacude el primer canto;
con las aguas tres veces girar la hace
y a la cuarta la popa es elevada,
se hunde la proa –que a otro así le place–
y nos cubre por fin la mar airada.

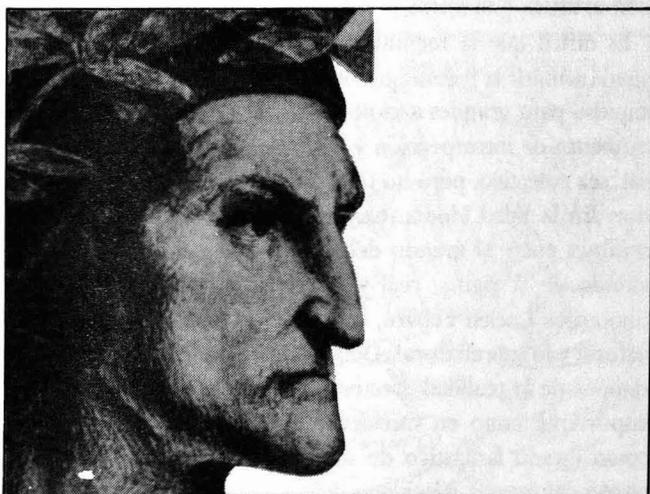
Esa montaña oscura –Dante la llama *nova terra*– que se niega al acceso, ¿no podría ser también una de las tantas “islas felices”, madres de Utopía que poblaron la fantasía popular durante la Edad Media?, tierras prometidas que no conocen la pobreza, ni la fatiga, la enfermedad y la muerte, y en las que no existe el tiempo. La nostalgia por esas tierras paradisíacas era tan fuerte y la imaginación se mezclaba con la certidumbre a tal punto, que los cartógrafos las colocaban en sus mapas, y navegantes del temple de Ulises se lanzaban en su búsqueda. Eran esas islas lo deseado inasequible, las fabulosas islas oceánicas, tema de narraciones y poesía de gran difusión, objeto de un deseo que estimuló las empresas marítimas hacia el nuevo continente. *El manuscrito de San Brandán y La leyenda de San Maló* que narran estos viajes fueron en la Edad Media *best sellers*, lectura preferida de todos los navegantes; los libros que, junto con los portolanos, los acompañaban en todos sus viajes.

Ningún episodio como el de Ulises podría explicarnos el sentimiento de fascinación y de terror que contuvo al hombre ante esas simbólicas columnas de Hércules que vedaban el paso a lo desconocido. Por supuesto, hubo siempre transgresores y prometeos tanto en la historia como en la ficción. Sabemos también que hubo seguramente –las pruebas son contundentes– muchos “Colones desconocidos” antes del Descubrimiento. Pero el hombre religioso, verdaderamente religioso, conocía bien las consecuencias de la infracción que *in illo tempore*, el comer Adán y Eva el fruto del árbol de la ciencia, les había costado la pérdida del Paraíso terrestre, y de hecho el Descubrimiento suscitara infinitas polémicas, ya que hacía derrumbarse el principio del origen común de todo el género humano, de su descendencia de Adán y afirmaría el poligenismo. Si los americanos no descendían de Sam, Ca ni Jafet, ¿de quién descendían? Derrumbaba también el dogma de la *dispersio apostolorum* –basado en unas palabras de Cristo– que habría llegado a toda la tierra habitada. Todo esto parece ahora un problema sin importancia, pero planteaba entonces preguntas angustiosas a los creyentes y a la autoridad, al poder que tenía que fundamentar, para legitimarla, su doctrina. Porque el cuestionamiento de uno solo de los postulados en las Sagradas Escrituras o en la autoridad de la patrística y de

la escolástica exponía todo el edificio doctrinario de la Iglesia a otras refutaciones, como sucedería más tarde con el heliocentrismo.

El viaje y Marco Polo

Contemporáneo de Dante (1265-1321) es Marco Polo, nueve años más joven (1254-1324), y sorprende que la *Comedia*, este inmenso *quien es quien* de su tiempo no mencione al gran viajero veneciano, ni a ninguno de la larga lista de ilustres viajeros que lo habían precedido en China. Y sorprendente, porque *El millón* o *Libro de las maravillas* tuvo una larga difusión en Italia y en Europa y Dante fue un hombre informadísimo



que seguía los acontecimientos de su tiempo con gran atención. Puede ser un silencio significativo: si calla sobre Polo, recurre, sin embargo, a un mito clásico para rechazar el viaje que no sea de salvación, como el que emprende él mismo en su *Comedia*. Ahora bien, Dante y Marco representan los dos polos contrarios de esa ambivalencia que hemos señalado en el primero, de ese conflicto entre el deseo de conocer y la renuncia que el credo religioso impuso al poeta florentino. El gran veneciano empieza la remoción de los tabúes religiosos limitantes, sin ningún drama interior, ni doctrinario. Porque Marco no es ningún hombre de doctrina y por tanto no conoce los dilemas que atormentan al hombre culto.

Marco Polo es, de hecho, una etapa importante del largo camino europeo que, después de haber dado vueltas y más vueltas, se dirigió a América; un capítulo obligado de la historia del Descubrimiento. De él surge la señal para otros viajes y aventuras, el impulso concreto hacia el Nuevo Mundo. Eso por un lado; por otro, y no es la contribución menos importante del veneciano, él fija en la fantasía popular, y de manera definitiva, la imagen inolvidable de un mundo fabuloso, privilegiado —China— a cuya búsqueda se aventurarán por el Atlántico los viajeros del siglo xv.

El siglo de Marco Polo, el siglo XIII, es el de los grandes viajes, favorecidos por los adelantos alcanzados en la cartografía (por ejemplo, los portolanos) y los descubrimientos técnicos (cuadrante, astrolabio náutico, perfeccionamiento de la brújula) en los que Italia tuvo una parte protagónica. El aconteci-

miento más destacado del siglo fue de hecho la reanudación de los viajes a China que se habían suspendido en la alta Edad Media, cuando un edicto chino de 845 prohibió la entrada de extranjeros e hizo destruir templos e iglesias de las dos religiones —budismo y cristianismo— que más penetración habían tenido en el país que practicaba la libertad de culto. Cuando el Gran Kan reabre sus fronteras a Occidente, los italianos son, en la lista de viajeros, los más numerosos; los que, siguiendo el ejemplo de los árabes, se familiarizan pronto con la vida errabunda y nómada: procedentes, sobre todo, de las repúblicas marítimas de Venecia y de Génova (las patrias de Polo y de Colón), luego florentinos, pisanos, de Siena, etc. Son mercaderes y frailes, en especial franciscanos, herederos del espíritu itinerante de su fundador Francisco de Asís, enviados por el Papa a China para evangelizarla. De ellos, Giovanni de Pian del Carpine es la figura más importante, el más grande predecesor de Polo. Nacido en Perugia, compañero de Francisco y gran viajero por toda Europa, se dirigió a China ya en avanzada edad y dejó constancia de su experiencia en la *Historia mongolorum* (*Historia de los tártaros*) que es el primer estudio occidental sobre Asia central: vida, carácter y costumbres de los mongoles, en ocasiones con una precisión quizá mayor que *El millón*, pero sin el encanto de éste.

Marco Polo no es, entonces, el primero en avanzar hacia China, pero sí el primero en hacerlo con espíritu nuevo. Su vida es ya conocida y lo que aquí interesa es subrayar los nuevos aspectos de su personalidad, los que lo separan de su familia y que influirán más tarde en la historia de las exploraciones. El espíritu exclusivo de lucro —la virtud burguesa por excelencia, la ganancia— que había dirigido la actividad de los viejos Polo deja lugar en él al espíritu desinteresado de aventura, al gusto por la vida errabunda que las Cruzadas habían despertado en Italia, donde las repúblicas marítimas y las Comunas libres —que tenían relaciones con todos los puertos de Occidente y de Oriente— contemporizaban de manera astuta los cálculos materiales con los intereses religiosos, justificando los primeros con los segundos. Marco abandona pronto las huellas paternas para obedecer su curiosidad científica y su curiosidad del todo humana hacia el “otro”—comparable con la del gran Herodoto hacia los que sus compatriotas griegos llamaban “bárbaros”— que lo hacen precursor del Renacimiento. Como sostiene Paul Herrmann, con Polo llegamos a una afirmación y exaltación de la personalidad que es ya renacentista. Hay que señalar, además, otro elemento nuevo en este hijo de Venecia: su apertura mental, su falta de fanatismo religioso, el entusiasmo con el que se acerca al “otro”, siempre presto a admirar y reconocer su superioridad cuando la encuentra: por ejemplo los adelantos técnicos y la tolerancia religiosa. Nunca veremos en Marco la mirada de superioridad moral del cristiano hacia el “infiel”. El sabe por instinto que no puede haber defectos allá donde hay diferencias de código, debidas a otros modelos culturales, costumbres y éticas diferentes. Es más, la realidad “otra” lo fascina por su misma diversidad. Sus impresiones son frescas, directas, sin la intrusión de opiniones prefabricadas, como las que más tarde entorpecerán la relación de Colón con el Nuevo Mundo. La relación de Polo con el “otro” es instintivamente antidogmática aunque

todavía no esté animada por las hondas preocupaciones, por el pathos, que dos siglos más tarde inquietarán a los humanistas del *Quattrocento*, a un Pico della Mirandola o a un Silvio Aeneas Piccolomini. Pero el siglo XIII no es el siglo XV y Polo no es, como ya se dijo, un hombre culto. Es un prehumanista, diría, por temperamento. Su relación con el otro —que será el centro de las inquietudes de los grandes del siglo XV— hecha de bonhomía natural, de serenidad, recuerda la mirada afectuosa y sonriente de unos italianos, como Giotto o Boccaccio —el Boccaccio del *Decamerón*— considerados prerrenacentistas.

No podemos sostener que *El millón* refleje con absoluta objetividad el mundo que observa. A veces la fantasía, tan vívida en la Edad Media, la credulidad característica de esos tiempos, se interponen entre su autor y el objeto. Alguien observa que cuando Marco Polo o Ibn Batuta son testigos oculares, la mayor parte de lo que refieren es claramente concreto y auténtico pero cuando transmiten algo que han oído, de inmediato caen en lo puro fantástico, y la materia de la que se componen sus fantasías es extraída directamente de la mitología (caníbales con la cabeza de perro —cinocéfalos—, Amazonas, etc.). Así, cuando Marco habla de Katai o de su admiradísimo Gran Kan Kublai, podemos confiar en su objetividad, pero cuando habla del Cipango —el actual Japón— que él no ha conocido, pero del cual ha oído hablar, cae en lo legendario y nos da descripciones de cuento de hadas, que poco se alejan del cuento de Hänsel y Gretel: la plata y el oro sustituyen al chocolate y a las golosinas del cuento alemán. Sin embargo, las descripciones de China, del Katai y del Cipango dejarán, como se dijo, huella por los siglos en lo imaginario colectivo.

Si caminamos con Polo por las inmensas regiones del imperio del Gran Kan, admirando la perfecta organización de su imperio, nos encontramos con la magnificencia de su corte, con su deslumbrante capital Kinsai (Kinsai: ciudad del cielo), esta Venecia oriental construida sobre las aguas, pero ¡cuánto más rica y amplia que Venecia cien millas de largo con innumerables puentes de piedra (¿doce mil?). Luego nos hallamos con una sucesión ininterrumpida de fabulosas ciudades en las que se elevan resplandecientes torres de oro y de plata. Y luego, ante nuestros ojos admirados, desfilan aldeas, castillos, ríos, puentes y estatuas, puertos y barcos (si nos detenemos en uno de esos puertos, quedamos asombrados por la presencia simultánea de 15,000 [sic] naves rebosantes de mercancías. Una inmensa tierra populosa y de tráfico animado, cruzada por una red de vías de comunicación que abarca todo el país y que no tiene comparación con los caminos de Europa, derrumbados, desde la caída de Roma, por el tiempo y las guerras. Sus mares están sembrados por miles y miles de islas; sus tierras son fértiles en trigo, arroz, viñas; su entresuelo en minas; sus porcelanas y sus sedas, linos, algodones —que desde siglos exporta a Europa— animales imaginarios que Polo cree ver y describe con admiración (y no con desdén como opina Antonello Gerbi); hasta abundan las piedras preciosas: rubíes, zafiros, topacios, perlas, amatistas... No olvidemos la técnica: la pólvora, el carbón (que Polo introdujo en Europa), la imprenta (las tablas de madera para imprimir que Marco trajo a Venecia servirán más tarde a Gutenberg, casado con

una Contarini de Venecia, para su invención), etc. La indigente Europa feudal, carente de materias primas, queda muy empequeñecida ante la vastedad y la abundancia del Katai. ¿Y qué decir del Cipango, que superaría en riquezas al mismo Katai? El Cipango que Polo da a conocer por primera vez en Europa es una isla rodeada por un archipiélago de 7,457 pequeñas islas y rica en oro; el palacio de emperador está todo recubierto de oro: sus paredes, techo, ¡hasta las ventanas son de oro macizo! Ello basta para encender la fantasía de una Europa *penuriosa* que miró desde siempre al Oriente, al Este, como el lugar feliz de la abundancia. *El millón* despertó ese sueño latente y fijó definitivamente la imagen de una China receptáculo de las maravillas: sueño que emerge una y otra vez a lo largo de la historia europea y que asoma en su producción artística y literaria.

Es difícil que la mentalidad racional de nuestros tiempos pueda admitir la fuerza que tienen el sueño y el ensueño como impulso para grandes acciones. Hoy el sueño es más bien instrumento de introspección y de autoconocimiento, sea personal, sea colectivo, pero no tiene incidencia en la realidad exterior. En la Edad Media, hasta el avanzado Renacimiento, los confines entre el mundo del sueño, irracional e ilusorio y el mundo de la vigilia, real y efectivo, son confusos. No hay, como dice Lucien Febvre, una línea de demarcación entre lo natural y lo sobrenatural. Dotado de un poder cognoscitivo en campos de la realidad efectiva, el sueño desempeñó un papel importante tanto en Occidente como en Oriente. El sueño como estado fantástico de ilusión, de aspiración, de visión, puede conformar mitos que lleven a transformar la realidad. En unas páginas sobre lo imaginario medieval, J. Le Goff relaciona la vida del hombre de la Edad Media no sólo con las realidades palpables sino también con las imágenes mentales y espirituales que se encarnan en la producción iconográfica, artística y literaria y que influyen, a su vez, en el universo de las imágenes colectivas, en un dar y recibir recíproco. Son imágenes provocadas por los acontecimientos, dice Le Goff, se forman, se transforman y, transmitidas por la tradición, pasan de una civilización a otra, circulan en el mundo diacrónico de las clases y de las sociedades; pertenecen, en fin, a la historia de lo imaginario. Una historia sin imaginario, sostiene el historiador francés, es una historia mutilada, descarnada, porque de lo imaginario nace el impulso que dirige la energía de las sociedades hacia las grandes empresas. Son afirmaciones no sólo de Le Goff, sino de Eliade y de Wunemburger; éste último llega hasta denunciar la crisis de lo imaginario como el peor de los males de nuestro mundo contemporáneo.

Desde siempre el pueblo ama lo inverosímil, lo maravilloso, la irrupción de lo extraordinario y de lo sobrenatural en la dura vida cotidiana. Y lo maravilloso que irrumpe en los siglos XII y XIII con la novela cortesana, casi para preparar la sensibilidad, la popular y la culta —porque lo maravilloso, como bien dice Le Goff, está “en el cruce de lo popular y de lo docto”— a recibir el mundo de maravillas que describe Marco Polo, se configura como el mundo de Cucaña, alegoría que aparece precisamente en el siglo XIII y que presenta claros antecedentes en el mito del Paraíso terrenal y de la Edad del oro (la paz, la abundancia de la comida, la comunidad de bienes, la liber-

tad, la ausencia de jerarquías, la inocencia, el *dolce far niente*) y también como un mundo laberíntico al revés que en sus múltiples manifestaciones e imágenes ambivalentes revela el anhelo de un mundo mejor, “invertido”, de un cambio del orden social por otro no jerárquico, el deseo de subvertir el orden mismo de la naturaleza; es decir, el hacer posible lo imposible. Se trata en fin de un imaginario subversivo o, como lo señala Le Goff, de una “contraideología”: una forma de resistencia a la ideología oficial del cristianismo, alérgico a lo maravilloso y que, sin embargo, buscó neutralizar recuperándolo, transformándolo en lo “milagroso divino”. La función de lo maravilloso, pues, fue en la Edad Media compensatoria: compensación de la amenaza del pecado, de las carencias medievales, evasión de un mundo de miseria y de carestías perió-



dicas provocadas por las guerras, por las pestes. Es natural que la imagen del Katai y del Cipango haya acompañado obsesivamente a la sociedad medieval y —como dice Le Goff— una sociedad puede ser entendida a partir de sus obsesiones y de la censura de que son objeto. Podemos añadir que esta censura, llevada a la represión e introyectada, perdura hasta que un acontecimiento, una nueva visión del mundo, la remueven, la liberen y la concreten en una acción que la subvierta. Si lo que en la Edad Media impulsó hacia las Cruzadas fue la imagen obsesiva de la Tierra Santa, de Jerusalén y del Santo Sepulcro, más tarde será la imagen de la China de Marco Polo la que impulsará los viajes a través del Atlántico, determinando la llegada a América y será, desafortunadamente, término de parangón funesto para las nuevas tierras que pisará Cristóbal Colón.

Para entender la huella que dejó *El millón* y su persistencia por siglos en la fantasía colectiva, es definitivo un texto posterior en casi doscientos años. Es la célebre carta con la que el astrónomo y más grande matemático del siglo xv, Dal Pozzo Toscanelli, contesta la de su amigo Fernando Martins, obispo de Lisboa, quien lo había interpelado por cuenta del rey de Portugal sobre la posibilidad de llegar a China a través del Atlántico; y es la misma carta encontrada en uno de los contados libros que Cristóbal Colón leía reiteradamente: Toscanelli prefiere citar a Polo y no a los viajeros que llegaban de

China y le narraban sus viajes, como el gran veneciano Niccoló de Conti. La descripción de la tierra que puede alcanzarse por el Atlántico, mantiene en la carta del matemático florentino los mismos acentos épicos de unas páginas de Marco Polo:

Él [el Gran Kan] reside casi siempre en la provincia del Katai donde hay grandiosos palacios reales y ríos maravillosos por su amplitud y anchura, y tal multitud de ciudades a lo largo de sus orillas, que en la orilla de un único río surgen alrededor de doscientas ciudades y lo cruzan grandísimos puentes de mármol ornados por columnas de ambos lados. Merece la pena que este país sea buscado por los latinos, por las ganancias que pueden sacarse de oro, plata, gemas de todo tipo y aromas que ahora no llegan. Pero también para tener práctica con hombres sabios, filósofos y astrólogos y, además, con los que dirigen las guerras [...] La noble isla de Cipango es la más fértil en oro, margaritas; allá los templos y los palacios reales están cubiertos de oro sólido...

En estas líneas podemos apreciar no sólo la persistencia obsesiva de una imagen, sino también otro aspecto de la nueva mentalidad burguesa, siempre lista para conciliar términos al parecer opuestos o por lo menos ajenos unos a otros: lo útil y lo espiritual, el segundo utilizado para justificar el primero, el recurso de lo útil como la mejor arma de convencimiento o de presión sobre los poderosos capaces de patrocinar las grandes empresas (el oro americano que Colón quiere destinar a la liberación de la Tierra Santa será también el anzuelo que Colón manejará reiteradamente para mantener despierto el interés de los reyes de España por su proyecto).

La exploración de Polo se volverá una fuente autorizada de informaciones geográficas y tendrá una influencia enorme en el desarrollo de las ideas geográficas en Portugal, en España y en el resto de Europa. En *El millón* se inspirarán pensadores políticos (Botero), científicos (Dal Pozzo Toscanelli), predicadores (San Bernardino de Siena que en sus homilias se referirá a las tierras felices y sin pecado), viajeros y exploradores (Colón).

Nos hemos detenido en el episodio dantesco de Ulises y en el *El millón* porque nos acercan a la sensibilidad y la mentalidad medievales y porque representan ambos, a nivel individual, las dos fuerzas opuestas de una misma tensión dialéctica y dinámica que agita a la sociedad medieval: refrenante e inhibitoria la primera, propulsora la segunda. Estas dos tendencias contrastantes encontrarán su resolución en el siglo xv con el triunfo del humanismo florentino y de su nueva visión del mundo. Los hechos que hemos desenterrado como prolegómenos al Descubrimiento son un término de comparación único —para mí, por lo menos— para entender los cambios que efectuó el humanismo y que permitieron el triunfo de la tendencia de Marco Polo, el que cayera el interdicto religioso y psicológico que se oponía al libre acceso al Atlántico y descharará la posición de la Iglesia que continuó viendo con aversión el camino a los antípodas, hasta que el asedio turco restó definitivamente fuerza a lo vedado. ◇

Ana Aridjis

Filmación de evocaciones

A la memoria de Nicias Teologhu

Nicias de bénevola mirada,
fuiste soldado del catorce
con la vela de muerte entre las manos.
Corazón de molino en Contepec
lleno de aventuras y presagios:
un jinete sin cabeza que asalta los tesoros
y baja a galope por calles empedradas.
Los traficantes se ocultaban con alcohol y tabaco
entre huertas de perales y membrillos.
Hombre de milagros y favores
de la guerra y sus alianzas.
Todo lo que decías se cumplía
como si algún hechicero te previniera del futuro.
Los gatos saltaban por los aparadores de la tienda
y los campesinos se acercaban a escucharte;
tenías un cine lleno de romanticismo,
era cálido, templado por visiones y nostalgias.
Nos alumbrabas el rostro con una linterna
cuando los gritos de niños interrumpían la escena.
Un día la que nació sin estrella
te vio marcharte en el color azul de tus ojos,
ya no la viste hacer con sus lágrimas una cruz de madera
y dejarla despacio sin que nadie lo notara
en el panteón de tu pueblo. ◇

Leonardo Cruz Parceró

Dos poemas

Ella dormía en esta cama
En este sitio
 miré
 detenida
el agua de su vientre
A veces
 una hostia de sol
 caía
 en el fondo
y se entibiaba
Una noche hundí mis manos:
quedaron
 peces
enredados bajo las aguas

He venido a reconocer tu humedad
en estas sábanas vacías:
en el oficio de una luz olfativa
 entre los pliegues
rezumantes
 enarenados
de un velamen
 que encalló
en el estuario del día ◇

Cuba ante la apertura democrática en América Latina

En el libro *Democracy in the Americas. Stopping the Pendulum*¹, editado por Robert A. Pastor, se plantea la idea de que en América Latina los gobiernos se mantienen en un vaivén constante entre una situación de rigidez y una de soltura política, entre la represión y la libertad, que van de la dictadura a la democracia, y viceversa. La obra propone como ideal el detener el "péndulo" en el extremo que beneficie a la mayoría social. En nuestros días, al escuchar tan a menudo que se experimenta una "Apertura democrática en América Latina", pareciera darse por cierto que vivimos en el extremo del "péndulo" deseado por una gran mayoría.

De manera general, por apertura democrática se puede entender el seguir un camino que concibe cada vez una mayor participación popular dentro de las formas sociales, políticas y económicas de determinada sociedad. Al pensar en América Latina, la idea de apertura democrática nos remite a una fase en la que los gobiernos de facto, los dictatoriales, los no representativos, aquéllos que asumen el poder con el fin de satisfacer sólo intereses de unas minorías, caen ante la asonada de una lucha por mayor igualdad. No obstante, aunque debemos tener claro que sus alcances son sumamente importantes, existen casos que nos marcan fuertes límites en el avance democrático. Sin duda el caso chileno de la actualidad es un ejemplo que aporta elementos para una cabal comprensión del desarrollo del fenómeno, pero y qué pasa con Panamá, y qué con Haití, ¿responden por igual al dinamismo democrático que se menciona?

Con esas consideraciones iniciales, aprovecho esta problemática para vincular a Cuba con la denominada apertura democrática en América Latina.

Recuerdo las tardes en las que me pasaba el tiempo escuchando las grabaciones de los largos discursos de Fidel Castro, los que inexplicablemente entre más largos significaban para mí de una mayor importancia y de profundidad en el espíritu revolucionario que invadía a Cuba. Esto sucedía en la primera mitad de la década de los setenta, por lo cual era normal que junto con los discursos de Castro también escuchara las últimas palabras que Salvador Allende emitía por radio desde La Moneda, donde defendía su presidencia ante las fuerzas gol-

pistas de 1973. Con seguridad esos momentos marcaron en mí una postura de apoyo pleno a la revolución cubana y a los intentos de cambio que ansiosamente se buscaban en América Latina. Encontré una pugna entre historiografías que mostraban diferentes interpretaciones sobre el siempre candente caso de Cuba. Encontré buenos y malos comentarios hacia la revolución de la isla caribeña, aunque con los últimos siempre se ponía alerta mi postura solidaria. Siempre era mi intención señalar como erróneos los ataques hechos contra Fidel y el sistema que él representa.

La continuación de mis estudios profesionales, relacionados con el ámbito latinoamericano, me llevaron a ampliar los conocimientos que tenía sobre el caso cubano. Es sabido que las publicaciones a favor de la revolución cubana son numerosas, además de que es común encontrar otras muestras de apoyo. Por ejemplo, no es extraño escuchar a veinte mil personas cantar en México junto a Silvio Rodríguez en solidaridad a la patria de éste y en repudio al bloqueo que le ha impuesto durante tantos años el país de las intervenciones: los Estados Unidos. En la propia Universidad Nacional Autónoma de México la mayoría de los comentarios van en defensa del "Primer Territorio Libre de América". Tal es el ansia de ayuda, y como profesor del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras puedo asegurarle, que en los pasillos se acusa de reaccionario a quien dentro de la cátedra presente los problemas que vive Cuba, aun cuando esa práctica tenga la intención de mostrar la realidad a la que se enfrenta el pueblo revolucionario y a partir de allí buscar, al menos, su comprensión. Pero pese a las numerosas demostraciones solidarias, a los juicios apologeticos, no es prudente dejar de lado el señalar la existencia de muestras contrarias, aquéllas de oposición al líder de la revolución, muestras que si bien ratifican claramente el poderío de la estructura que los Estados Unidos han montado para desprestigiar al régimen cubano, en ocasiones nos dan luz sobre algunas de las contradicciones propias del sistema. Es indudable, y lo menciono ahora pese a mi antigua actitud abiertamente procastrista, que atender los argumentos de los llamados "contrarrevolucionarios" puede, en ciertos casos, contribuir a entender los problemas del pueblo cubano.

Cuando me encuentro con lecturas que atacan a Fidel o a la revolución, aunque pensándolo bien quizá más a Fidel, obras que pueden ser de participantes directos en la etapa anterior

¹ Pastor, Robert A. (editor), *Democracy in the Americas. Stopping the Pendulum*, New York, Holmes & Meier, 1989.

al triunfo de la revolución o de quienes se integraron de manera posterior a éste, o bien obras de estudiosos que atraídos por el proceso presentan su interpretación de esa realidad, me doy cuenta de que aun cuando pueden ser testimonios tomados como reaccionarios, también pueden resultar de apreciable valor cuando se trata de ampliar los conocimientos del tema. Quien visite Cuba no podrá negar una realidad que parece coincidir con las "irreverentes" declaraciones hechas por los detractores, "gusanos" o antifidelistas. Sí, parte del propio pueblo cubano apoya en sus comentarios o declaraciones las quejas contra el sistema, o contra parte de él, o a veces contra Fidel, o contra todos los miembros del gobierno, a excepción de Fidel. La queja es diversa, tiene diferente presentación, pero existe.

Ante tal situación surgen múltiples preguntas que de manera urgente deberíamos responder. ¿Qué pasa en Cuba? ¿Cuál es el grado de razón que tienen las acusaciones hacia Fidel-gobierno en Cuba? ¿Hasta qué punto la agresión norteamericana justifica la situación que el gobierno provoca al interior del país? ¿Por qué la existencia de declaraciones que muestran desesperación e impotencia de la situación cubana? ¿Cómo explicamos que los mismos cubanos integrados por mucho tiempo a la revolución, hoy día se refieran a ella con amargura?

En una de las más recientes obras de la historiografía con-

traría a la presencia de Fidel Castro en la revolución, *Fidel: el juicio ante la historia*, el autor cubano Roberto Luque Escalona, al hacer referencia al triunfo de 1959, nos dice:

[...] y llegamos al primero de enero de 1959. Paradójicamente, el día que comenzó esto que hoy tantos millones de cubanos repudiamos, fue el más feliz de nuestra historia; ése y los que le siguieron hasta culminar, ocho días después, con la entrada de Fidel en La Habana [...]²

De acuerdo con el punto de vista de la editorial, el responsable de esta cita hace por medio de su libro "Una valiente denuncia contra la dictadura desde el interior de Cuba", ya que la obra fue enviada, según lo hace ver el mismo autor, clandestinamente desde Cuba a México para editarla aun cuando Luque Escalona permanece todavía en su país. Se trata de un libro que alude en su título al primer gran texto de Fidel Castro, es decir, a *La historia me absolverá*, con el cual aquél dio a conocer la manera en que se llevó a cabo su auto-defensa legal posterior al ataque al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Para Luque, en coincidencia con otras obras de igual postura, la historia, en lugar de absolverlo, enjuicia a

² Palabras de Roberto Luque Escalona en su libro *Fidel: el juicio de la historia*, Mérida, México, Dante, 1990.

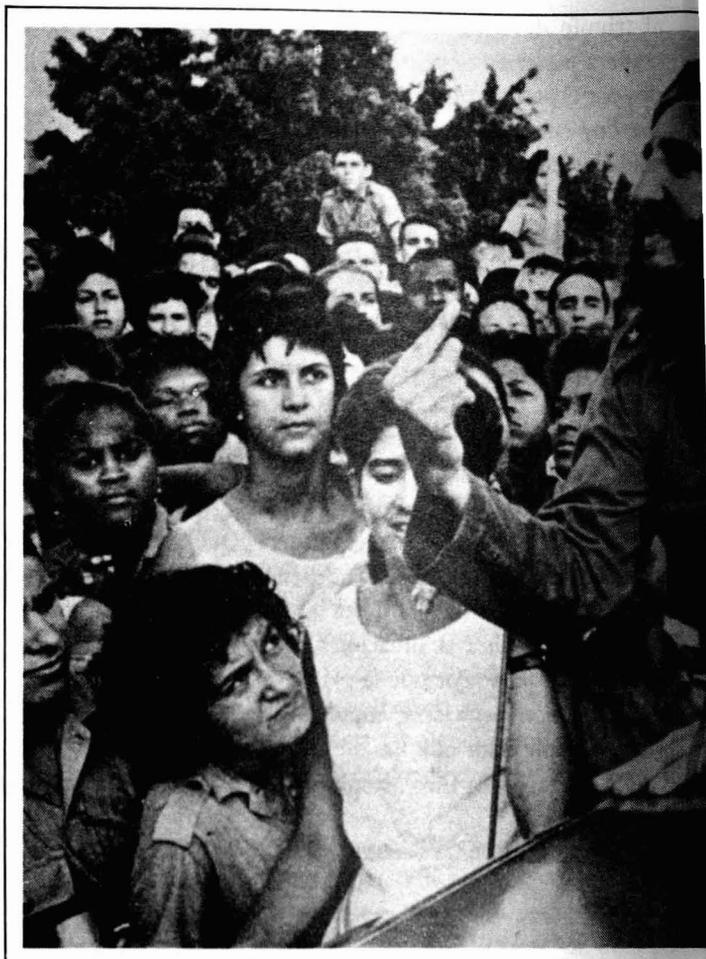


Fidel porque, siempre en el parecer del inconforme, a través del tiempo Castro sólo ha mostrado su obsesión por el poder y una, a conveniencia propia, cambiante actitud sobre las resoluciones adoptadas en diversos aspectos a lo largo del proceso. (Para ejemplificar usa el caso de cambios arbitrarios que Castro hace sobre sentencias jurídicas. Habla del tan comentado y relativamente reciente caso de Arnaldo Ochoa, condenado a muerte bajo la acusación de estar vinculado al narcotráfico internacional cuando la ley señala, en caso de tráfico de drogas, 15 años de prisión, y lo compara con el caso de Rolando Cubelas, quien, a pesar de haber conspirado con el objetivo principal de matar a Fidel Castro, por lo cual legislativamente debía morir, fue condenado a 25 años de cárcel). Además, o quizá de manera principal, Luque acusa a Castro de haber acabado con una democracia que existía aun cuando el mando político del país estaba en manos de un dictador como Fulgencio Batista. El hecho de que se compare a Batista con Castro para decir "que en aquellos primeros 16 meses de la dictadura de Batista existían en Cuba una libertad de prensa, de reunión y asociación que hoy serían recibidas por los cubanos como extrañas e inesperadas bendiciones"³ me causa inquietud y lleva a preguntarme qué tan cierta es tal consideración. Creo que no podemos caer en la actitud de considerar a Castro como un típico dictador latinoamericano, pero tampoco debemos dejar de lado que su presencia es un obstáculo a la experiencia democrática cubana.

Como podemos ver, cuando se inicia un diálogo sobre la apertura que está logrando la presencia democrática en América Latina, es innegable que de inmediato viene a nuestra mente el caso del país que desde hace más de 30 años se le conoce como el Primer Territorio Libre de América. Ello se acentúa por las acusaciones —como la anterior de Luque— que se le hacen, y que se le han hecho, a nivel nacional e internacional en torno a la falta de democracia en ese país.

Luego de que en los inicios de la revolución el ataque frontal del gobierno estadounidense hacia Cuba se apoyó en la relación que esta nación principió con el bloque chino-soviético⁴, en la actualidad, y sobre todo a partir de los cambios generados recientemente en el bloque socialista, Cuba es ahora tomada como nación carente de democracia. Punto de vista que no sólo mantiene el gobierno estadounidense, sino que en algunos casos llegan a adoptar —como he dicho antes— hasta antiguos seguidores del proceso revolucionario que echó a andar Cuba en 1959, por lo que reitero que resulta preocupante tal situación.

Al acercarnos a la trayectoria que ha seguido el ideal democrático en Cuba, tenemos que aceptar la existencia de situaciones que muestran poco avance en ese aspecto. Desde los primeros días posteriores al triunfo logrado contra Fulgencio Batista en enero de 1959, ya Castro anunciaba una revolución en la que destacaría la presencia de una "democracia humanística" que daría "libertad con pan para el pueblo"⁵, y en donde



jugarían papel fundamental las Leyes de Reforma Agraria y Urbana, así como la nacionalización de grandes haciendas y compañías. En 1960 se consideraba que la revolución cubana era el modelo a seguir por las naciones subdesarrolladas. Jean-Paul Sartre, quien visitó la isla en ese año, hablaba del nuevo gobierno revolucionario caracterizándolo como:

[...] una democracia directa y concreta... los gobernantes revolucionarios —decía— platican directamente con el pueblo, y de esta manera establecen un vínculo permanente entre la voluntad de las grandes mayorías del pueblo y las minorías gubernamentales.⁶

No obstante, ya el 2 de diciembre de 1961, al declararse Castro marxista-leninista, lo que habrá de ser, según él mismo afirma, hasta su muerte, se iniciaba una etapa que dejaba atrás el mencionado humanismo, dando paso a una fuerte presión social emanada desde el círculo político más alto.

Después del Primer Congreso del Partido Comunista en 1975, se redactó una nueva Constitución basada en el modelo de la Europa oriental. Desde entonces, el régimen se

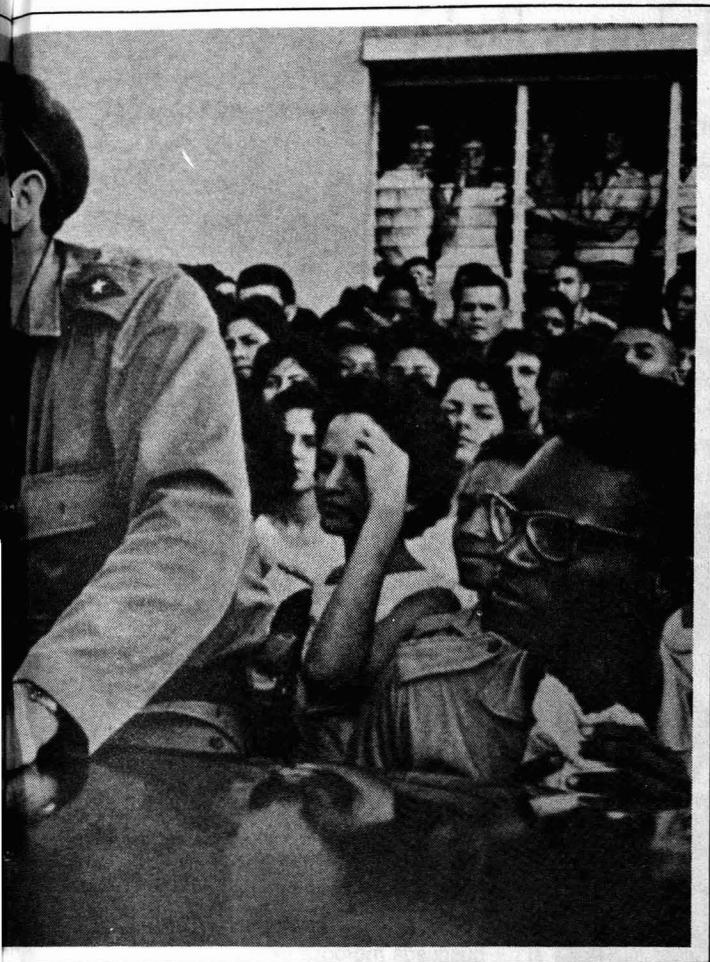
³ Luque. Ídem. p. 77.

⁴ Como ejemplo está el siguiente texto: EEUU. Department of State, *The Castro Regime in Cuba*, s. f., s. e., 1961?

⁵ Marshall, Peter *Cuba Libre ¿Rompiendo las cadenas?*, Trad. Alfredo Ocam-

po Rivera, México, Diana, 1991, p. 12. Cita tomada de Discurso del 2 de mayo de 1959.

⁶ Marshall, *op. cit.*, p. 79



ha institucionalizado aun más, siguiendo los principios del marxismo-leninismo y del "centralismo democrático".⁷

Ya en fecha más reciente, para 1985, cuando Frei Betto le preguntó a Castro "¿hay o no democracia en Cuba?", éste respondió afirmativamente. En Cuba, dijo entonces Fidel:

Desarrollamos la democracia a través de nuestros métodos de elección del poder, y, sobre todo, a través de la crítica y la autocrítica constante, a través de la dirección colectiva y la más amplia y constante participación y apoyo del pueblo.⁸

Sin embargo, y pese a que el propio Fidel sostiene que en su país "no se toman jamás, sobre cuestiones importantes, fundamentales, decisiones unipersonales, porque tenemos una dirección colectiva que es donde se analizan y discuten las cuestiones", se llega a decir que en el caso de Cuba las nuevas palabras democráticas nunca fueron trasladadas hacia las elecciones.⁹ Es decir, se cuestiona el tipo de participación que los cubanos tienen dentro de la vida política de su país. Según la Constitución de la República de Cuba, luego de que las Asambleas Municipales del Poder Popular eligen a los

diputados que formarán la Asamblea Nacional, ésta, dice en su artículo 72:

[...] elige entre sus diputados al Consejo de Estado, integrado por un Presidente, un Primer Vicepresidente, cinco Vicepresidentes, un Secretario y veintitrés miembros más.

El Presidente del Consejo de Estado es jefe de Estado y jefe de Gobierno.¹⁰

Es decir que la participación popular, de acuerdo a los lineamientos constitucionales, difícilmente puede tener gran significado en la manera directa de elección. Eso puede ratificarse en la misma Constitución cubana.

Estoy de acuerdo en que este problema es usado por la historiografía opositora como justificación política. Se reconoce además de que se trata de un problema real de la sociedad cubana. Ahora bien, hay que marcar que el conocimiento que nos aporta esta interpretación no implica una identificación total con la postura política de los "gusanos". Se trata únicamente de la coincidencia en un punto, ya que, apoyados en la misma historiografía opositora al gobierno cubano, se entra en desacuerdo con su cercanía con un proyecto que contempla de manera más significativa la tranquilidad del gobierno estadounidense que la del propio pueblo cubano.

En medio de esta lucha política, que por un lado pretende continuar con el sistema dirigido por Castro y que por otro aspira al derrocamiento de éste, se encuentra un pueblo que no encuentra representatividad en ningún extremo. No podemos creer que un gobierno que limita la participación política represente los intereses de todo el pueblo cubano. Ni tampoco aceptaremos que la oposición a Castro, de la cual algunos de sus líderes no han estado en Cuba en toda la época revolucionaria, sea una verdadera opción popular.

Lo ideal es que de esta pugna se estimule el nacimiento de una instancia desde dentro. Una instancia amplia en cuanto a la participación popular. Así los Estados Unidos de Norteamérica tendrán que aceptar el respeto a la soberanía y se verán en la imposibilidad de cuestionar el desarrollo democrático. Pero lo fundamental es que se trate de una instancia que considere los graves problemas que tiene que resistir la comunidad cubana.

Debemos estar contentos de los avances democráticos que dentro de la apertura política se viven en muchos países latinoamericanos, pero no hay que pensar que la tarea está terminada. Las recientes resoluciones del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba muestran que ese país tiene cierta preocupación por resolver sus problemas o contradicciones relacionados con la vida democrática. Quizá de allí inicie una opción popular. Cuando eso suceda, pero no sólo en Cuba sino en cada país latinoamericano, quizá entonces podremos estar en el extremo deseado del "péndulo", quizá entonces sí estaremos viviendo una avanzada y pujante apertura democrática en América Latina ◇

⁷ *Ibidem*, p. 15

⁸ Betto, Frei, *Fidel y la religión*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1985, pp. 353-354.

⁹ Pastor, *op. cit.*

¹⁰ *Constitución de la República de Cuba*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 1976, p. 45.

El regreso de Jaime Torres Bodet

Fernando Curiel

Uno

En más o menos reciente *Inventario*, José Emilio Pacheco consigna "la era del destape de la historiografía literaria mexicana" (*Proceso* núm. 818, 6 de julio de 1992). A Luis Mario Schneider corresponde, convendrá Pacheco, un doble papel protagónico: precursor y adelantado; alto mérito que, además, no se ve lastrado ni por la autocompasión ni por la autopublicidad. Consuelo y elogio propios inexplicables en otras latitudes, pero explicable en un medio como el nuestro donde el sobrio y cotidiano y plural examen del pasado, que es decir de lo por venir, importa —de importar— un bledo.

Dos

Claro ejemplo de la constancia pionera y vanguardista de LMS es su recopilación de, y prólogo a, *El juglar y la domadora*, relatos (nueve) desconocidos de Jaime Torres Bodet (1992, 153 págs.). Título inaugural, como señala Rebeca Díaz Barriga, de la serie "Literatura Mexicana" de la Cátedra Torres Bodet del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México. No se anega, pues, antes se vivifica, la tradición de *Escritores mexicanos* (Porrúa), *La* —en su época ruidosa— *Matraca* (Premiá/INBA), *Lecturas mexicanas* (SEP, luego CONACULTA), *La crítica literaria en México* (UNAM/UAC), etcétera, etcétera. Aunque deplórase el limbo en el que ha caído la edición facsimilar, en los ochenta todavía enjundiosa, de nuestras revistas literarias (modernas o no).

Tres

No pretendo ni por pienso suplir el (re)descubrimiento, por parte del curioso lector, de este Torres Bodet; difunto en vías de reinscripción en la corriente mejor de la literatura patria, tan urgida hoy de figuras fraguadas



Jaime Torres Bodet

en el yunque (la obra) y no en tal o cual cabildeo, impreso de coyuntura o sobremesa generacional. Únicamente subrayo:

a) la elegancia torresbodetiana del tomito, presidido por "La dama del abrigo" del antimaderista Chango García Cabral (cuya recuperación asumí, en los setenta, en carpetas hoy por hoy disputadísimas, su hijo, mi amigo Ernesto).

b) el ejemplo de erudición, malicia y brevedad que despliega el recopilador en el prólogo (veo, en la teoría de los cuatro puntos cardinales de la literatura mexicana, allá por los veinte, una mina).

c) el *corpus* relativístico, prueba inequívoca de proposiciones tales como ésta: "no sería aventurado afirmar que Jaime Torres Bodet es el primer escritor mexicano que se introduce en la teoría del Realismo mágico" (p. 23); o esta otra: "escritor puntual y puntal de la literatura contemporánea y experimental del México" (p. 25). Etcétera. Torres Bodet: "contemporáneo" y *contemporáneo*.

Cuatro

Sin embargo, no puedo dejar de señalar que me impresionaron particularmente, por

postmodernísimos, de los nueve, tres: "Comprobando Toledo" (1929, pp. 49-56); "Invitación al viaje" (1929, pp. 59-70); y "El juglar y la domadora" (1930, pp. 73-83), relato que da título al libro. Quizá porque esos días leía yo, al mismo tiempo, a Manganelli, a Tabucchi, a/

Cinco

Durante el proceso de la lectura, señalo asimismo, me fue imposible inhibir, de un lado, la anotación de aforismos o sentencias, riquísimo filón torresbodetiano; y, de otro, la búsqueda morbosa de trazos y trozos sospechosamente autobiográficos (la estatua, el personaje, el enigma Torres Bodet, han terminado por fascinarme). Con carácter por supuesto conjetural, enlisto algunos trazos y trozos espigados no sólo en el obvio relato "Retrato de un estudiante" (pp. 39-46) y en el hiperobvio relato "Interior" (pp. 131-139) sino en la totalidad de la recopilación schneideriana.



No fui a la oficina. A los veinte años se pone cierta dignidad en no cumplir con su deber. A los cincuenta se pone cierta indignidad en cumplirlo.



Orgulloso de su inteligencia, de sus zapatos de charol y de los mapas que, para los exámenes de Geografía, su tía le ayudaba a dibujar sobre grandes trozos de pergamino, manejaba a sus compañeros como a un pueblo de súbditos.



Con el desencanto, había adquirido la experiencia —esa terrible enemiga del entusiasmo— y, lo que había ganado su espíritu crítico, lo había perdido su fe.

Fray Servando en Belchite y Alcañiz (1809)

Manuel Ortuño

Tan delicado y tan correcto que parecía siempre, por cortesía, haberse colocado a la derecha de sí mismo.

Me gusta, entre las cosas que amo, descubrir siempre una sucesión apacible: pero clara. Si hubiese nacido mujer, hubiera querido seguir en los bordados, de una orilla a otra de la tela, la dirección de cada hilo, la voluntad de cada color.

Le faltaba esa delicadeza femenina del tacto, que permite apreciar ante todo, en una obra, las dificultades vencidas y, en una flor o un paisaje —aparentemente serenos—, el gusano, el relámpago que los roen.

Hacia el altar del desenlace infeliz —hacia el altar de las prósperas bodas.

Triunfaba en cambio en esos deportes que sólo exigen la participación de una mano exacta —el tenis, la poesía— y descollaba en esos concursos para los que únicamente los órganos individuales se adiestran, el pesimismo, el silencio, la bibliomanía, el amor.

Tenía —no lo negaba— un alma tímida y tornadiza. Un alma de desertor.

Etcétera

Ecos, sí, lector atento, del otro gran difunto admirable. Carlos Díaz Dufoo Jr.

Seis

Edición fuera de serie, sorpresiva, ésta de un Torres Bodet narrador relegado (a la que debería de seguir otra, de poesía, no necesariamente inédita o desconocida, éditada pero seleccionada). Fuera de serie, sorpresiva, sí. De otra parte *dictum* para quienes hemos probado, guiados por nuestros maestros, Luis Mario Schneider uno de ellos, la poma de la historia literaria mexicana. Hablé ya de constancia, de conocimiento, de adivinación. Añado: naturalidad ante el público (nada de sobreactuaciones); y desprendimiento ante el vasto material (nada de Certificados de Inefectabilidad Académica).

Se conocen las andanzas de Fray Servando por Cataluña y Aragón, desde finales de 1808 hasta los primeros meses de 1811, por una referencia somera en sus Memorias, en las que cuenta su actuación como cura castrense del batallón de infantería ligera de Voluntarios de Valencia, las distinciones y recomendaciones de que fue objeto, en especial la del general Blake a la Junta Central, para una canonjía o dignidad de la catedral de México, "lo que no tuvo lugar por haberse disuelto la Junta".

Se trata de una época sobre la que hay escasas referencias en la historiografía de Mier. De ahí la gran importancia que tiene la conferencia de Juan Pablo García Álvarez al incorporarse como miembro activo a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, publicada posteriormente, en la que se recogen algunos documentos y la que considera como "hoja de servicios" militares de Fray Servando, a lo largo de las acciones de la guerra de Independencia española en las que participó.

Alertado por estos documentos y tras la lectura de las décimas "Vivas de Alcañiz", dedicadas a Fernando VII y al general Blake, he estado realizando algunas investigaciones que me han llevado a la constatación de un hecho perfectamente comprobado y definitivo. Lo he recogido en un pequeño ensayo histórico titulado "El encuentro de Mina y Fray Servando en Alcañiz y Belchite" que se publicará pronto en España. En ese ensayo recojo por extenso la aventura paralela de Fray Servando y Francisco Xavier Mina, entre 1808 y 1810.

Fray Servando parte de Lisboa, donde se había incorporado en condición de capellán o cura castrense al batallón de Voluntarios de Valencia, embarcándose el 1 de octubre de 1808 rumbo a Tarragona, a donde llegaría el 25 del mismo mes. Participó en la defensa de Gerona, en las batallas de Ampurias y Figueras y en otras acciones, incorporándose en febrero de 1809 al cuerpo de ejército del general Lazán, que preparaba el socorro de la ciudad de Zaragoza. Tras permanecer unos meses en Rosell, conteniendo a los franceses que pretendían alcanzar Morella, volvió en mayo a tierras de Aragón a las órdenes del general Blake para

tomar parte en todas las batallas de esta campaña. En este punto se sitúa su encuentro con Mina, ayudante predilecto del general Aréizaga, a cuyas órdenes directas estuvo Fray Servando durante varias semanas.

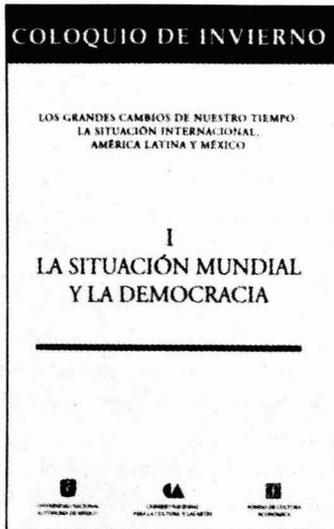
Mina, por su parte, tras una temporada de estudios en Zaragoza, se encontró con Aréizaga en Goizueta y juntos planearon participar en la guerra contra el invasor, levantando partidas y organizando campañas de resistencia, en apoyo exterior a la defensa de Zaragoza. Incorporado Aréizaga al ejército de Blake, mandó una columna en la batalla de Alcañiz y una división en Belchite, en la que estaba integrado el batallón de Voluntarios de Valencia, con Fray Servando de capellán.

La batalla de Alcañiz tuvo lugar el 23 de mayo de 1809 y en ella el batallón de Fray Servando tuvo una actuación muy destacada, que recogió el general Blake en su parte de guerra. Por tres veces cita a los Voluntarios de Valencia en la descripción de la batalla. Entre los documentos que recoge García Álvarez hay una carta de Fray Servando a don Agustín Pomposo, fechada el 12 de noviembre de 1809, en la que le cuenta minuciosamente su participación en todas las acciones y el arranque romántico y poético que le llevó a escribir "los vivos poéticos" que se transcriben más adelante: "al fin me desembaracé y bajo las balas y granadas, que todavía cruzaban, me interné en el campo para auxiliar a los nuestros moribundos y entre montones de cadáveres. Luego subí a la batería y sobre el cañón de la victoria, que todavía disparó veinte granadas, prorrumpí en esos vivos poéticos que van a lo último y aunque resonaron en todo el ejército, no tienen más mérito que el imprevisionamiento y circunstancias".

Blake no supo aprovechar el éxito alcanzado, dejó que los franceses se recuperaran y esperó hasta mediados de junio para intentar el asalto a Zaragoza. La derrota de María el día 15 fue estrepitosa, pero en esa batalla no intervino la división de Aréizaga, que se había quedado en Botorrita guardando las espaldas de Blake. En Belchite, tres días más tarde, se consumó el descalabro y Fray Servando con parte de su bata-

COLOQUIO DE INVIERNO

LOS GRANDES CAMBIOS
DE NUESTRO TIEMPO:
LA SITUACIÓN
INTERNACIONAL, AMÉRICA
LATINA Y MÉXICO



I
LA SITUACIÓN MUNDIAL
Y LA DEMOCRACIA

II
LAS AMÉRICAS
EN EL HORIZONTE
DEL CAMBIO

III
MÉXICO Y LOS CAMBIOS
DE NUESTRO TIEMPO

El Coloquio de Invierno estuvo patrocinado por la Universidad Nacional Autónoma de México, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la revista *Nexos*, el Centro de Producción y Programas Informativos y Especiales (Cepropie) de Imevisión y los grupos Cementos Mexicanos (Cemex) y Pulsar.

De venta en librerías



llón cayó prisionero de los franceses, que lo condujeron a Zaragoza, junto con algunos oficiales y numerosa tropa. Fray Servando maravilló a sus enemigos, que le oían hablar todas las lenguas y se dedicó a salvar a oficiales y soldados en peligro de fusilamiento. Uno de esos oficiales fue el coronel Juan O'Donjú, que mandaba la caballería en María. Tanto Fray Servando, en su carta a Pomposo, como el teniente coronel D. Manuel Reig, que mandaba el batallón de Voluntarios de Valencia, en certificado del 16 de agosto de 1809, recogen todos los detalles de estos hechos, así como la fuga de Fray Servando desde Zaragoza, para llegar el 14 de agosto al campamento de su batallón.

Después de Belchite los Voluntarios se habían retirado hacia Rosell para reorganizarse, reponer fuerzas y marchar hacia el norte a participar en la defensa de Gerona. En los primeros meses de 1810 tomaron parte en las acciones del Grao de Olot, Collsuspina (a las órdenes del general Enrique O'Donell), Mollet, donde resultó herido el comandante Reig, la retirada hacia Tarragona y Mora de Ebro. Cuando en abril intentaban socorrer la plaza de Lérida, cayeron prisioneros de los franceses el comandante Reig, la mayor parte de los oficiales y gran número de tropa. Los demás se retiraron hacia Tortosa y Tarragona, manteniendo la resistencia frente a los ataques enemigos. Permanecieron en los campos de Tarragona hasta primeros de enero de 1811, cuando se agregaron a la vanguardia del ejército de Cataluña, al mando del general Sarsfield. En abril, los Voluntarios de Valencia pusieron sitio al castillo de Hostalrich, batiéndose más tarde frente a Figueras, aunque tuvieron que retirarse y quedar encerrados en el castillo de San Fernando, hasta su rendición a finales de mayo.

Fray Servando, al comenzar el año de 1811, se trasladó a la ciudad de Cádiz, como él mismo dice en el "Manifiesto apologético": "Acumulados nuevos méritos, pues casi no hubo batalla o combate en que entrase mi batallón que yo no obtuviese mención honorífica, no sólo por mi caridad sino por mi valor, pasé a Cádiz en 1811 con las correspondientes dimisorias del vicario general de Cataluña". También cuenta que la Regencia, sucesora de la Junta Central, le propuso para canónigo o dignidad de la catedral de México, pero como no había vacante sino una media ración, rechazó el ofrecimiento que se le hizo. Al haber perdido todos sus papeles cuando cayó prisionero cerca de Zaragoza, solicitó un certificado de su coronel D. José Torres, que había sucedido al comandante Reig en abril

del año anterior. Fray Servando relata el final de su batallón: "Por aquel tiempo que yo estaba últimamente en Cádiz, cayó mi batallón prisionero en Figueras. Cádiz iba a ser bombardeado y, por decirlo así, España estaba perdida. Pasé por eso con el correspondiente pasaporte a Londres, para imprimir algunas de mis obras...".

Quiero añadir algunas reflexiones que me parecen de interés, empezando por declarar la satisfacción que me produce el descubrimiento de un hecho importante en la historiografía de Mier, su encuentro con Francisco Xavier Mina, que no se produjo en Londres en 1815, sino seis años antes, en los campos de batalla de Aragón. Este encuentro obligará a los historiadores a replantearse algunas hipótesis de trabajo.

Es lo que voy a hacer por mi parte en la revisión de la figura de Mina, a la que estoy dedicando algún tiempo e interés. Como he recogido en la introducción al ensayo en el que se describe ese encuentro, "un movimiento singular del destino quiso que en esas acciones estuviera también D. Juan O'Donjú, a la sazón brigadier del cuerpo de caballería, hecho prisionero por los franceses en María. Los documentos que he consultado permiten confirmar, sin la menor duda, el encuentro entre Fray Servando y Mina. Si O'Donjú llegó a conocerlos y a conversar con ellos, es algo que por ahora no puedo documentar".

Pero no deja de ser una curiosa coincidencia la de estos tres personajes, protagonistas muy destacados de la Independencia de México, en los campos de Aragón, durante la guerra española de Independencia.

Repasando las páginas de la obra que Fernando Curiel acaba de presentar en Madrid con la correspondencia entre Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, encuentro una referencia a la biografía de Fray Servando que escribiera Guzmán y cuyo original debió perderse en 1936, sin que llegara a publicarse. M. L. Guzmán escribió una extraordinaria biografía de Mina pero nunca pudo imaginar que Mina y Fray Servando llegarán a conocerse en Alcañiz y Belchite. Las revelaciones de García Álvarez llevan la fecha de 1964 pero la carta de Guzmán a Reyes es de 1930.

De todos modos, resultaría apasionante saber cómo había tratado Martín Luis Guzmán, en ese texto perdido, la época catalano-aragonesa de Fray Servando a la que me acabo de referir, entre 1808 y 1811. ♦

Una bella historia de amor porno

Eloy Urroz

Parece que es *La bella de Moscú* la primera novela de Víktor Yeroféiev. Conoció un adelanto de la misma en las páginas de esta revista traducida del francés por Julián Meza. Éstas que ahora reseño están vertidas del ruso por Helena S. Kiúkova y Vicente Cazcarra. Debo imaginar que esos nefandos y peculiares giros autóctonos que en mucho recuerdan las traducciones que hiciera Manzano de los libros de Miller, e invaden la novela, son obsequio de Cazcarra. Con todo, la versión es buena si acostumbramos el oído. Debo decir que al leer el fragmento de Meza el año pasado quedé enamorado, junto con otros, de la novela. El erotismo bajo, escatológico y a veces increíblemente tierno del escritor ruso mantuvo mi interés hasta que recientemente la pude conseguir. Debo advertir que ya en las manos, mi interés y mi gusto no fueron los mismos. Desmayaron un poco. Sin embargo, *La bella de Moscú* se deja leer amablemente y casi diría de un tirón, cosa extrañísima en cualquier novelista ruso.

Esta es la historia de Irina, la bella, una de las mujeres más hermosas de su tiempo —¿los setenta?—, al menos desde su punto de vista, el cual, empalagosa, insiste en recordárnoslo para nuestro onanista regodeo de lectores. Podemos suponer que es cierto cuando encontramos a más de una docena envueltos entre sus faldas. Y con ella no caben distinciones, da lo mismo su sexo, el origen, su idioma y el color. Casi todos le gustan y también casi a todos desprecia en el fondo. Con todo, apreciamos un hilillo de cariño, de estima sincera de parte de Ira hacia cada uno. Y esto hace a la novela una historia inteligente y hermosa, un relato de amor, aparte de ser lo que es: un texto íntegramente pornográfico.

La obra de Yeroféiev merece destacarse por las mismas dificultades que su autor se impuso durante la confección de la misma (me gusta eso de confección por lo de entrega y lealtad que percibimos de parte de Yeroféiev hacia su heroína). En lugar de un narrador hay una narradora, la misma Ira, protagonista de todos los enredos que cuenta la historia. Al reconocerse y reconocerla una mujer ignorante y sin embargo muy honesta, era tarea difícil mantener un ritmo fuerte, divertido y a la vez literario sin

estropear la anécdota. En este sentido Yeroféiev cumple el requisito impuesto —sólo un par de rebabas culteranas se filtran por allí.

Es Ira, la bella, la narradora, la misma que cuenta su vida desde que conociera a su amante Vladímir Serguéievich, padre de su hijo, un feto aún. Aquí entra el segundo cometido de su autor. La novela tarda en ser contada el mismo tiempo de la gestación del bebé. Es decir, Ira cuenta una historia de amor —que son muchas historias al mismo tiempo— íntimamente vinculada con el proceso de creación de sus memorias. Son casi nueve meses, lo podemos suponer. Así la historia da comienzo *in media res*; ya han sucedido algunas cosas aunque todavía no hay un desenlace. Irina ni nadie sabe el final y esto hace más interesante la tragicomedia que está por celebrarse. Una primera mitad de la novela recrea una historia inmediata, que es urgente que conozcamos, empezando por su visita al ginecólogo hasta esa enorme cantidad de minucias amorosas con sus distintos amantes. Por fin viene su encuentro con Leonard, Vladímir Serguéievich, el político maduro y retirado, de enorme influencia en Moscú. Éste le da un hijo pero muere; con el tiempo nos enteramos que fue en su último orgasmo que ella concibió esa prenda de él. Es a partir de allí que ella toma las hojas y se pone a escribir, si no desde el principio sí desde que los cabos lleven inevitablemente hacia Vladímir Serguéievich.

Conforme avanza la novela, la histeria y la locura de Ira quedarán más o menos mitiga-

das, de allí el método de los primeros capítulos: una profusión de discursos continuamente rotos, dislocados, incongruentes, buscando siempre su tono, su resolución, los cuales pasan de un lugar a otro poniendo todo su énfasis en la pura capacidad mnemotécnica del lector, hasta una simple linealidad de la anécdota contada siempre en primera persona. Existe sólo un pasaje en la novela, sin duda uno de los más divertidos, en que el diálogo entre varios se dramatiza: una parodia del coro griego muy al estilo de Grass y Joyce. Allí se hace un recuento de sus culpas y se juzga a la protagonista. Aquí y en otras partes, Yeroféiev demuestra una capacidad de intuición femenina desusada en otros autores, como por ejemplo cuando hace decir a Ira que "La victoria era para mis amantes más importante que el placer" o bien: "No les gustaba amar, sino vencer"; también cuando piensa: "Comprendí entonces que el joven Bielojvóstov no entendía de mujeres" pues declara haberle lamido el culo a algunos, placer del que se ha perdido éste.

Ella ha de sufrir su calvario y éste es la novela —un vía crucis— y es esto lo que cuentan sus memorias, la más fiel documentación de su vida privada que no es tal pues un halo de fama la sigue por donde vaya. Nosotros rastreamos lo que medio Moscú ya sabe bien y con lo cual está indignado. El final es triste pero increíblemente seductor al contrario de lo que se piense: la bella se mata, se tira del balcón al no hallar nunca a su hombre ideal, a su marido inexistente, porque en el fondo ella cree en el amor. *La bella de Moscú*, una de las últimas entregas de la nueva literatura rusa —escrita en 1982 y publicada hasta 90—, es una hermosa historia de amor porno, una difícil tarea y también una feliz conjunción. ◇

Víktor Yeroféiev, *La bella de Moscú*. Anagrama, Barcelona 1990. 328 pp.



Luis Buñuel: Un desagravio

Daniel González Dueñas

A finales de los sesenta, en charla con Max Aub, Luis Buñuel menciona su experiencia con cierta crítica: "Algún psicoanalista, sin manifestar ninguna duda, cree que la navaja de afeitar en *Un perro andaluz* representa un pene... Es una idiotez. Tal vez sí. Pero si ni lo sabemos, ¿qué más da?"¹ El cineasta se refiere al tipo de afirmaciones que Fernando Césarman concentrará en *El ojo de Buñuel. Psicoanálisis desde una butaca*; por ejemplo, al referirse a la escena de *Un perro andaluz* en que las manos de un personaje emplean una llave para abrir cierta caja cuyo contenido es una corbata rayada, Césarman escribe: "La caja abierta con una llave y la corbata envuelta en papel de seda representan el deseo de la relación sexual: caja-vagina y llave-corbata-pene. Inclusive la armonía plástica de todos estos elementos que convergen en líneas oblicuas —la lluvia, intensidad del deseo; la caja, vagina; el papel de seda, probable himen; la corbata, pene— puede considerarse como la imposibilidad de alcanzar relaciones verticales y, sin todavía negárselas definitivamente, quedar estancados en el impulso oblicuo".² Para este psicoanalista, la célebre imagen del ojo desgarrado en *Un perro andaluz*, simboliza "la visión de lo prohibido, la culpa por ver y el castigo por haber visto".

Por más increíble que parezca, la crítica mayoritaria suele heredar intactos estos juicios tajantes cuya única autoridad proviene de anteponerles una palabra temida y casi mágica: "psicoanálisis". Más que nunca es necesario, al emplear este nombre, deslindar sus implicaciones; el ensayista Jonathan Molinet asume esa exigencia: "Como se sabe, el psicoanálisis se gestó a finales del siglo pasado. Lo que no siempre se comprende es que también desde entonces se ha ido extendiendo una capa de ruidoso silencio, espesándose cada vez más sobre el descubrimiento freudiano".³ Los méto-

dos para invisibilizar lo subversivo y luego volverlo sustento de las ortodoxias, son primero violentos y se van sutilizando con el tiempo. "Las instituciones", agrega Molinet, "existen para garantizar la existencia de aquello que las produce, a saber, una determinada sociedad. En un primer momento, esa perduración se ve amenazada por la aparición de la teoría; en un segundo momento, se recoge la amenaza, se la reviste y reformula, volviéndola inocua en la reformulación y empleándola para los fines sociales. [El psicoanálisis institucional] se ha convertido en un instrumento de la clase dominante para mantener en su lugar a los miembros de ciertos grupos sociales. [...] Se trata, por un lado, de la necesidad social de la institución psicoanalítica; por otro, de la función social de la enfermedad mental. [...] Este psicoanálisis, bien lejos de la teoría de su fundador, se ha convertido en una técnica (mala) de recuperación y readaptación, y ha impedido desde hace bastantes años una radical puesta en tela de juicio. Cuando ésta se intentó, sus propugnadores fueron rechazados por la institución".



Trabajos tan bien intencionados como *Buñuel* de Carlos Barbáchano, confunden la seriedad y la profundidad con los métodos de esa ortodoxia a la que el aragonés ultrajó con tanta fuerza. Así, Barbáchano cita los términos que Buñuel y Dalí se impusieron para redactar el guión de *Un perro andaluz* ("no aceptar idea ni imagen alguna que pueda dar lugar a una explicación racional, psicológica o cultural") y anota: "Teóricamente sólo admiten las imágenes —propias y alguna que otra ajena— que impresionan su memoria, sin averiguar —añaden— el porqué de cada impresión. Lo que sucede es que la suma de todas esas imágenes, e incluso muchas de ellas tomadas individualmente, sí que tienen una significación profunda: muchos psicoanalistas, por ejemplo, han encontrado en *Un perro andaluz*, una de las obras artísticas de nuestro siglo más atractivas para el análisis; Luis [sic] ha confesado a Max Aub cómo, desde 1923, leía con aplicación a Freud; sabidas son, por otra parte, las hondas relaciones entre surrealismo y psicoanálisis".⁴

El crítico lee a su manera la página 158 de *Conversaciones con Buñuel*; en ella, Max Aub pregunta: "¿Ha tenido Freud una influencia especial en tu obra?"; Buñuel responde: "No lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que leí mucho de Freud, desde el veintitrés". Aub cuestiona entonces: "Lo racional es para ti la *bête noire*, como lo fue para Breton?" El aragonés contesta: "Sí. Y me vengo. Sin dejar de reconocer que, a veces, lo racional es útil". En las afirmaciones de Buñuel, Barbáchano coloca el acento en "leí mucho" y "útil", cuando es evidente que el cineasta acentúa en "no lo sé" y en "a veces". Es la compulsión de la crítica por "saber" cuando Buñuel dice "no sé", como si ese "no sé" fuera testimonio de una ignorancia y no de un supremo —y por lo visto, siempre incomprendido— respeto al misterio: "La manía de comprender y, por consiguiente, de empequeñecer, de mediocrizar —toda mi vida, me han atosigado con preguntas imbéciles: ¿Por qué esto? ¿Por qué aquello?—, es una de las desdichas de nuestra naturaleza. Si fuéramos capaces de volver nuestro el azar y aceptar sin desmayo el misterio de nuestra vida, podría hallarse próxima una cierta dicha, bastante semejante a la inocencia".⁵

La ortodoxia se escandaliza cuando Luis Buñuel se expresa en la máxima transparen-

¹ Max Aub, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1985.

² Fernando Césarman, *El ojo de Buñuel. Psicoanálisis desde una butaca*, Anagrama, Barcelona, 1976.

³ Jonathan Molinet, "Sigmund Freud: 'Les traemos la peste'", en *La cultura en México*, Núm. 618, diciembre 12 de 1973.

⁴ Carlos Barbáchano, *Buñuel*, Salvat, Biblioteca de Grandes Biografías, Núm. 87, Barcelona, 1986.

⁵ Luis Buñuel, *Mi último suspiro (Memorias)*, Plaza & Janés, Barcelona, 1982.

cia, o bien lo toma a *boutade* o a indicio de una supuesta "clave a interpretar". ¿Cómo un artista de su talla —exclama la crítica— puede resignarse a no saber? ¿No atenta contra el rumbo mismo de la historia, luz racional que se ha abierto camino en el oscuro reino de la ignorancia? Buñuel no se "resigna"; todo lo contrario, desde el momento en que se percata de que tal "rumbo" no es sino un atroz congelamiento originado por los excesos de la *bête noire*. La más absoluta ignorancia se halla en la lectura racional de lo real; acaso la obra buñueliana equivale a reunir en su torno el más fértil de los silencios para sólo entonces, a veces, hablar.

Eco de una abrumadora crítica mayoritaria, Barbáchano intenta *explicar* a Buñuel; peor aún: ni siquiera delinea un método personal de lectura sino se limita a copiar al más predador de los sistemas de interpretación de la psique. Celebra que los psicoanalistas consideren "atractiva" una obra como *Un perro andaluz* y no se molesta en matizar, en deslindar, en especificar las entretelas de esa "atracción": el concepto psicoanalítico del arte es el fruto de una especialización infinitamente viciada cuya meta es reducir los brotes excepcionales de la conciencia —y por tanto el fenómeno artístico— a una especie de enlistado clínico con respuestas-para-todo-uso. Si para Buñuel el arte corresponde a una suprema exigencia de respeto al misterio (ante el cual la máxima aspiración no es "resolverlo" sino *encarnarlo*), para el psicoanálisis institucional —justificador de toda pesadilla social e individual— se trata de una expresión "fascinante" no en sí misma sino en cuanto posibilidad de disección: la oportunidad de arrebatarle sus resortes profundos y poder así *preverla*. En su papel de adaptador del individuo al engranaje social (y nunca adaptador del hombre a sí mismo), este psicoanálisis mayoritario requiere matar toda excepción, puesto que en ella se encuentra la prueba de que el decálogo psicanalítico no es sino un *subsistema* y no el "sistema absoluto" que se proclama. Porque tal decálogo se derrumba si no puede "explicarlo todo" e incluso si no aplica al misterio las mismas "reglas" preestablecidas con las que doblé en el individuo todo brote excepcional, toda demanda primigenia (esos "a veces" que resultan tan temidos).

Para Barbáchano, el hecho de que Buñuel leyera a Freud es una confirmación de que los autoproclamados "discípulos" de este último tienen toda la "autoridad" para dismantelar la obra buñueliana (y hacerla caber en moldes válidos únicamente dentro de la especialidad). Pero ya Erich Fromm deslinda

con precisión esas "hondas relaciones" entre surrealismo y psicoanálisis:

Freud fue en realidad el primer psicólogo moderno que, en contraste con la tendencia dominante, estudió el reino de las pasiones humanas [...] pasiones que anteriormente sólo habían tratado los dramaturgos y novelistas y que con Freud fueron materia de estudio de la exploración científica. [...] Esto podría explicar por qué [Freud] tuvo una acogida mucho más calurosa y comprensiva entre los artistas que entre los psiquiatras y psicólogos, por lo menos hasta el tiempo en que su método devino instrumento para satisfacer la creciente demanda de psicoterapia. Los artistas comprendían que era aquél el primer científico que manejaba la propia materia de ellos, el "alma" del hombre, en sus manifestaciones más secretas y sutiles. El surrealismo mostró con suma claridad este impacto de Freud en el pensamiento artístico. En contraste con formas de arte más antiguas, [...] no le interesaba el comportamiento: lo que importaba era la experiencia subjetiva; era lógico que la interpretación freudiana de los sueños se convirtiera en una de las influencias más importantes para su desarrollo.⁶

⁶ Erich Fromm, *Anatomía de la destructividad humana*, Siglo XXI, México, 1975.

Buñuel y Bretón hallan en Freud a un irruptor (en cuanto se opone a la dominante definición de la psique); lo admiran por el hondo sustrato poético en su trabajo (en cuanto va en pos de las "manifestaciones más secretas y sutiles"). Sin embargo, hay un linderero muy peligroso en la perspectiva del freudismo y en la posible derivación de sus hallazgos; tal peligro se muestra con suma claridad hacia ese tiempo "en que su método devino instrumento para satisfacer la creciente demanda de psicoterapia". De ahí la serie de rupturas de Freud con sus muy diversos discípulos de la época; de unos se distancia al verlos considerarse ya dueños de los secretos del "alma" y capaces de manipularla; otros se alejan de su maestro porque notan la tenue frontera que separa a la teoría del *instrumento*. Entre estos últimos se encuentra el propio Jung, quien rompe con Freud en 1909 al advertir la alarmante parcialidad de una teoría que todo lo explica a través del rubro sexual, aislándolo de los demás componentes de lo humano (y además congelando lo erótico a través del raciocinio, lo que equivale a la gigantesca contradicción de un Eros contemplado *sin erotismo*, es decir, con la falsa frialdad del "especialista" —éste debe dissociarse: una parte suya es humana, mientras la otra "entiende" y puede "tratar" a lo humano). Jung se da cuenta de que la experimentación que se erige en ley se volverá contra sí misma y no descansará hasta "explicarlo todo"; a la vez, la tesis freudiana terminará



por secar sus fuentes a medida que niegue el reino de lo inexplicable, el margen de misterio que para Buñuel es el *centro*. Esa negación ha acabado por transformar los primeros hallazgos en *adicción*: el psicoanálisis ya no es un método de conocimiento sino un estupefaciente que acaba por crear a sus consumidores (son primero los casos clínicos que los seres humanos: el complejo crea a Edipo).

Barbáchano llega a definir la obra buñueliana en estos términos: "Poesía y psicoanálisis configuran esta sugestiva síntesis en la que confluyen los procesos creativos del poeta surrealista y las observaciones del aplicado lector freudiano". Ergo, Buñuel es el primer psicoanalista de su obra y casi la realiza con el objeto de analizarla a la luz de sus "aplicadas lecturas". La "sugestiva síntesis" que contempla el crítico es aberrante; porque ¿pueden convivir los "procesos creativos del poeta surrealista" (la subversión) con las "observaciones del aplicado lector freudiano" (lo subvertido)? Puesto que ya no se considera subversivo a Freud sino base misma de una "institución", ¿qué "poesía" es ésa que toma sus "aplicadas"

lecciones de la mudez impuesta? Aberrante definición del arte es ésa que lo hace corresponder con una mera ventilación de obsesiones, complejos, traumas y manías. Sólo así el psicoanálisis institucional puede considerar "atractivo" al arte, su máximo enemigo; sólo así reducida, la obra buñueliana puede ser tan rapazmente "explicada".

Un afán de "seriedad" lleva a Barbáchano a apegarse al "psicoanálisis desde una butaca" de Césarman (al que cita con admirativa abundancia); así, escribe: "Intencionalmente Buñuel cerrará su obra cinematográfica ofreciéndonos, en *Ese oscuro objeto del deseo*, una recreación plástica [del cuadro *La encajera* de Vermeer] llena de referencias sexuales y de autoalusiones a su propia obra [*sic*]: una mujer de mediana edad zurce una delicada tela, como si restaurara el himen herido, como si [Buñuel] cosiera así ese revelador ojo desgarrado al comienzo de su obra". Muestra perfecta de los yugos psicoanalíticos que como módulos estandarizados se destinan a aplacar y mediatizar cada área de lo humano, este "juicio" es la final traición al Buñuel poeta, al gran intui-

dor de la Trama. Supremo triunfo del aparato al inferir una "imagen": la del otrora francotirador que, ya en decadencia, diseña la escena de la hilandera en su última película sólo para "restaurar el himen herido", esto es, para desdecirse, revertir la virulencia de su obra completa y convertir en humorada y travesura lo que fue un agudísimo ataque contra lo institucional, llevado a cabo durante medio siglo. (Abrió la herida para cerrarla, causó estragos para tiernamente restaurarlos.)

Resulta muy fácil —engañosa, peligrosamente fácil— emplear los *sketches* psicólogos para explicarlo todo, para acribillar los sutiles brotes del misterio a que Buñuel fue tan irrenunciablemente fiel a lo largo de su vida y obra. Qué difícil en cambio (pero esta dificultad es tan falsa como esa "racionalidad" que el psicoanálisis institucional impone) renunciar a los círculos viciados, abrirse —valiente y nítidamente— a esa insobornable mirada que la obra de Luis Buñuel contiene como pocas en la historia del cine. ♦

REVISTA
AGOSTO DE 1992



VUELTA
NÚMERO 189

MEMORIA Y RESPONSABILIDAD

Agnes Heller

Salvador Elizondo	Gabriel Zaid	Severo Sarduy	Gonzalo Rojas
Rufino Tamayo	Historias del bluff	Lady S. S.	Cítara por el muerto
Eliot Weinberger	Eduardo Lizalde	Saúl Yurkievich	Juan Villoro
Sueños de los holotúridos	Disidencia yugoslava	Intemperie (Baltimore Pictures)	La estatua descubierta

Jaime Gil de Biedma
MEMORIA, EXPERIENCIA, POESÍA

Danubio Torres Fierro *En favor de Jaime Gil de Biedma*

TOP ODRILO

SOCIEDAD A R T E CIENCIA



21

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA
División de Ciencias Sociales y Humanidades

\$10 MIL PESOS

CASA ABIERTA AL TIEMPO

U.S.D. \$2.25

Boletín trimestral del Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca

EL Alcaraván



Vol. III, Núm. 10 julio-agosto-septiembre de 1992

Voices of Mexico

MEXICAN PERSPECTIVES ON CONTEMPORARY ISSUES

As the world's borders fade, the warmth of Mexico's modernity and vitality lights up Latin America and beyond. New and exciting forces gain momentum as older values are reshaped and reaffirmed.

Voices of Mexico, the most important English-language quarterly in Mexico, brings you opinion and analysis of the world's currents as they flow through Mexico.



Address publicity and subscriptions to:
Miguel Angel de Quevedo 610
Col. Coyoacán
04000 México, D.F.
Tel/Fax (905) 554-65-73.

La revista

Universidad de México

También está a la venta en todas las sucursales de

Sanborns



Radio UNIVERSIDAD xeun 860 A.M. 96.1 F.M.

La difusión de la cultura a través de las frecuencias universitarias:

ACÚSTICA DE BUENA TINTA

Adaptaciones literarias que recrean cuento corto y poesía. Coproducción con la Dirección de Literatura de la UNAM. A cargo de Jennie Ostrosky.

Martes 16:00 horas, en AM

ATRÁS DE LA RAYA

Entrevistas e información sobre la cartelera teatral de la UNAM. Coproducción con la Dirección de Teatro y Danza de la UNAM. Conducen Norma Garibay y Nadina Illescas. Miércoles 16:00 horas

CÓMO SE SACUDE EL ESQUELETO

Comentarios e información sobre danza con humor. Coproducción con la Dirección de Danza de la UNAM. Conducen: Rosa María Murgay y José Escandón.

Jueves 16:00 horas, en AM

LAS ONDAS DEL CHOPO

Entrevistas y reseñas de los eventos que organiza el Museo del Chopo. Coproducción con el Museo del Chopo. Conduce Josüe Quino.

Viernes 16:00 horas, en AM

Acompáñenos a celebrar el primer aniversario de los programas:

CUBA ENTRE NOSOTROS:

Sábado 19 de septiembre a las 18:00 horas AM y FM.

Una selección de lo mejor que ha presentado el programa en literatura, poesía, humor y ciencia en Cuba.

A las 19:00 horas en la Sala Julián Carrillo, una velada musical cubana con la cantante Argelia Fragoso.

HACIA EL FILO DE LA NOCHE

Desde la Sala Julián Carrillo de 22:00 a 24:45 horas.

Radioteatro en vivo a cargo de Rafael Cordero.

Lectura de poesía, selección y comentarios de Óscar Oliva y la participación del público.

Lectura de poesía de María Luisa Vázquez.

Eduardo Casar en la conducción, concursos y rifas con el público asistente. Se transmitirá simultáneamente a través de nuestras frecuencias.

Martes 22 de septiembre

LAS ONDAS DEL CHOPO

Control remoto desde el Museo del Chopo, con la participación del Ensamble de la Escuela Superior de Música, el Perico Payaso Loco, Esther Soler cantando tangos. Comentarios sobre música, danza, exposiciones y recuerdos del Museo del Chopo, y Richard Villalón.

Viernes 25 de septiembre de las 16:00 a las 17:00 horas



**SISTEMA DE LIBRERIAS DE
FOMENTO EDITORIAL DE LA UNAM**

LIBRERIA CENTRAL CU

*Corredor Zona Comercial, Ciudad Universitaria,
C. P. 04510, México D. F. tel. 622-0271*

LIBRERIA JULIO TORRI

*Centro Cultural Universitario, C. P. 04510,
México D. F. tels. 622-6424*

LIBRERIA PALACIO DE MINERIA

Tacuba No. 5, Centro D. F. tel. 518-1315

LIBRERIA JUSTO SIERRA

*San Ildefonso No. 43, Centro D. F. tel. 702-3254
ext. 225*

LIBRERIA ENEP ACATLAN

*Av. Alcañores y San Juan Totoltepec, San Mateo
Naucalpan, C. P. 53240. Edo. de México.*

LIBRERIA ENEP ARAGON

*Av. Central y Rancho Seco, San Juan de Aragón,
C. P. 5 7170. Cd. Nezahualcóyotl, Edo. de México
tel. 796-0488 ext. 152*

LIBRERIA ENEP IZTACALA

*San Juan Iztacala, Fracc. Los Reyes Tlalnepantla,
C. P. 54160. Edo. de México*

LIBRERIA ENEP ZARAGOZA

*Col. Ejército de Oriente, Deleg. Iztapalapa
C. P. 09230. México, D. F.*

CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

*Orizaba y Puebla Col. Roma, México D. F.
tel. 207-9390*

**50% DE
DESCUENTO A
UNIVERSITARIOS
EN EDICIONES
UNAM**

**NOVEDADES EDITORIALES
UNAM**

**CULTURA POLITICA: EL APRENDIZAJE
DE UN PUEBLO INDIGENA**

Medardo, Tapia y Moctezuma, David
CRIM. Aportes de Invest.: 51. 1991, 50 p.

**LA TRADICION CLASICA EN
MEXICO**

Osorio Romero, Ignacio y otros
1a. edición: 1991, 219 p.

**LOS ESPIAS DE DIOS.
AUTORES DE FIN DE SIGLO**

Nudelstejer, Sergio
1a. edición: 1992, 263 p.

**LA FILOSOFIA DEL LENGUAJE EN
LA EDAD MEDIA**

Beuchot, Mauricio
2a. edición: 1991, 276 p.

**HOMBRE EN EL PENSAMIENTO
RELIGIOSO NAHUATL Y MAYA**

Garza, Mercedes de la
1a. reimpresión: 1990, 141 p.

**Ventas de mayoreo:
Atención a librerías, bibliotecas,
centros de documentación y
empresas distribuidoras de
publicaciones**

DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL
Av. del IMAN #5 Ciudad universitaria, México D. F.
c. p. 04510 Tel. 665-1344 ext. 7739, 7740, 7741 .
Directo: 550-7473
Fax 550-7428.

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ha publicado:

Enero-febrero, 1991 ♦ 480-481

Las ciencias en la UNAM

Marzo, 1991 ♦ 482

Poesía brasileña

Abril, 1991 ♦ 483

Depresión y
melancolía

Mayo, 1991 ♦ 484

Comunicación en
México

Junio, 1991 ♦ 485

Las humanidades en la
UNAM

Julio, 1991 ♦ 486

Nuevos caminos de la
astronomía. El eclipse

Agosto, 1991 ♦ 487

Las Naciones Unidas

Septiembre, 1991 ♦ 488

La Independencia
americana

Octubre, 1991 ♦ 489

Poesía norteamericana
contemporánea

Noviembre, 1991 ♦ 490

Retrato de Arturo

Diciembre, 1991 ♦ 491

Desafíos de las ciencias
sociales

Enero-febrero, 1992 ♦ 492-493

Praga. La ciudad mágica

Marzo, 1992 ♦ 494

Crítica de la novela
latinoamericana

Abril, 1992 ♦ 495

César Vallejo

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La revista *Universidad de México* puede adquirirse en las siguientes librerías

- ♦ PARNASO COYOACÁN
Carrillo Puerto 2
- ♦ LIBRERÍA IBERO
Prolongación Paseo de la Reforma 880
- ♦ DISTRIBUIDORA MONTE
PARNASO
Carrillo Puerto 6
- ♦ LIBRERÍA GANDHI, S. A.
Miguel Ángel de Quevedo 134